



EL HIJO DEL DESIERTO

POEMA DRAMATICO EN CINCO ACTOS

ACTO CUARTO.

(Una selva. Se ve á distancia, en el fondo, á Masalia y algo del mar. A la izquierda, en el proscenio, se descubre una altura cubierta de maleza y de la cual sólo se puede descender por un estrecho sendero, que conduce al centro de la escena. Myron, Adraste y Elpenor aparecen por el fondo de ésta, á la derecha.)

MYRON.—¡Oprobio, oprobio, os repito! ¡El lobo sostiene al lobo, las espinas se protegen y desgarran la mano que coge á la rosa; pero este nido de víboras de Masalia, tan altiva de sus derechos y costumbres, deja arrastrar la cadena de la esclavitud á sus ciudadanos sin levantar una sola mano! ¡El llamamiento de sus hijos espira en sus muros sin conmoverla! ¡Oprobio, os digo, oprobio!

ADRASTE.—Tú sabes muy bien que tal es la costumbre de nuestros padres. La poblacion protege á sus ciudadanos solamente hasta la sombra de sus muros, y como tú has sido cogido mucho más lejos, en las montañas...

MYRON.—Sí, la poblacion protege á sus ciudadanos hasta la sombra de sus muros solamente. Esto quiere decir: Quédate en tu casa y no te cogerán, y si no, protégete tú mismo. ¡Oh, ley sábia, proteccion paternal!

ELPENOR.—La costumbre de nuestros antepasados y el cuidado del bien público así lo aconsejan.

MYRON.—¡La costumbre de nuestros antepasados!... ¿Sois

acaso nuestros antepasados? ¡El bien público! Cómo, ¿el bien de Myron no es acaso una parte del bien público? ¡Vergüenza sobre todos vosotros! ¡Negais primero el rescate á la hija para su padre; y cuando, arrastrada por el amor de su corazon, que va más lejos que la sombra de los muros, somete su cabeza al yugo por libertar la mia, me negais un puñado de hombres para arrancar á mi única hija de las garras de esos bandidos! ¡Y sois griegos!... ¡Y clamais contra los bárbaros!... ¡Pueblo sin corazon!...

ELPENOR.—Tal vez será justo lo que dices de Masalia; pero eres injusto con nosotros, que no hemos sido indiferentes á tu dolor.

ADRASTE.—Si nosotros nos hemos mostrado indiferentes con tu hija, ha sido porque ella supo encontrar ántes el modo de salvarte y puso en obra su pensamiento mientras que nosotros todavía deliberábamos.

MYRON.—¡Ah! ¡Ella es mujer por su modo de amar, hombre por su valor! ¡Dadme la mano, puesto que teneis un corazon fiel y leal! ¡Pero los otros, sobre todo ese Polydoro, me revuelve la bílis, pues sólo piensa y se ocupa en sí! ¡Ellos abandonaron á mi pobre hija... ellos tambien insultaron el dolor de un padre que les suplicaba!...

ELPENOR.—Nosotros te ayudaremos; vamos á reunir á los pescadores de la ribera que, si bien son indígenas, son tambien amigos nuestros y odian á los Tectosagos.

ADRASTE.—El viejo Rhésus ha prometido venir. Ahora debemos tratar de conquistar á Arbogaste.

MYRON.—Sí, sí, venid; para esto es para lo que nos hemos reunido aquí: vamos á buscar á esos pescadores y á conquistarlos para nosotros. Duro es para un hijo de Masalia, para un griego, llamar á los bárbaros para combatir con los iguales de estos. Sin embargo, ¡no importa! ¡Venid!... ¡Oh! ¿Por qué no tendré yo más fuerzas? Pues tendria suficiente valor para libertarla yo sólo. Vamos á ver á Arbogaste.

ELPENOR.—Yo llamaré sentado á la puerta de la cabaña de Astor, allí bajo los fresnos. Seguro estoy de que nos pertenece hasta la muerte.

MYRON.—Sí, vete á buscarle. Nosotros nos reuniremos bajo

las encinas. ¡Partamos ya! Ella no tardó tanto tiempo cuando su tierno corazón atravesó el desierto para llegar hasta mí. ¡Partamos, pues, partamos! (*Elpenor sale por el fondo de la escena á la izquierda, mientras que Adraste y Myron salen por la derecha. Despues de un intervalo aparece primero Ingomar y luego Partenia, por la izquierda, en lo alto del peñasco.*)

INGOMAR.—¡Por aquí, Partenia, este es el camino!

PARTENIA.—Se me figura que está allí abajo.

INGOMAR.—No, ese camino conduce al sombrío barranco donde viven los dragones y las serpientes. Por aquí llegaremos al llano.

PARTENIA.—No, por allí se va. ¿Por qué, pues?...

INGOMAR (*cogiéndola por la mano, baja con ella yendo delante*).—¿No recuerdas que ayer, por hacer tu voluntad apesar mio, te faltó de pronto en el pantano la tierra bajo los piés? Si yo no te hubiese arrancado el escudo, si yo no lo hubiese arrojado al suelo para dar un punto de apoyo á tu pié...

PARTENIA.—Verdad es que hubiera desaparecido.

INGOMAR.—Y yo contigo.

PARTENIA.—¡Ah! ¡Ya sé yo que hubieras muerto conmigo!... Yo he hecho mal de ojo á tus armas, pues que tu escudo yace en el fondo del pantano y tu lanza ha sido rota para protegerme contra el frío, y con ella se hizo un fuego más vivo que el del musgo y los zarzales. ¡Eres un fiel guía!

INGOMAR.—¡Por aquí, Partenia!

PARTENIA.—Yo sé que tú eres muy bueno conmigo y que siempre me has enseñado el mejor camino; pero, sin embargo, esta vez me parece...

INGOMAR.—Y esta vez lo mismo que siempre, y si no, mira... Aquí la selva es ménos espesa y la montaña declina al llano.

PARTENIA.—¡Por el cielo, tienes razón! La sombra de la selva queda tras nosotros. Me parece casi... que conozco... ¿No es acaso este el sitio en que caí de rodillas al pié de la montaña cuando, huyendo de la casa paterna para librar á mi padre, invoqué á los dioses pidiéndoles fuerza, valor y victoria?

INGOMAR.—¿Aquí? ¿Lo crees tú? No; tú te equivocas seguramente. Tu país está lejos todavía: sí, aún debe de estar lejos.

PARTENIA (*volviéndose repentinamente hacia el fondo*).—¡No, no, era aquí, era aquí! ¡Mira allí las olas azules y allá el templo de Artemisa rodeado por la púrpura del cielo! ¡La ciudad de Masalia! ¡El techo paterno! (*Cayendo de rodillas.*) ¡Héme aquí de nuevo en el polvo, dándoos las gracias, dioses celestes, que habeis velado por mí! ¡Mi mision está ya cumplida, y vuestra bondad me vuelve al hogar!

INGOMAR.—¡Ah! ¡Por qué no desaparecí con mi escudo en el pantano!

PARTENIA (*saltando de alegría*).—¡Y volveré á ver á mis idolatrados padres! ¡Caeré en sus brazos llorando de alegría y beberé en sus mejillas sus lágrimas de felicidad! ¡Yo te saludo, ciudad de mis padres! ¡Te saludo, crepúsculo de la tarde, que eres la sonrisa de los dioses, sobre sus columnas, pórticos, torres y murallas! ¡Ojalá puedan tus almenas coronadas de victorias elevarse por mucho tiempo hacia el firmamento! ¡Que vengan y pasen los siglos y tú te conserves siempre grande y hermosa, ciudad de mi pueblo! (*Volviéndose hacia Ingomar.*) ¿Pero qué haces, que no dices nada?

INGOMAR.—¿Y qué puedo decir yo?

PARTENIA.—¿Cómo es esto? ¡Tú me gruñes como un niño caprichoso, cuando la alegría da alas á mi alma!... ¡Tú has soportado, como yo, los ardores del sol, los frios de la noche, el cansancio de los senderos escarpados, y cuando llegamos al fin no te regocijas conmigo!...

INGOMAR.—¡Regocijarme!... ¡Si no puedo, y por el cielo que tampoco quiero hacerlo! ¿Y por qué he de regocijarme? ¡Yo quisiera que esa poblacion fuese tragada por el mar; que las barcas pasasen sobre sus almenas, y que, en vez de sus torres, sólo se viesen juncos y cañas!

PARTENIA.—¿Pero qué tienes tú?

INGOMAR.—¡Hemos llegado al fin, dices, es cierto, y quieres que me alegre!... Sólo contigo, el cielo sobre nuestras cabezas, alrededor nuestro el bosque, los pantanos y un silencio profundo... allí estaba yo contento, entonces estaba

en mi centro y tu mundo era yo sólo. El silencio era tan profundo, tan vasto el desierto y el peligro tan cercano, que nos comprimíamos el uno con el otro, mi alma con la tuya. Pero ahora, ¡ay de mí! esos muros que se ven allí abajo proyectan sus sombras frías entre nosotros, separando lo que el sufrimiento había juntado, lo que la soledad había unido!

PARTENIA.—Esas sombras no separan nada. Y, sin embargo, ¿cómo se explica que hasta ahora no he pensado en ello? Es preciso separarnos.

INGOMAR.—¿Qué dices? ¡Sí, sí, tú lo has dicho: es preciso separarnos! ¡Esto era, sin duda, lo que me oprimía el corazón á la vista de esta ciudad: solamente me faltaba la palabra para expresarlo, y tú la has encontrado! ¡Sí, preciso es separarnos! Porque si no, ¿qué haría yo, el inculto, el salvaje, entre todos esos griegos refinados? ¿Qué haría yo, el hombre libre, rodeado de muros? ¡Sí, es preciso separarnos! ¡Una mirada más de despedida, y tu camino te conducirá al valle, mientras que á mí me vuelve el mio á las montañas! ¡El ruido de tus pasos se apagará en el aire y todo habrá concluido! ¡Mujer, quisiera no haberte conocido nunca!

PARTENIA.—También yo quisiera... yo quisiera... Pero... ¿es preciso que nos separemos?

INGOMAR.—¿Es preciso? ¡Y si yo, con brazo poderoso te cogiese y llevase como el halcón á la paloma!... ¡Si yo cargara contigo!... ¡Pero no, ya esto pasó para no volver jamás! ¿De qué me serviría poseerte sin poseer tu amor? Yo sé que tú quieres un corazón fiel, un cariño discreto, tímido y tierno, entre victorioso y sumiso. Quieres ser guiada, protegida, llevada. ¿No lo he hecho yo acaso? ¿No te he conducido fielmente á través de los bosques y barrancos y á lo largo de los pérfidos pantanos? ¿No te he llevado en mis brazos para atravesar los torrentes? Y cuando avanzaba la noche, cada vez más oscura, ¿no te he calentado con el fuego hasta que el sueño te abría sus brazos? Y entonces continuaba sentado velando tus sueños, que vagaban en tus labios de rosa. ¡Yo he sido un guía fiel! ¿No es cierto que lo he sido?

PARTENIA (*aparte*).—Mis ojos se humedecen. (*Tendiendo la mano á Ingomar.*) ¡Sí, has sido un guía fiel!

INGOMAR.—Mira, yo he cumplido mi palabra; no defraudes, pues, mi confianza. ¡Nada de despedida! ¡Quédate conmigo! ¡Sé mía! Yo soy uno de los mejores de mi pueblo: mi tienda guarda un rico botín. No temas las contrariedades de costumbres extrañas, pues seguirás las costumbres de tu país, siendo libre como yo, no siendo la criada, sino el ama de la casa, no obedeciendo á nadie más que á tí misma y al poder del ruego. ¡Ven, te repito, ven! Yo te construiré una cabaña cubierta de sombra por el follaje de los bosques. Una alfombra de césped se extenderá delante de la puerta; el arroyo correrá al lado; alrededor verde follaje y silencio; el aliento de los bosques y la púrpura de la tarde la llenarán de perfumes y de luz. ¡Ven, sígueme, ven! Ya la veo desde aquí. ¡Dí que sí! ¡Perteneéceme, y pronto será edificada la cabaña!

PARTENIA (*volviendo la cabeza*).—¡Pobre de mí! ¡Mi oído, alterado, bebe como miel sus dulces palabras!

INGOMAR.—Qué, ¿bajas los ojos y no respondes? ¿Desconfías acaso de mí? ¡Por el cielo eterno que es cierto lo que te digo! Mi presión será tan ligera como la de tu mano en la corona que tejes. Leeré en tus ojos tus deseos: tú pensarás, y en seguida estará hecho lo que quieras. Yo te traeré todos los días el ciervo más hermoso, el cervatillo más tierno. Te daré como tributo todo lo que nada en el río, todo lo que vuela en el espacio. Ni una sola barca extranjera llegará á nuestras costas sin ofrecerte el tributo de sus tesoros. Tú serás rica, respetada... Me faltan palabras para espresarme..... En fin, todo lo que un hombre puede dar, ¡tú lo tendrás! ¡Perteneéceme! ¡Sé mía solamente, y nada de despedidas!

PARTENIA (*muy conmovida*).—¡No, no, vete, silencio, cantos de sirena!

INGOMAR.—¿No quieres tú?

PARTENIA (*reflexionando*).—Escúchame.

INGOMAR.—¿No me crees acaso?

PARTENIA.—Quiero que me escuches. Oye, tú has ganado mi corazón mucho más de lo que crees. ¡Y si supieras!... Pero esto se queda entre mí y mis dioses. Has de saber solamente que nosotras, por libre que sea nuestra elección,

respetamos el consejo de nuestros padres: ellos guían nuestra inclinación, y yo sé que mis padres...

INGOMAR.—¡Están lejos!

PARTENIA.—Sin embargo, aquí su imagen vive, y su voz habla en mí. Ellos me dicen: «Apenas has escapado de la esclavitud por la gracia de los dioses, cuando sigues á un extranjero, cuando huyes del techo paterno y de las dulces costumbres de la patria para ser su mujer, la mujer del enemigo, para ser extranjera como él y ser la esposa del...»

INGOMAR.—¿Por qué te detienes? Concluye, dilo. ¡La esposa del bárbaro! Este es el nombre que nos dais, y piensas en él ahora mismo.

PARTENIA.—Yo pienso que tú eres noble y bueno; que eres una estrella brillante, pero rodeada de nubes; una copa llena de vino generoso, pero que carece de la corona de flores. Y si las rudas costumbres de tu país no envolviesen el oro de tu corazón como la concha á la perla, serías el orgullo de una mujer. La envidia se contendría ante tu valor resplandeciente, y la calumnia se vería obligada á decir: «¡Este es verdaderamente un hombre!» ¡Sí, ella lo diría si tú fueses un griego, si la ley y el derecho no te fueran desconocidos, si no fuesen la fuerza tu dios y la daga tu juez! Pero...

INGOMAR.—Sigue, no dejes nada, dilo todo. Vacía tu carcaj.

PARTENIA.—Los dioses dotan desigualmente á los mortales dándo á unos la opulencia y á otros la pobreza. Pero, ¿qué importa esto al amor? Que este se muestre orgulloso de los atractivos que tiene y que faltan á aquel, ¿qué importa tampoco al amor? Pero hay un punto en el que deben encontrarse los corazones en sus latidos, las almas en su vuelo; algo de divino que con sus rayos alumbra todas las tempestades: la ley, el derecho, derecho común, ley santa y común que une á lo que se ama á fin de que el aprecio purifique y haga duradera la rápida llama de la juventud. Sí, esto es lo que nos separa: hay un mar entre nosotros que no podrían llenar las montañas: el ser yo griega y tú Tectosago.

INGOMAR.—¡Tectosago! ¡Dí todo tu pensamiento, es decir, ladron de rebaños, devastador y salteador de caminos!

PARTENIA.—¡Ingomar!...

INGOMAR.—Sí, eso es. Yo adivino muy bien el sentido de tus palabras. Tú te avergüenzas de mí y esto basta. ¡Adios! Preciso es separarnos; lo has dicho tú, y razon has tenido para decirlo. ¡Es preciso! ¡Así sea!

PARTENIA.—¡Y quieres irte enfadado y ofendido! ¡No, quédate, yo no te deajo ir sin que me escuches ántes!

INGOMAR.—Ya no quiero oír nada más; mi oído está aún lleno de tus palabras. Pero no estoy enfadado. Tú hablas como los de allí abajo; pero yo siento hasta en lo más profundo del corazón; porque nosotros los bárbaros somos también hombres. Disfrutad de vuestras costumbres dulces, medid prudentemente vuestros pasos; un carácter recto se sobrepone á todas las costumbres y nace sólo como los árboles en el bosque... No olvides esto, piensa en mí, y... basta. ¡Adios!

PARTENIA (*conmovida*).—¡Adios! ¡Pero no, detente! Tú no partirás sin un don que te haga recordarme y que en mucho tiempo mantenga mi imágen en tí con los colores de la vida.

INGOMAR.—¡No me hace falta!

PARTENIA (*dándole el puñal*).—¡Tómale!

INGOMAR (*cogiéndole*).—¡Oh! ¡Este puñal, muestra de vergüenza y burla, debe recordarme el acto de furor que hizo que un día se volviese contra tí!

PARTENIA.—Debe recordarte que durante tres días y tres noches me has conducido sola á través de los bosques, de los abrojos y pantanos, sosteniéndome y protegiéndome, sin que jamás mi mano haya tenido necesidad de tocar su puño. ¡Esto es lo que debe recordarte, y ahora ya puedes irte!

INGOMAR (*precipitándose hácia Partenia: luego deteniéndose repentinamente y despues de un intervalo*).—¡Adios! (*Sale rápidamente por la izquierda.*)

PARTENIA.—¡Se vá! ¡Se vá, dioses poderosos! ¿Pero podrá irse de veras?... ¡Pues bien, que se vaya! Si él puede dejarme, yo puedo también soportar su ausencia... Pero, ¿no he sido yo la que le he dicho que se fuese? ¿No era preciso? «¡Es preciso! ¡Es preciso!» ¡Palabras lúgubres como el eco de una tumba!

¡Ya se ha marchado! ¡Qué verde y alegre me parecía todo lo que me rodeaba, y ahora!... ¡Cómo se ha cambiado el brillo del día en triste crepúsculo! ¡Qué amarillo me parece el césped... y las hojas cuán marchitas! ¡Me parece sentir que la primavera espira! ¡Qué! ¿Estoy llorando?... Yo no quiero llorar: es preciso que así sea, y lo que entenece mi corazón sólo á vosotros, dioses, os lo confiaré, y pueda vuestra bondad arreglarlo para mi felicidad. ¿Qué no me habeis concedido? Allí me sonríe mi patria, me esperan mis padres, mis amigos, mis compañeras; ya veo mi perro que salta á mi alrededor y al rico Polydoro, mi pretendiente, haciendo muecas. ¡Ah! Sólo de pensar en él me asalta la fiebre. ¡Con qué tono y con cuántos insultos desoyó mis ruegos y mi llanto! ¡Mi llanto, que ha conmovido al hijo del desierto! ¡Ah! Si yo le hubiera dicho á este: «¡Ven en mi ayuda, salva á mi padre!» no habría reflexionado, habría partido en seguida y lo habría conquistado él sólo contra todo un ejército, y me lo hubiera devuelto. ¡Oh! ¡Su corazón es puro y vírgen como estos bosques!

INGOMAR (*en el proscenio, por la izquierda*).—¡Partenia!...

PARTENIA (*dando un grito*).—¡Eres tú!... ¡Tú, que estás de regreso!

INGOMAR.—¡Sí, sí, soy yo; para no andarme con rodeos te digo que no te quiero dejar, que no puedo! ¡Yo no puedo, y ningun hombre puede más de aquello que puede! Allí principia mi destino y mi destino es pertenecerte.

PARTENIA.—¡Cómo! ¿Piensas acaso?...

INGOMAR.—Yo he reflexionado que tú no te avergüenzas de mí, sino de mi pueblo, pues que si no soy un griego, soy un hombre, y un hombre vale lo mismo en todas partes: un corazón leal tiene hasta el aprecio de los dioses. Yo tengo, pues, el tuyo y tendré el de los otros. ¿No es cierto, Partenia, que tú no te avergüenzas de mí?

PARTENIA.—¡Yo avergonzarme de tí!....

INGOMAR.—Me pareció lo contrario, y mi ciega altivez me separó de tí, como si el universo estuviese sujeto á nuestras costumbres, que despues de todo no son más que esta piel que encuentro cómoda porque estoy acostumbrado á ella y la

llevo tiempo há. Yo me siento muy bien sin mi escudo, que he dejado allá en el pantano, y si he roto mi lanza, ¿por qué he de tener esta piel de animal?

PARTENIA.—¡Qué dices! ¿Cómo?... (*Aparte.*) ¡Mi corazón se destroza!

INGOMAR.—El corazón es lo que hace al hombre y no el traje, y puesto que este me pesa, ¿por qué he de llevarlo? Bajo otro traje mi corazón no palpitará de distinto modo. Por lo tanto, yo dejo las costumbres de mi país, te sigo á esa población y quiero ser griego.

PARTENIA.—¿Me vas á seguir?... (*Aparte.*) ¡Que sea el pecho tan pequeño y la alegría tan grande!...

INGOMAR.—Y ahora que ya he tomado mi partido, soy dichoso. Sé muy bien que tengo que aprender muchas cosas; pero lo que me anima y consuela es saber que las aprenderé. Yo presiento que ha de llegar un día en que me has de amar. Como un canto de victoria, como la voz de los dioses, estas palabras resuenan en mi corazón: ¡Tú me amarás, tú has de verte obligada á amarme!

PARTENIA (*aparte*).—¿Y quién, cielos, no le amaría? (*Alto.*) ¡Ah! ¿Dices, pues, que me seguirás á Masalia? ¿Tienes tú acaso algún amigo que te pueda recibir?

INGOMAR.—¿Un amigo? No. ¿Qué necesidad hay de ello? Al primero que encuentre le pediré la sal y el fuego. Mira, en seguida lo voy á hacer con esos hombres que veo allí, y que por sus trajes me parecen griegos.

PARTENIA.—¡Esos!... Dioses eternos, ¿quereis acaso derramar sobre mí en una hora todas las dichas de la tierra? ¿Qué me quedará para los otros días de la vida? ¡Es él! ¡Es él! (*Cayendo en los brazos de Myron, que aparece acompañado de Elpenor.*) ¡Padre mio!...

MYRON.—¡Hija mia!... ¡Tú aquí! ¡Salvada y devuelta á tu padre! ¡Gracias, dioses celestes! Pero no, yo no debo dáros las, puesto que no he sido yo quien la ha salvado. Yo sólo hubiese hecho trizas á todos esos bandidos... (*Viendo á Ingomar y retrocediendo.*) ¡Qué es lo que veo!... ¡Adraste, Elpenor! ¡Socorro, que aquí están los Tectosagos!

PARTENIA.—No temas nada de Ingomar, pues él ha sido

quien ha libertado á tu hija y quien la ha vuelto á tus brazos.

MYRON.—¿Quién, él? ¿Dices qué es él? ¿Ha venido entónce sólo?

PARTENIA.—Viene como suplicante amigo. Por agradecimiento y por deber debes de ser bueno para con él, como él lo ha sido para conmigo. Escúchale, y mientras me hablarás, Elpenor, de mi madre, de Theana, de nuestros amigos. Cuéntamelo todo, que mi anhelo llenará de encanto la más pequeña noticia.

MYRON (*que conducido por Partenia, se aproxima á Ingomar: aparte*).—¡Ah! Viene sólo; esto es otra cosa. (*Alto*). ¡Ea! ¡Bien venido seas al suelo de Masalia! Yo no esperaba, á la verdad, verte tan pronto.

INGOMAR.—¡Ni yo tampoco; y, sin embargo, así ha sucedido!

MYRON.—¡Es verdad!

INGOMAR.—Partenia te ha dicho que vengo suplicando como amigo, y cierto es; yo te pido mucho en pocas palabras. Sé mi amigo: más aún, mi amo; condúceme de la mano como á un hijo; acójeme bajo tu techo; enséñame vuestras costumbres y haz de mí un griego para vivir entre los griegos. Todo esto te pido; concédemelo.

MYRON.—¿Qué dices? ¿Que he de acojerte en mi casa?

INGOMAR.—Ella será mi patria santa.

MYRON.—¡Su patria! ¡Entónce no quiere volverse! Qué, ¿deseas aprender las costumbres de los griegos? Ni sé lo que me pasa. (*Aparte*). ¡Ah! el mozo es robusto y haria de él un buen compañero.

INGOMAR.—Y bien, ¿qué determinas?

MYRON.—Yo sé, comprende bien lo que te digo, yo sé que debo de estar muy agradecido; pero has de ver que yo sólo soy un pobre armero, y que para ser mi huésped seria preciso que compartieras conmigo los trabajos y penas de la pobreza, someterte á nuestras costumbres y al órden de la casa.

INGOMAR.—Yo me someteré á todo eso.

MYRON.—Antes que todo, debes de quitarte esa piel.

INGOMAR.—Bueno.

MYRON.—Recortarte luego la barba y el pelo.

INGOMAR.—Entre nosotros, los cabellos y la barba son señal de haber nacido libre y se los deja crecer con toda libertad!.... ¡Y mi libertad!... Pero bueno, los cortaré.

MYRON.—¡Enhorabuena! (*Aparte.*) ¡Qué bien cogidito está el que era más salvaje que un caballo desbocado! (*Alto.*) Esto, por lo que toca á lo exterior. Ahora, oye lo demás: yo tengo campos y praderas, y allí, en las colinas, tengo tambien algunas viñas, en las que hay bastante que trabajar con la azada y el pico. Seria preciso que tú.....

INGOMAR.—¡Arar, jamás! ¡Eso es un trabajo de esclavos! ¡Revolver la tierra como los topos!

MYRON.—¡Eh! ¿Qué estás diciendo?

INGOMAR.—Que entre nosotros, sólo los esclavos conducen el arado. ¿Quieres acaso hacer de mí tu esclavo? ¡Por la voz del trueno!...

MYRON.—¡Poco á poco! Bien saben los dioses que yo no quiero obligarte á nada: tú eres el que quieres ser griego, y nosotros los griegos somos labradores, y cuando es preciso todo el mundo pone manos á la obra, no solamente yo, sino Actea mi mujer, mi hija y todos.

INGOMAR.—¿Dices tambien que Partenia?...

MYRON.—¡Quién ha de ser sino ella! Trabaja como ninguna.

INGOMAR.—¡Partenia, pues, lo hace!... Y despues, el oficio que uno ejerce, no significa nada. Todo depende del corazon con que se practique. ¡Sí, sí, me someto!

MYRON.—En ese caso, me ayudarás en la fragua á hacer armas.

INGOMAR.—Ya lo creo que sí. Allí hay fuerza contra fuerza. Sí, dice el martillo, y el hierro responde crugiendo: no. El hacer armas debe de ser tan agradable como el manejarlas.

MYRON.—¡Manejarlas!... ¡No, aquí no se maneja nada! ¡Somos un pueblo tranquilo, y mira, no harias mal en darme tu daga ahora mismo!

INGOMAR.—¡Mi daga!

MYRON.—Sí..... Está prohibido bajo penas muy severas que se lleve arma alguna dentro de nuestros muros. ¡Dámela, que yo te la guardaré!

INGOMAR.—¡Darte yo mi daga, la herencia de mi padre! (*Sacando la daga de la vaina vivamente.*) ¡Esta daga, á la que debo vida, victoria y botin!.... Abandonar á este amigo, ¡jamás!

MYRON (*asustado y retrocediendo*).—¡Partenia!....

INGOMAR.—¡Que te dé yo mi daga! ¡Mejor la sangre de mis venas! ¡Antes mi vida! ¡Mi daga soy yo! ¡Vengan, pues, á quitármela!.... Vengan!

PARTENIA (*que hasta entónces ha hablado con Elpenor, se aproxima*).—¿Qué pasa entre vosotros?

MYRON.—Que no me quiere dar su daga, y ya sabes que está prohibido el franquear nuestras puertas con armas.

PARTENIA.—El que quiere el fin, debe querer el principio... (*Se adelanta hácia Ingomar, le quita la daga y se la da á Myron.*)—¡Toma, ahí tienes la daga!.... Y ahora!.... el sol se pone ya, y yo ardo en deseos de abrazar á mi madre!.... ¡Partamos!

MYRON.—¡Ha dado su daga!.... ¡Tú libre y tener yo su daga! ¡Qué milagros!.... ¡Partamos, y apresurémonos para que tu madre te vea cuanto ántes! Elpenor, dá las gracias en mi nombre á esos bravos pescadores, que ya no tengo necesidad de su ayuda!.... ¡Seguidme, venid! (*Sale con Partenia y Elpenor por la derecha del fondo.*)

PARTENIA (*andando*).—Y bien, Ingomar, ¿por qué tardas?

INGOMAR (*como quien despierta de un sueño*).—¡Ingomar! ¿Soy acaso todavía Ingomar?.... ¡Mis ideas se confunden! ¡El suelo falta á mis piés!.... ¡Ingomar! ¡Apenas sé si alguna vez lo he sido! (*Sigue lentamente á los otros.*)

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

FEDERICO HALM.

UNA CARTA DE DON ENRIQUE DE VILLENA

Á JUAN FERNANDEZ DE VALERA.

(SOBRE EL MAL DE OJO)

VILLA DE TORRALBA (*Cuenca*). { Emp. 30 Mayo 1411.
Concl. 3 Junio 1411.

No hace mucho tiempo que algunos escritores, históricos en su mayor parte, han tratado de vindicar la memoria de ciertos personajes, que, ya por estar bajo el dominio de la leyenda ó bajo el peso abrumador del inapelable fallo de cronistas é historiógrafos coetáneos, ó ya, en fin, por otras causas de tiempo, lugar, ideas ó intereses, llegó hasta nuestros dias envuelta en densísima niebla que trata de disipar la moderna crítica. Las figuras de D. Pedro I, Juana de Castilla, los Comuneros, los condes de Barcelona, Antonio Perez, y recientemente, D. Rodrigo Calderon, Lucrecia Borgia y María Tudor, á quienes la supersticion popular consideraba como encarnaciones de la *crueldad*, de la *locura*, de la *traicion al trono* y del *orgullo*, el *crímen* y el *fanatismo*, han sido rehabilitadas en nuestros dias por escritores eminentes y diligentes eruditos, cuales son los Sres. Rodriguez Villa, Ferrer del Rio, Bofarull, el marqués de Pidal, Gregorovius, John Piggot, etc.

Incluido entre aquellos, debemos considerar á D. Enrique de Aragon, á quien sus muchas virtudes y talentos no bastaron, aparte de su esclarecido linaje, para librarle del epíteto de *Hechicero* con que quisieron oscurecer el brillo de su fama, que pregonada por Perez de Guzman, Santillana y

Juan de Mena en el siglo XV, ha sido ensalzada hasta el extremo de llamarle: *honor de la literatura española* (1).

La lectura de la carta-tratado que dirige á Juan Fernandez de Valera, hará ver, como dice el Sr. Floranes en la noticia preliminar á ella, «de qué idea, génio ó carácter eran los principales estudios de este decantado personaje, los cuales tanto dieron hasta hoy que decir.» Perécenos, sin embargo, que el Sr. Floranes ha juzgado apasionadamente la doctrina contenida en este escrito cuando dice: «que él (D. Enrique) atraviesa sólo las protestas de obsequio hácia la religion..., cuando yo creo que no tenia más que decir, esto es, despues que dejaba colmado el vaso de la indecencia, y agotado de todo el albergue de su cenagoso estudio...» No debió parecerle lo mismo (y con él estamos conformes) al Sr. Amador de los Rios, cuando en la nota 2, de la pág. 256, tomo VI de su famosa obra, hacer ver, despues de una porcion de citas, que «quien así hablaba, no era sospechoso contra la religion.» Y en efecto, ¿quién motejará á D. Enrique por incrédulo en materia religiosa cuando escribe: «non sea visto contar doctrina perniciosa ó contra la divina ley en la cual me deleito?» ¿Quién no le considerará como moralista severo cuando exclama: «mucho más lo aparte vuestra ánima (al cuerpo) de pecado, viviendo virtuosamente, por cuya conservacion debe el hombre elegir la muerte, ántes que darse á vicios?» ¿Quién no le juzgará libre de toda preocupacion, cuando, aludiendo á las supersticiones sobre que versa el *tratado*, dice: «tales supersticiones aborrezco?» ¿Quién no verá en él al hombre científico al detallar las enfermedades á que dá origen la supuesta influencia del *mal de ojo*, y los mil varios remedios empleados en su curacion? ¿Y quién, por último, no reconoce al literato insigne, al infatigable erudito para quien los autores griegos y latinos, árabes y hebreos, son moneda corriente?

Pero si este escrito refleja, en lo que en sus límites cabe, la personalidad de D. Enrique, es mucho más apreciable como descripcion de los antiguos usos y creencias en lo que

(1) Diccionario Dominguez.

á la superstición del *mal del ojo* se refiere. En el artículo de la *Demonolatría*, publicado en el núm. 7 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, se plantea por su autor la siguiente pregunta: ¿Hay en la actualidad algo parecido á la posesión demoníaca en los pueblos semi-salvajes ó poco civilizados? A esta pregunta contesta cumplidamente en *Los Lunes de El Imparcial* el autor de las *noticias bibliográficas*, que «lo único que existe es la creencia de su realidad.» Pues bien; respecto á la superstición que nos ocupa, á pesar de las prohibiciones de la Iglesia, está tan propagada, que en algunas comarcas de España, rara es la criatura que no traiga su amuleto correspondiente para alejar la supuesta influencia de los *fascinadores*, y en mi poder tengo amuletos de coral y de uña de Onagro (uña de la gran bestia) tales como en este tratado se dice que los usaban en los pasados siglos egipcios, persas y judíos. Hasta la musa popular se ha puesto al servicio de tales supersticiones, y de uno de los más bellos romances asturianos, titulado *El niño enfermo*, entresaco los siguientes trozos:

¿Si lu agüeyará (1)

La vieya Rosenda

Del ottru llugar?

.....

.....

Dalgun maleficiu (2)

La maldita i fai;

Que diz q'a Sevilla

Los sábados vá.

.....

Mañana sin falta

Si he que llego allá,

Con agua bendita

Lu tengo asperxar,

Y ponéi la cigua (3)

Antes de mamar

Y dai pan bendito

Mezclan al papar.

Y de San Benito

Se i ha de colgar

La regla que fora

Del Padre Bastian.

Existe otra preocupación respecto á determinado sugeto, cuyo nombre va siempre enlazado al de D. Enrique de Villena. Nos referimos á D. Lope Barrientos, obispo de Cuenca, maestro del príncipe D. Enrique, confesor de D. Juan II y hombre de omnímmodo poder en la córte. Detalla Amador de

(1) *Ojeará.*

(2) *Hechizo.*

(3) *El amuleto.*

los Rios (pág. 286-91, tomo VI) el espíritu de las obras de este personaje, librándole de la nota de «ignorante» con que le calificó Feijóo. Respecto á la quema de los libros de don Enrique de Villena, fué hecha, segun atestigua D. Lope, por orden expresa del rey, y no á instigacion suya como supone Cibda-Real (epís. 66). Ticknor (tomo I, pág. 380, nota 26) apunta la idea de si el conocimiento de estos libros le sugería el plan de varios *Tratados* que escribió contra el arte de la adivinacion; pero esto no es verosímil, porque de ser así, no hubiera llegado el actual á nuestras manos. Estamos conformes con Floranes en que el procedimiento empleado por este *docto prelado* contra los libros de D. Enrique «no fué »tan rígido ni tan inexorable como se propala,» pero discrepamos completamente sobre la apreciacion gratuita de que «los »que él hizo quemar, no serian del todo indignos de este destino.» Afortunadamente, las ideas modernas rechazan semejante atropello, y ya fuese obra del monarca ó del fraile dominico, siempre les alcanzará el anatema de las futuras generaciones.

Respecto al original de este manuscrito, debemos advertir que el Sr. Amador de los Rios dice que en la Biblioteca Nacional (F. 101), y escrito á dos columnas, existe uno de mediados del siglo XV, exornado de rúbricas y letras de colores. De éste, á juzgar por el párrafo cuarto del escrito del señor Floranes, debe ser la presente copia, salvo algun ligero error en las fechas que se puede rectificar fácilmente, aunque de las citas del Sr. Amador se desprende que dicho tratado está dividido en capítulos, mientras que este no lo está.

Por la lectura de él (páginas 5, 10, 11 y 15) se viene en conocimiento de que D. Enrique no hizo en esta carta más que bosquejar el asunto sobre el cual pensaba escribir un tratado.

Sin meternos ahora á discutir si la ampliacion seria ó no conveniente en asunto de tal naturaleza, creemos que lo más esencial está condensado en la anterior epístola, áun con sobra de autores y de citas, y que basta y sobra para formar idea exacta de lo que era y significaba aquella supersticion.

En los textos de los autores citados, y en sus nombres, debe haber erratas de monta; pero el rectificarlas, así como restituir el texto y la ortografía á sus verdaderos límites, es empresa por demás delicada para que yo la acometa. Sólo apuntaré, como detalle, que el Sr. Amador menciona entre los autores árabes y hebreos citados por D. Enrique, á Aben-Hezra, Mushaf Alzimar y Al-Xarafi, que no encontré en el trascurso de la obra; mientras que deja de citar otros como Avicena.

JULIO SOMOZA DE MONSORINI.

NOTICIA LITERARIA DE DON ENRIQUE DE VILLENA.

Supuestas las demás noticias del famoso D. Enrique de Villena, que son bien comunes, diré sólo aquí que este tratado hasta ahora desconocido le acabó de escribir (como al fin de él se vé) el día 3 de las Nonas de Junio, esto es, el día 3 de aquel mes: que le empezó 4 ántes, que es decir á 3 de las Kalendas del mismo, que es en el 30 de Mayo víspera de Pasqua de Pentecostes uno y otro del año de Christo 1411, reinando en Castilla su sobrino D. Juan 2.º, de quien él era y se nombra *Tio y Consegero* (1).

Esta cronología se prueba de su expresion en la segunda plana, donde, hablando con Juan Fernandez, le dice: «Comuniquevos Dios de la largueza de tesoros sciencial, don que en este santo dia su santo difundió espíritu en el presente mundo sobre el Apostolico gremio» en que claramente dá á entender que escribia esto en el dia mismo en que fué la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, esto es, en la Pasqua del Espíritu Santo. Y al principio ya ha dicho que le llegó la carta de Juan Fernandez *sabado pasado* y cercano

(1) No deja de ser digno de admiracion que D. Enrique haya escrito su "Ensayo" en cinco dias (ó quizá en ménos, por haber una fiesta intermedia), habiendo desarrollado el asunto en un plan clarísimo, apoyándole con citas de autores que en aquella época representaban gran autoridad científica, y juzgando, en fin, con imparcial criterio cuanto hacia referencia á tan delicada materia.

tercio Kalendas Junii, que como he dicho, es el dia 30 de Mayo.

Ahora, pues, en quanto al año, que es lo más enredoso y más difícil de ajustar, respecto que él le omite, y que la indicion que podia guiar á él está como emendada, ó á lo ménos equivocada en la copia, segun que la pondremos al fin de esta. Este no es otro que el de 1411 que es señalado. Pruébolo: porque en los 28 años anteriores á la muerte de D. Enrique, que fué en el de 1434, como refiere Fernan Perez de Guzman, señor de Batres, coetáneo que le conoció, ya en la *Crónica* de dicho Rey, cap: 248, ya en el cap. 28 de las *Semblanzas*, donde trata sus memorias de proposito; solo en este de 1411 caió en Sabado el dia 30 de Mayo, como se ajusta por el ciclo solar que fué 20, y la letra dominical que fué D; por consiguiente el dia inmediato 31 en que empezó á escribir la respuesta, fué Domingo y Pasqua de Espiritu Santo, y el 3 de Junio en que la acabó Miercoles, pues en ese año la de Resurreccion debió caer en 11 de Abril; así la indicion que estaria en el original de D. Enrique es preciso que fuese la IV que incidia en ese año, como muestran las tablas de Florez en la *España Sagrada*, tomo 2, pág. 274, y de ese modo se debió emendar en la fecha de la copia.

La presente copia se ha sacado de otra que se hizo no antes del año 1480, sino en el mismo ó poco despues, como se prueba, lo primero porque no es de mucho tiempo despues la letra de la tal copia, y lo segundo porque antes de esta hai otra de la misma letra de otra carta de distinto autor, escrita ciertamente en dicho año 1483, de que es un suceso que comprende como notaremos en la noticia preliminar á ella. Esta y aquella con otros tratados copiados de la misma letra, pero el uno de ellos compuesto originalmente en el año de 1463 con mucha elegancia y erudicion en defensa de la ciencia Astrologica, forman un libro en 4.º de 154 hojas utiles, por el cual m. s. va arreglada literalmente esta copia en que se notarán algunos defectos de escritura; pero no son de ella sino del original, que los tiene del mismo modo.

De este tratado de D. Enrrique no tenia yo noticia hasta ahora; pero él es muy apreciable porque demuestra bien lo

que se ha ventilado como un mero problema, esto es, de que idea, genio ó caracter eran los principales estudios de este decantado personage, los quales tanto dieron hasta hoy que decir. No podrá negarse que el tratadillo está escrito de tal modo que supone en D. Enrrique un estudio bastante extenso y una leccion difundida por muchos libros aun en su tiempo poco vulgares: tambien es cierto que en varias partes parece respirar delicadeza y piedad hacia la Religion en un tono, que si las obras correspondieran á las palabras, apenas podria darse escritor mas moderado y detenido en esta parte. Pero á mí me parece que el atrabiesa solo las protestas de obsequio hacia la Religion, quiero decir, su afectada detencion acerca de las materias peligrosas á que dize deja de extenderse por su propia torpeza, quando yo creo que no tenia mas que decir, esto es, despues que dejaba colmado el vaso de la indecencia y agotado del todo el albergue de su cenagoso estudio por incauta sugesion ó excesiva condescendencia á las embusterías de los Alfaques, de que era tan ciego estimador.

Entrando, pues, en este tratado, algunas suposiciones Judáicas y no pocas vanidades Kabalicas que en D. Enrrique pudieron no ser maliciosas, sino sólo escandalosas en el candor de aquel tiempo, aun siendo entonces tan acepto este estudio y habiendo podido subsistir tal escrito en medio de esa cruda persecucion que se dice movida por el Obispo Inquisidor D. Lope Barrientos contra todos los libros de D. Enrrique que trataban semejantes materias delicadas, podemos creer que el procedimiento contra ellos por este docto Prelado, no fué tan rígido ni tan inexorable como se propala, y por consiguiente, que los que él hizo quemar no serian del todo indignos de este destino. Este es mi juicio y no tengo reparo en firmarle.—*Rafael Floranes Robles y Encinas* (1).

(1) Fué el Sr. Floranes muy aficionado á todo género de literatura, y principalmente al estudio de nuestras antigüedades, y dejó escrita, entre varias obras que atestiguan su erudicion y vasta lectura (m. s. en la bibliot. de la Real Acad. de la Historia) una Memoria, ó sea breves apuntes para escribir la historia de nuestra poesía, anteriormente al siglo XV. (Notas á Ticknor, tomo I.)

TRATADO DEL AOJAMIENTO Ó FASCINOLOGIA. (1)

EL SIGUIENTE TRATADO COMPUSO EL SEÑOR DON ENRIQUE DE VILLENA
SOBRE EL AOJAMIENTO. (*Así el m. s.*)

Juan Fernandez (2). Yo, D. Enrique de Villena, tío de nuestro Señor el Rey, uno de los de su consejo, vos embio mucho á saludar é cierto fago. Sabado pasado é cercano tercio kalendas Junio á prima hora D. IXXVII grados de esa noche una carta vuestra recibí con e por Miguel Ruiz, Escudero de mi casa, é por aquella entendí vos fué placible la breve declaracion que sobre las Epistolas que vos invio fice, de que dubdaba no poco por ser tan breve é mal compuesta. ¿É quien podria clarescer con quanta prisa se hizo? É pocos fallo... de las obras mias se paguen (3) é por vos de ellas solo tanto contentar é pagar puedo bien decir con el Petrarca en el proemio de la «*Solitaria Vida:*» *Paucos homines inveni quibus epistolarum mearum tanta dignatio, tantusque sit amor quantus tibi.* Quiere decir: «Pocos hombres fallo los quales »ficiesen tan dignas mis epistolas é tanto amor fuesen como »á ti.» É por esto en breve mandaré trasladar la mejor glosa que nos escribistes, é vos la embiaré segun pedis. É no es menester por vos el Escribano... (4) satisfaccion haya, segun

(1) Enrique de Aragon: nació en 1384 y murió el 15 de Diciembre de 1434, en Madrid.

D. Enrique de Aragon no fué nunca *marqués de Villena*. Su abuelo, don Alonso de Aragon, conde de Denia y de Rivagorza, fué, en efecto, marqués de Villena, por merced del rey D. Enrique II; pero desposeido por Enrique III, ni él ni su hijo D. Pedro volvieron á usar del título de marqués; mucho ménos su nieto D. Enrique, quien en documentos de aquella época se intitula siempre tío del rey, maestre de la órden de Calatrava; en otros, Señor de Iniesta, y en la Crónica de D. Juan II se le designa con el título de conde de Cangas de Tineo. (Notas á Ticknor, tomo I.)

(2) Johan Ferrandez de Valera, el moço, criado de D. Enrique.

En las cartas misivas que dirige á Valera, consta que este pretendia volver á su servicio, cuando solicitó la explicacion del salmo "*Quoniam videbo coelos tuos,*" y que se congratulaba D. Enrique de que esta le hubiese agradado, al remitirle el libro del Aojamiento. (Amador de los Rios, Lit. Esp.)

En el fac-simil del tomo VI, dice:

"Señor, de vna carta que iohan fernandes de balera escriuano del Rey E criado del magnifico et muy alto Señor Don emrique de uillena, embio al dicho."

(3) Esto provino sin duda de la preferencia que dió D. Enrique en sus estudios científicos á los escritores rabínicos y arábigos. (Amador de los Rios.)

(4) Recuérdese que Juan Fernandez era escribano del rey.

ofreciades; sin esto habredes recaudo (1). Justo es tal é buen deseo de favor correspondiente ser perseguido tal búsqueda se + para el anima de los ranos del cuerpo deseos. En esto se muestra el que filosofar quiere, mas que otra cosa, como testigua Platon en el proemio suyo, diciendo: *in hoc manifestus est philosophus si absolvit animam a corporis comunione*. Decir quiere: «en quanto es declarado el Filósofo si aparta el animo del ayuntamiento del cuerpo.» Comuniquemos Dios de la largueza de tesoros sciencial Don que en este santo dia (2) su santo, difundió espíritu en el presente mundo sobre el apostólico gremio é fizo sus crecientes de todos los bienes poseedores sobejos (3). A esto no es menester *méritos* precedentes «*quia spiritus ubi vultpirat;*» es decir: «tanto el anima a do quiere aspira ó no.»

Decides, en fin, por causa narrativa de la ya suso memorada que vos interpusieron me preguntasedes del ojo siquier aojamiento que ó como era, é suplicandome alguno, de ello tratado ficiese por informacion de vos é de aquel que vos en esto intercesor fizo, presumiendo vos é aquel, yo en esto responder supiese. É bien me debiera é podiera excusar de hablar en ello, así por la ignorancia mia como por la materia ser intrincada é aun suspecta cerca de los remedios que suelen muchos á ello poner y por otras ocupaciones que de la oportunidad me separan mayormente por estar tan distracto del estudio é tan remoto de estas materias, en las quales sola frequentacion despierta al dormido ingenio, é las bien sabidas, por negligencia é poco uso perecen. San Bernardo (4) in libro de *Consideratione ad Eugenium*, lib. 1.º, cap. 2.º, dice: *Nihil tam fixum animo quod neglecta et tempore non abolescat*. Justa excusa es é non á cada uno de hablar en la materia que bien é ciertamente no tiene vista é los mas cumplidos se en esto é por esto excusaron.

(1) *Recaudo*. = Recado, por precaucion ó seguridad. || Por el instrumento ó papel justificativo.

(2) Alusion á la Páscoa de Pentecostés.

(3) *Sobejo*. = Sobrado, excesivo.

(4) San Bernardo, uno de los grandes Padres de la Iglesia, nació en Borgoña en 1091, y murió en 1153.

Por esto dijo Casiodoro (1) in lib. variar: «*Unde ille fons eloquentia Tullius dum dicere poteretur fertur se excusase eo quod pre dic non legis et ¿Quid ergo alliis poterit accidere si tanta laus Facundia Autorum beneficentiam postulaverit,* quiere decir: «Donde se cuenta que como aquella fuente de »Elocuencia Tullio le demandasen una question, se excusó, »diciendo que nos lo habia leído. Pues ¿quánto más debe »acaescer á uno que tanta alabanza de fermosura de fabla no »tobiese, quando la tal cosa le demandasen?» Con todo esto, tanto fuí incitado é estimulado por vuestras gratas invitaciones, que tomé osadía de escribir algunas de estas cosas, no en paga, mas en señal, con entencion que si el vagar consentiere de ello fare un tratado, é la ayuda divina premisa (2) vos la enviare onde mejor parezca lo que de esto deprendí á los mayores en saber de mí.

Onde al presente sea á vos manifiesto: muchos filósofos é grandes letrados fablaron del ojo donde se deriva aojar, que en latin decimos *Facinar* é por aojamiento facinacion, é pocos dieron la causa de ello é fueron ménos las causas alcanzantes de sus remedios preventivos, cognitivos é subsecutivos, si quiera curativos. Los más, empero, concuerdan de aquello sean algunas personas tanto venenosas en su complexion é tan apartados de la encresia (?) que por vista sola emponzoñan el aire; é los á quien aquel aire tañe ó lo reciben por atraccion respirativa. Segun en la Cosmografía es manifiesto se afirma en Cilicia son mugeres que por sola catadura matan. E no debe parescer estraño ó ménos creible por lo que del Basilisco (3) en las *Propiedades de las cosas* (4) se lee el qual por sola catadura mata á otro é así mesmo reflejando su vista en el espejo como Bernardo de Gordonio

(1) Marco Aurelio Casiodoro, célebre escritor cristiano, natural de Rávena, que floreció á mediados del siglo VI de Cristo; tuvo los mayores empleos y mucha estimacion con Teodorico y otros reyes godos poseedores de Italia, y acabó sus dias en un monasterio en el territorio de Calabria.

(2) *Premisa.* = Prévía, mediante.

(3) *Basilisco.* = Animal fabuloso, engendro quimérico, al cual se atribuye que mata con la vista. De aquí la frase: ojos de basilisco.

(4) Obra de este título, que corre á nombre de Thomas Angélico (¿será santo Tomás de Aquino, apellidado el doctor Angélico?), en castellano y en latin. (Nota de Floranes.)

in. lib. Medicinæ tit. De Venenis muestra. E avemos domestico exemplo del daño de la vista é infección de las mugeres mestruosas que acatando en el espejo facen en el máculas (1) é señales, como dice Abon Ruiz en el «*Commento de sonno et vigilia:*» *In speculis valde puris cum menstruosa venientes perspiciunt supra facies speculi fit veluti nubis sanguines et si novum sit speculum non facile est abstergere cuis maculam.* Que dice «que quando quiera que en los espejos (2) mui fermosos acatan sobre ellos los ojos mestruosos (3) en ellos se face como nube sanguínea ó colorada, é si nuevo es el espejo, no se quita ligeramente aquella mancilla.» Podíase haver aun exemplo en la vista infecta lobina que viendo primero al hombre, facele la voz perder como en el libro *De proprietatibus animalium* en el capítulo de *Lupo* dice: *Lupus in tali sanguine sicut si prisis hominem videvit vocem anfert.* Dice: «tanto es seca la sangre del lobo, que con su sequedad que si primeramente viere al hombre quitale la voz.» (4) Esto face el lobo sin duda con la venenosidad de su vista acontece aun quando alguno cata en los ojos del vioto (5) duélense los suyos por la turbada é mala catadura. E maguer en otros animales tal venenosidad á su vista hallada, sea mas fuerte en el hombre afuera del basilisco, se demuestra porque en si es al quanto veninoso e a mas sutil amision de virtud. Por eso Aristóteles *in lib. segundo De Animalibus* pone su saliva infecta sea diciendo: *Saliva hominis yeyuni omnibus animalibus venenum habentibus est contraria.* Decir quiere tanto «que la saliva del hombre ayuno es contraria ó medicina para todo animal emponzoñado,» y si alguno dixiere que esto seria por ser triacal ó salutifera la tal saliva, no pa-

(1) *Mácula.* = Mancha.

(2) Debe tenerse presente que en la antigüedad los espejos eran de metal bruñido (plata ó acero), y más propensos por lo tanto á empañarse que los actuales. En 1325 comenzaron los venecianos á fabricar sus famosos espejos de cristal.

(3) Ojos mestruosos son de la mujer que está con su tiempo ó tiene sangre rubia, ca en este tiempo tiene la vista dañosa.

(4) Y la causa porque toda sequedad del proximo contrario recibe perfeccion, e como la voz del hombre sea caliente e humeda de aquella, gustale la humedad por facer perfeccion así. (¿De quién será este gracioso comentario?)

(5) Vioto su causa porque toda potencia se deleita en su objeto.

resce así por lo que Egidio Zansorense *in libro de «Remediis venenosorum»* ha dicho (*cap. de morsu canis et hominis rabidorum*) *morsus hominis etiam non rabidi venenosus est*. Quiere decir «el mordimiento del hombre que rabia es mas emponzoñado que mordidura de otra cosa qualquiera que rabie.» La tal venenosidad de complexion mas por vista obra que por otra via, por la sotileza del espíritu visivo que su impresion de mas lejos en el aire se difunde é tiene distintos grados, segun la potencia del catador é la disposicion del acatado. E por esto mas en los niños pequeños acaesce tal daño seyendo mirados de dañosa vista por abertura de sus poros é fervor delicado de su sangre abundosa dispuesta á recibir la impresion. Face fec Abenagia en la fila hateapcia † mayor que viera un caballo que á quantos acababa facia venir fluxo que no lo osaban sacar con la cabeza descubierta. E esto face lo que Aristóteles cuenta en *Secretis Secretorum, lib. 2.º cap. de Corporis dispositione*, que fué enviada por la Reyna de Judit una fermosa Doncella aponzoñascada é fecha de complexion serpentina, é cataba las gentes desbergonzadamente dañandolos con su vista é podia matar con su mordedura. Por esto dijo fablando de ella: *Serpendi quidem quod ipsa interficeret homines solo morsis*: dice así: «entendí ó conocí que ella sola por su mordedura »mataria los hombres.» Onde tal inficiacion de vista dañada ó infecta imprime ó face daño conocido en los catados ó mirados mediante el aire infecto en que ambos participan, el uno por accion, el otro por pasion ó talaceto (¿tal afecto?), ó recepcion dicen aojamiento é fascinacion. De esto mueren asaz é otros adolescen de manera que no saben de que les viene ó no les prestan las comunes medicinas sino aquellas que para esto son especiales é propias. E cuidan muchos que las palabras dañan en esto mas que en el catar, porque ven que si uno mira á otro que le bien parezca, é lo alaba de fermoso é donoso luego en el parece daño de ojo siquier de fascinacion. De aquí deben entender sana consideracion mediante que la causa de esto es que aquel que alaba la cosa mirada, pues que de ella se paga parece en esto que la mira mas fuerte é firme atentamente que á otra cosa: é la faz

visual dirigiendo é ocupando en aquel catar, ese face mayor é más impresion parecida, é quel decir loar no añade fuerza, mas significa la atencion del catar, tanta es la fuerza de tal vista, que aun en los animales no razonables facinar puede, como dijo Virgilio en las *Bucólicas*, Égloga 3.^a *Nescio quis teneros hedos mihi fascinat agnos*, dice, «no se quien con los ojos me aojó ó mató los noviecitos é tiernos corderos.» Esto es quando natural razon é palpable puede sentir de la causa del facinar á manera de aquel. Ca de esto dicho se entiende el aire recibir esta impresion por raridad ó densidad en él causada por el Agente Visivo mas de quanto á el debido temperamento conviene, é muda su provechosa calidad en dañosa. Tal es la via de transformacion ó alteracion de los elementos. Así lo ha dicho Felipe Elefante en su *Astronomía*, cap. de *Elementis*: *Rarefactio et condensatio est via quedam originalis in transformationibus elementorum in gradibus suis*. Quiere decir, lo ralo é lo espeso es un camino de Vacimento en las transformaciones de los elementos ó en sus grados: é para esto ha menester distancia consona (1), así que la potencia esté mas vecina de su acto, segun lo qual el efecto sigue la demostracion suya como sea que la facilidad ó dificultad del efecto mide ó representa la propinquidad ó remocion de la potencia segun el cerca dicho Elefante dixo in *Arte Naturali*, cap. 1.^o: *Dicitur potentia propinqua vel remota secundum facilitatem vel difficultatem est effectus faciendi*: que es su Romance «La potencia acercana ó arredrada segun la su ligereza ó la su dificultad es el su efecto fecho.» Contra este daño usaron de tres maneras de remedios, é hoi se face en lo que de ello alcanza, *antes del daño preservativamente*; otra para conocer el daño recelado quando es dubia (2) si es facinacion; otra despues de conocido para lo quitar é librar de ella al presente: cada una de estas maneras por tres vias fué proveida é usada de los antiguos é agora de los modernos, por supersticion, por virtud, por calidad.

(1) *Cónsona*. = Conforme, análoga, conveniente.

(2) *Dubia*. = Duda. || Adj. dudoso.

Por la primera via (1), en la primera manera ponen á los niños manguelas de plata pegadas é colgadas de los cabellos con pez é incienso, é colgábanles al cuello sartas en que hobiese conchas del mar é broslabanles (2), en el ombro de la ropa manezuelas (3) á que dicen hancas, poníanles pedazos de espejo quebrado é agujas despuntadas, é al (4) coalabanles los ojos con el colirio de la piedra negra del Antinomio. Usaban los Judíos poner las nominas (5) especialmente aquella de Miet de Habalet con sus dos Angeles. A los moros laban los rostros con el agua del Almanchizen, que es rocío de Mayo. Dicenle así porque la cogen quando sube la manjar Almucen, é cuelganles del pesquezo granos de peonia é ponenles libros pequeños escritos (6), é dicenles «tahalil» é ponenles dineros forrados al cuello, é contezuelas de colores, é guardanlos que non los bean sinon pocos é aquellos que no tengan los ojos legañosos ni viscos. Ponen

(1) Método preservativo. (Véase al final.)

El plan expositivo de D. Enrique de Villena considera la curacion del mal de ojo en tres maneras: la primera, ántes del daño (método *preservativo*); la segunda, cuando hay sospechas de que existe el daño (método *de prueba*), y la tercera, despues del daño (método *curativo*). A cada una de estas tres maneras corresponden tres clases de remedios ó *vias*: remedios *supersticiosos*, *virtuales* y *calitativos*. Por la primera via en la primera manera, usaban manguelas de plata, broches, colirios, nóminas, etc. Por la segunda via en la primera manera, apelaban á las oraciones, palabras mágicas, signos, etc. Por la tercera via en la primera manera, empleaban las hojas de laurel, la mandragora, aguas olorosas, desinfectantes, etc. Por la primera via en la segunda manera, ensayaban gotas en líquidos, medidas, influencias atmosféricas, casuales, etc. Por la segunda via en la segunda manera, practicaban kábalas, juegos de palabras, vaticinios empíricos, etc. Por la tercera via en la segunda manera, examinaban el estado patológico del enfermo, los síntomas, las influencias medicinales; etc. Por la primera via en la tercera manera, recurrían á los bostezos, los sahumeros, el peso del enfermo, etc. Por la segunda via en la tercera manera, se valían de anagramas, inscripciones en hojas, objetos, etcétera. Y por la tercera via en la tercera manera, echaban mano de yerbas medicinales, piedras preciosas, bebidas confortantes, auxiliándose de la higiene doméstica y de la curacion moral.

(2) *Broslar.* = Bordar.

(3) *Manezuelas.* = Broches.

(4) *Al.* = Además, por otra parte.

(5) *Nóminas.* = Especie de reliquias en que estaban escritos los nombres de algunos santos.

(6) Esta práctica se usa en nuestras dias con los libritos llamados *evangelios*, que á guisa de reliquia y con otros diges cuelgan al cuello ó cintura de los niños.

eso mismo á las bestias aieno de pelo de canigo (1) en el collar é cabezada é traen hormas que son nominas pequeñas en las cabezadas y petrales de los caballos con ciertos nombres é figuras. A los grandes de edad untabanles los pies é ataban los pulgares con la buelta que mostró Enok estando contra oriente é saltaban hacia arriba tres veces antes que saliesen de sus casas é pasaban el rallo por el vientre de las bestias de cabalgar antes que andobiesen camino, é mostraban la anca en saliendo de la puerta de su casa, é decian en alzando el anca «Fianac.» Esto usaban los Alarabes de Persia, traen avellanas llenas de azogue cerradas con cera, en el brazo derecho; ponen á sus criaturas espejuelos en los cabellos é pasanles por los ojos antes que sepan hablar ojos de gatos monteses é otras muchas maneras tales, é algunas de ellas aun se platican. E de esto Cayt Amet ha hecho mencion de los Ritez Saheut Reduan en el *Gayat Alhaquin*. Non alego los textos de ellos porque no ví sus libros sino que lo oí decir á mis maestros. E aun porque en esta materia no me quiero tanto extender como podria buscando las razones de todo esto é sus principios, é los inventores contar, é los tiempos en que los fallaron é primero usaron que está asaz claro en las historias antiguas, porque no sea visto contar doctrina perniciosa é contraria á la Divina ley en la qual me deleito y tales supersticiones aborrezco é esfuérmome á decir con San Pablo *ad Rom. 1.^a: Condelector enim lege secundum anteriorem hominem*. Quiere decir..... *Por la segunda* viene esta primera manera; usaron decir algunos nombres é oraciones: dice Rabi Zag Alinzaeli en el libro de los *Xarasim* que diciendo estas nombres: *alla mayla* sera guardado aquel dia de este daño por quanto salen de aquel verso Hebraico, que dice: *Adonay lilo yra maya Zeliadano*; en latin *Dominus mihi adjutor, non timebo quid faciat mihi homo*. E sale por el comienzo de los bocablos é letras primeras: de *Adonay* toma la *a*, é de *li* toma la *l*, é de *lo* toma la otra *l*, é de *yra* toma la otra *a*; así dirá *alla*: é de *ma* toma la *m*, é de *ya* hace la *a* é

(1) *Canijo*. = Nombre vulgar antiguo de la Fuina.

la *y*, é de *li* toma la *l*, é de *adano* toma la *a*, y así dice *mayla*. Esto dicen los Hebraiquistas. Rasatenat, maestro de Girona, en su tabla pone que mostrando el Saday con la mano alzando los tres dedos postrimeros en manera de *e*, el segundo encornado en manera de *daled*, é el pulgar poniendolo de *yvso* en manera de *yot*, é haciendo que se excuda de la mano é que diga *taf tafio anaquendanit*, que será guardado de mala cataradura de ojo por virtud de este nombre. Empero por haberse ido estos nombres judíos é no haber fecho nuestros Doctores mencion, no usan entre christianos de ello. *Por virtud natural* usan traer coral et fojas de laurel é raices de mandragora é piedra esmeralda, é jacinto, é dientes de pez é ojo de aguila, é mirra é balsamo como escribió *Tisiologo* in libro de *Fisicis ligaturis* é asigna en esto tal razon que estas cosas han virtud natural de purificar el aire en derredor del que las trae, é por eso no dan lugar á la infeccion del ojo que dañe, disponiendo en medio otra manera ó haciendo en él accion contraria. Donde se concluye que todas estas cosas que purgan el aire é quitan de él infeccion é dañamiento, traídas, preservan de este daño virtualmente é natural. De esto *Alberto Magno* en su *Experimentador* ha memorado muchas cosas que dejo de nombrar é reservo para el tratado de esto á Dios placiendo entiendo facer. *Por calidad que es la tercera via* manda traer buenos olores é suaves, así como almizcle, é acibra, é lináloe, ó galnano, é ungula odorífera, é cálamo aromático, é clavos, é cortezas de manzanas é de cidras, é nueces de ciprés, porque son buen olor. De estas cosas se conforta el espíritu del que lo trae, é facen fuerte su complexion por veneficio cordial contra el venenoso aire, depurandolo é rarificandolo con su calentura é fragancia, é eferando (1) de el resolutivamente toda omision extraña. Para esto aprovechan las buenas aguas, así como muscada é rosada é de azúcar, é de romero, é de melones, é de vinagre, é las buenas unturas como el unguento del alabastro, é el tiblo del aceite del alantiga, é de sambar, é tales cosas segun más largamente contó Cleopatra, mu-

(1) *Eferar.* = Absorber (?).

jer de Marco Antonio, en el libro de sus afeites, Apocrasio (1) en sus *Gravidas*. En parte de otros muchos remedios preservativos para esto usaron tambien los Egipcios, que degollaban un pollo sobre la cabeza de los niños en cada comienzo de Luna é con la sangre untabanles la oreja izquierda é aun por la obra de las imagenes facian tal ó mas é de esto no es de facer mencion ni lo recordar poniendo como baste lo dicho solo por exemplo. E despues en el tratado que ofresci traeré estas cosas con sus causas é razones é autoridades las que buenamente é con segura conciencia se pudiesen decir y en esto poner. En la segunda manera (2), para investigar é certificarse del facinado que se presume, por aquellas tres vías lo buscaron é usaron los antiguos, nombrados supersticion, virtud ó calidad. *Por la primera vía* usaban lanzar gotas de aceite en el dedo menor de la derecha mano sobre agua queda en vaso puesto en presencia del pasionado y paraban mientes si derramaban, ó si iban al fondo, ó estaban quedas de suyo, ó se mudaban de colores, é segun las universidades que mostraban, juzgaban del enfermo si era facinado ó no, é median su cuita á cobdos ó á palmos, é si venia una vez larga é otra corta, de aquella variacion tomaban señal del daño. Otros ponian un orinal nuevo sobre la cabeza del enfermo con agua é lanzaban una clara de huebo del dia puesto dentro é lebantabanse astiles é figuras en el agua que parescen de personas é allí decian los entendidos en esto si era facinado é como le vino é de que personas é otras especialidades: otros tomaban un pedazo de pan que le hobiese tenido en la mano el paciente por media hora é lanzabanlo en el suelo é paraban mientes si lo levaria perro ó gato ó si lo alzaria persona é de que color, ó á que parte lo levaba, é que facia de el, é asi juzgaban de la enfermedad ó salud é otras muchas diversidades de esta manera ó condicion, segun quenta Cafat el Indiano é Muglia Falcamano el corto, segun oí decir á un sabidor Morisco que decian *el varafi viejo de*

(1) Apocrasio (Valerio Harpocracion), gramático griego, que vivia en tiempo de Marco Aurelio, por los años 166 ántes de J. C.

(2) Método de prueba. (Véase al final.)

Guadalfagar, é aun algunas reliquias de esto han quedado en uso son defendidas como supersticiosas é contrarias al buen vivir, é por esto no me detengo en esto, ni curo todas sus diversidades expresar que facian por ratimientos de plomo é de cera, é esparcimiento de farina é de simientes acerca de esto. E paso á *la segunda vía* virtual, por la qual; asi por las palabras como supersticiones é vencimientos entienden algunos que padece luego si el daño es por esa causa. De esto puso el Rabí Aser en la cabbala que dejó en Toledo escrita de su mano. Que si tomaban tiesto de cantaro antes que lo cuezan é escriben en él el nombre *tomarbar* escrito en hebraico que se face con cinco letras *cabdimen rex ha frex* é sale de los cinco *vacer gupm de verexid* tomando las postrimeras letras de ello, é lo pusieren en la mano del enfermo que duerma con ello, que jimirá entre sueños si por ojo ovo aquel accidente é si lo no face no es de aquello. Maestre Azday Crestas que fué en este tiempo que me contó viera colgado al cuello el salmo que comienza *Aserhaiç* que entre otros dicen *Beatus vir...* que luego el paciente sudaba si no era de ojo, y si no sudaba parecia su complexion estar mal concertada por el daño de facinacion recibido. Aun por virtud de suspensiones aplicaciones fallaban esto como poniendo sobre los pechos la piedra tan duro que se fallaba en el estomago del oso. Face venir los ojos en lágrimas al apasionado poniendo en el dedo suyo esmeraldas, se escurre su color á poco de hora. E poniendo el martago... en la mano facelo temblar é otras tales é muchas diversidades é algunas de ellas no se fallan ciertas en todo tiempo ni por todos los hombres como en el *vasilogrofo de las virtudes de las cosas* hablando se falla el Apocacio que puso muchas de ellas é algunas fasta el presente tiempo quedaron en uso.

E por la tercera vía é más segura é cierta se conoce calitivamente así en la catadura del enfermo quando la tiene turbada é ama tener los ojos bajos, é estar hechado, é no sentir fuerza, é estar pensoso, é suspirar de vagar é tener cuidado sin saber de que, é sentir queje en el corazon é escurecimiento é dolores en el cuerpo, como en no querer comer, ni tener señales de especial é acostumbrada señalada dolen-

cia, ni saber causa nombrada; prestanle poco las comunes melecinas, é aun fallanle á las veces frio, é súbito se muda en color alternandose por veces trocadas, é sudores que le vienen no razonables é luego lo dejan, é apreta las manos, esconde los pulgares é bosteza á menudo é tiene el oír más agudo que de antes y extriñese del vientre; tales accidentes, muestra daño de ojo haber esto causado.

Suelen en Persia ponerles un paño mojado sobre la cabeza é tienenlo fasta que se seque por el vaho que sale é si en el paño quedan mancillas juzgan por allí la natura del daño. E valí Amos dixo que este paño debiera ser mojado con orina mesma del enfermo. Otros catan las lagrimas que le salen, que sabor han é si tiran á salado con el quanto ó amargo, é afirman de ojo venir aquel accidente. Otros facenlos escupir sobre cuchillo ó tabla de fierro escalentada al fuego é sacado ven que color queda é así juzgan de la enfermedad segun de todas estas señales é otros juicios. Alberto Magno en el libro especial que fizo de *Facinacion* no dijo: *signo naturalia facinationis ostenduntur Medico prudentissimo*, que quiere decir, «la Sciencia natural demuestra al fisico prudente las señales de la muerte.» De esto agora poco se sabe: lo mas segun las otras vias aunque no tan ciertos sean por su facilidad.

Pues viniendo á la tercera manera, que es de quitar ó curar el daño por la facinacion rescibido por esas mismas vias; contadas de suso van en diversas partes diversamente. E todos acuerdan que luego se ponga en ello remedio: pues se a conocido facinado ser porque dende no curando podrian nascer otros daños é dolencias peligrosas, é aun muerte: tanto se altera la complexion é dispone á rescibir qualquier dañamiento que sobrebenga, é si fué de otra facinacion, matalo. E por eso dijieron que todas las medicinas preservativas é remedios aprovechan á la cura del aojamiento, así lo afirma Maestre Marsilio, que fué en tiempo nuestro Físico del Duque de Milan en sus *Experiencias* en el capítulo de *cura facinationis* así: *remedio preservationum á facinatione preservative et curative sunt in cura et e converso*, que quiere decir, «los remedios de las preservaciones del aojamiento para curar é guardar son incurables á las veces al contrario.»

E por la primera via usaban los pasados bostezar en nombre del enfermo muchas veces fasta que le crugian las varillas é esa hora decian que era ya quitado el daño; otros le pesaban en balanzas con un canto grande, é lavabanle el pie derecho con agua de lluvia é dabanla á beber á Gallina que no obiese puesto, é quando la habia bebido que era señal de salud, é si non la bebia de muerte. Otros lo safumaban con yerba *tu* é con Aristoloquia redonda é con peñolas de avuvilla é de lechuza, é otros lo untaban las sobrecejas con sebo de encebra untado. E algunas de estas cosas han quedado en uso de este tiempo. E tales cosas no las han por bien en la Iglesia Católica, é por ende usar no se debe por los fieles é creyentes. Obraban aun por las virtudes, é segunda via, é por nombres segun puso el dicho Rabí Zag Alizrael en la su tabla, que si dan á beber el nombre mayor de las cinco letras que dicen de la *Abaya* con agua rosada desleida, que sea escrito en escudilla de madera con azafran é canfora é lagrimas del paciente que lo sana del ojo malo que lo dañó. E Raby Sarayha á quien decian Enferrer que fué en este tiempo me contó probara algunas tabbalot, entre ellas que tomara un ramo de Lulaf diciendo sobre él *cadn* é escribiendo en una de sus ojas el nombre de Sandalfin el Angel, é dando á beber al enfermo facionado del polvo de esto, que lo sanaba, y decia más que asentandolo con la tena del rostro al hebal y diciendo *Adonay Eloism* siete veces, que habia remedio por virtud de estas palabras. Por cierto en estas obras, que por virtud de palabras se obran, grandes secretos alcanzaron los Ebraiquistas. Esto fizo la grande antigüedad de aquella lengua donde descenden las otras lenguas. E por esto dice San Hieronimo Sup. forman. *Nosce posumus linguam Hebraicam omnium linguarum esse matrem.* Que quiere decir: «conocer podemos que la lengua Hebraica es madre de todas las lenguas.»

Otros buscaron remedios por las virtudes de las hierbas é de los miembros de los animales é de las piedras, asi como poner fojas de Albahaca en las orejas, é traer uñas de Asno montés que dicen Onagro, é sortija de uña de Asno doméstico, é verga, é colmillo de lobo, é piedra de diamante en el

dedo; é oler ysopo é *Eiluem convalium*, é tener lana de noguera en la mano, é todas estas cosas han propiedad para esto, é facen mucho provecho conoscido, como recita el dicho Maestro Marsilio en el libro nombrado, é fué fisico muy famoso en su vida, é ovo experiencia de muchas virtudes de natura conformes á las complexiones de agora en proporcion curativa, é quedó de él gran fama en Italia donde vivió. E léese hoy en las escuelas la *exposicion* que hizo sobre Avicena, segund me contó Maestre Pedro de Tosiano, que fué su compañero, pues determinando sucintamente, de las virtudes vengo á las obras por calidad ministradas en tal enfermedad: vsan de ellas confortando el corazon é los espíritus lesos con pan de altea é letuario Católico é poniendo sobre el corazon paños de escarlata mojados de agua rosada é esparcidos de sandalos mui certelinos é teniendo en la mano hueso de marfil é coral al cuello é no dejando estar el paciente á solas é dándole dictamo á beber que quita infeccion recibida, é regando la casa con zumo de yedra é vinagre, y estirándole los miembros cada dia haciéndole desperezar á menudo, guardándolo de enojo é de mucho comer é dormir, é de viandas secas é mal olientes é de tener estomago bacio é todabia donde dormiera haya lumbre é tengase templado de vientre é purgarle si menester fuere con diacártami é zumo de rosas que esfuerzen la complexion é conortan los miembros principales é han virtud tiriacaal é purifican el aire é restituyen la complexion á su energia: sobre todo, muger mestruosa no les visite. E de esto mucho cumplidamente é mejor de otros el dicho Maestre Marsilio ha tratado. Los fisicos de ahora saben de esto poco porque desdeñan la cura de tal enfermedad diciendo que es obra de mugeres é tienenlo en poco é por eso no alcanzan las diferencias é secretos de ellos que se alcanzan parando en ello mientes. Empero todas estas cosas son en la de la é con la Filosofia alcanzadas á quien pertenece presentar é saber investigar é dubdar é solver las humanas é divinas questiones, penetrar los secretos de ellas. Por eso San Isidoro, en sus *Ethimologias*, lib. 2.º, cap. 3.º, dice: *Filosofia est rerum humanorum Divinarumque cognitio*, quiere decir: «La Filosofia es conocimiento de las cosas humanas y divinas.»

E no os parezca luenga esta cura, considerad la materia en ella movida, quantas dificultades se suscitan en el entendimiento de ella. E pensad que lo mas sumariamente que puede deducir aquella solo por daros á sentir algún poco de tal laberinto en degustacion: Reservando para el tratado de ello facedero las dubdas é questionnes que dende insingir pueden, así como por esta facinacion obra en las cosas insensadas é piedras é fustes é vidrio é vasos que loandolos de fermosos se quiebran por sí, é árboles secarse, é aguas detenerse é tales estrañezas. Entónces de estas é de otras mayores, porné las soluciones, segun los autores que de esto fablaron han puesto, é á los presentes informado. Quanto más, que la brevedad no debe ser tanta que difusque la materia y lo faga menos inteligible como dice San Hieronimo, *sup Isaiam. Sic at endemdum est brevitati ut nullum damnun faciet intelligentiæ*, quiere decir: «así es de otorgar la brevedad que ningun daño faga al entendimiento.» E yo estó poco exercitado en tales informaciones para que osasemos dilatar el decir quanta necesidad demanda, el qual exercicio muchas veces suministra eloquencia de natura negada como dixo Ermodio en *sus Decires: Exercitatio eloquentiam dat quam ingenium negat*, dice: «el uso del fablar da la elocuencia que el ingenio niega.»

Tomad de todo esto lo bueno, es á saber lo que la Iglesia universal ha por bueno é consiente usar, así como de facinacion guardaredes vuestro cuerpo, mucho mas lo aparte vuestra anima de pecado viviendo virtuosamente, por cuya conservacion debe hombre elegir la muerte antes que darse á vicios. Por eso dijo Aristóteles, 3.º *Echicæ: Melius est mori quam facere contra bonum virtutum*, dice: «mejor es morir que facer cosa que sea contra virtud.» Mas quisiera tal informacion vos por palabra de decir que en escrito enviar, é si á vos solo la flaqueza de mi ingenio fuese comunicada, é aunque mejor que viva voz concebierades mi concepto, la palabra tiene singular efecto en mostrar é en el animo de los demás durablemente fixir las mostradas cosas que por ordinacion escritas. En esto, experto San Hieronimo, decia en epistola *ad Paulinum*, cap. 2.º: *Habet nescio quid latentis vive vocis autoritas et in aures de autoris ore transfusa sonat fortius.*

Quiere decir: «turbarme face é no puedo en tales vagar cosas la participacion de muchos que por expedicion de negocios tengo de oír é disgresan mi entendimiento.» Tales obras entender podré quieren voluntad reposada é parte de tiempo quieren. En que pueda difundir fuera de sí el orden ante lo que Dios le habrá ministrado, quieren soledumbre é consorcio de pocos é aun la conversacion de buenas costumbres. Esto demanda. Por eso es aconsejado 3.º *C. D. si cupio T. C.*. *EL consortio fuge malorum nec non et multorum*: quiere decir.....

E non podria alguno con razon é verdad decir que á las grandes personas tales ocupaciones científicas no convengan ni á su magnificencia si esto requiera. Ca por cierto mucho mejor á los en dignidad puestos, é por linage sublimados, esto conviene, é de ellos por doctrina lo deben los mejores hacer, é con esto les puede mas aprovechar como dijo Vegetio (1) in libro de *re militaris*, cap. 1.º: *nec quenquam magis decet meliora scire vel plura quam Principi cuius doctrina omnibus prodese potest subjectis*, quiere decir: «no conviene á ninguno saber cosas mejores, ni mas que al Principe, la doctrina del cual puede aprovechar á los suyos;» quanto mas que en esta vida bienabenturada no se puede alcanzar sin haber cumplimiento de los saberes, por eso dijo el mencionado Felipe Elefante in sua *Gotica*, cap. 1.º. *Igitur cupiens facilitatem artem adiscat quia nisi estudio sum impossibile est quemquam esse felicem*. Dice: «todo aquel que codicia ser de sutil ingenio, aprenda las artes, ca si por ventura no es estudioso, nunca será bienabenturado.» Esto conoció bien Demetrio que por mas libre estar é obtener puridad intelectual, é darse á los saberes, dejó todos sus bienes temporales, se sacó los ojos, segun Angelio (2) in lib. *Noctum Aticarum* largamente cuenta. E denos Dios tantos de los saberes abundoso conocimiento en esta breve é umbrática vida é

(1) Flavio Renato Vegetio, escritor de mediados del siglo IV de Cristo, que escribió un tratado de *Instituciones militares* en cuatro libros, dedicado al emperador Valentiniano.

(2) Angelio (Aulo Gelio), célebre gramático latino, que vivía en Roma por los años 130.

deje facer así obras á él aplacibles de este valle de miserias librado, libre á su gloria veniendo contemples con segura eternidad el dador de tantos é provechosos dones.—Escrita en la mi villa de Torralba (1). Nonas Junii indiccione J J J.

AUTORES CITADOS.

ABENAGIA (¿Aben Hezra?). = ABON RUIZ—*Commento de sonno et vigilia.* = ALBERTO MAGNO—*El Experimentador—De Facination.* = ANGÉLICO (THOMAS)—*De las propiedades de las cosas.* = ANGELIO (AULO GELIO)—*Noctum Aticarum.* = ARISTÓTELES—*De Animalibus—Secretis Secretorum—Ethicæ.* = ARPOCASIO (VALERIO HARPOCRATION)—*Gravidas—Vasilogrofo de las virtudes de las cosas.* = AZDAY CRESTAS (Maestre). = BERNARDO (SAN)—*Consideratione ad Eugenium III Papa.* = BERNARDO DE GORDONIO—*De Venenis.* = CAFAT, el Indiano. = CASIODORO (MARCO AURELIO)—*Variare.* = EGIDIO ZANSORENSE—*De Remediis venenosorum.* = ELVARAFÍ (¿Al Xarafi?). = ENOK (¿Rabbí Enoch?). = ERMODIO (¿Hermodoro?).—*Decires.* = FELIPE ELEFANTE—*Astronomía—Arte Naturali—Gótica.* = GERONIMO (SAN)—*Sup. forman—Sup. Isaiam—Ad. Paulin.* = ISIDORO (SAN)—*Etymolog.* = MUGLIA FALCAMANO, el Corto, (¿Mushaf Alzimar?). = MAESTRE MARSILIO (¿Marsilio Ficino?).—*Experiencias—Exposicion sobre Avicena.* = PABLO (SAN)—*Epíst. ad Romanum 1.^a* = PETRARCA—*Solitaria Vita, proemio.* = PLATON—*Opera, proemio.* = REDUAN (ABEN)—*Gayat Alhaquin.* = RABBÍ ASER. = RABBÍ SARAYHA, llamado Enferrer. = RABBÍ ZAG ALINZAELI—*Xarasim.* = RASA TENAT, maestro de Gerona. = RITEZ SAHEUT. = TOSIANO (Maestre PEDRO DE). = VALÍ AMOS. = VEGECIO—*Instituciones militares.* = VIRGILIO—*Bucólicas, églo. 3.^a* = ZAYT AMET. = ZISIOLOGO ó TISIOLOGO—*Fisicis ligaturis.*

CURACION DEL MAL DE OJO

SEGUN EL PLAN EXPOSITIVO DEL MARQUÉS DE VILLENA.

ANTES DEL DAÑO (MÉTODO PRESERVATIVO).

Remedios supersticiosos (manguelas de plata; broches; colirios; nóminas).
— virtuales (oraciones; palabras mágicas; signos, etc.)

(1) La villa de Torralva, perteneciente al señorío de Iniesta, en el obispado de Cuenca, donde pasó los últimos veinte años de su vida. Murió en Madrid, á la sazón que habia ido á visitar al rey, y fué el último de su ilustre familia. (Ticknor, t. I, pág. 379.)

Don Juan Pacheco, favorito de Enrique IV, obtuvo el marquesado de Villena en 1446.

Remedios calitativos (hojas de laurel; mandrágora; aguas olorosas; desinfectantes, etc.)

DURANTE EL DAÑO (MÉTODO DE PRUEBA).

Remedios supersticiosos (gotas en líquido; medidas; influencias atmosféricas, casuales, etcétera).

- virtuales (kábalas; juegos de palabras; vaticinios empíricos).
- calitativos (exámen del estado patológico del enfermo; síntomas; influencias medicinales).

DESPUES DEL DAÑO (MÉTODO CURATIVO).

Remedios supersticiosos (bostezos, peso del enfermo; sahumeros).

- virtuales (nombres mágicos; inscripciones en hojas, objetos, etc.)
- calitativos (hierbas medicinales; piedras preciosas; bebidas confortantes; higiene doméstica; curacion moral.)

J. S. M.

EL NIÑO CIEGO.

MADRIGAL.

(TRADUCCION DEL ITALIANO.)

Con cariñoso ruego,
 Preguntó á su pastor Fílis un dia:
 — «¿Por qué el amor es ciego?»
 Y él respondió, causándola sonrojos:
 — «Porque sus dulces ojos
 Se los robaste tú, pastora mia.»

JESÚS CENCILLO.

LA MUJER HEBREA.

Amar al débil, amparar y proteger al tierno, socorrer al afligido, son preceptos que forman el texto de innumerables sermones predicados año tras año en todos los púlpitos, y á los que siempre han respondido de buen grado los corazones generosos, en caridad y en amor ricos.

Durante los oscuros tiempos de la Edad Media, encontró el «Entusiasmo de la Humanidad» sus primeros adeptos; en aquel período de violencia y derramamiento de sangre, los sentimientos de caridad y piedad, cuyo desarrollo se habia impedido durante tanto tiempo, abieron en hermosa y completa flor, que á la sombra de la Iglesia de la Edad Media alcanzó su mayor lozanía. Entónces fué cuando el enfermo y el desvalido fueron cuidados por hombres y mujeres de noble cuna; entónces el hombre fuerte y la delicada mujer tendieron sus manos á su desgraciado hermano ó á su hermana atacada de la fiebre. La historia de la Edad Media manchada está por oscuros y terribles pecados, pero tambien glorificada por brillantes virtudes, que lucen y resaltan más en medio de largos anales de crueldad y de opresion.

¡Respeto al débil!

Era una doctrina predicada por ermitaños y sacerdotes, y practicada—en parte á lo ménos—por los caballeros en aquel tiempo.

¡Respeto al débil, al enfermo, al miserable!

¡Y respeto tambien al apacible y al hermoso!

La mujer, por su debilidad, participó con el pobre y el desvalido de la caridad y ternura inculcadas por la religion,

y frecuentemente reforzaba sus derechos con la potencia mágica de la juventud y del agrado.

¿Pero no puede haber existido un peligro oculto en este precepto grande y noble? La pobreza y el desamparo pueden aumentarse por el amor y el cuidado que en ellos se emplea, hasta que llegan á ser nocivas enredaderas que destruyen las saludables plantas de la industria y de la independencia. La mujer, objeto de excesiva veneración, cuando no recibe el correspondiente cultivo, se vuelve con harta facilidad egoísta, vana, y llega á ser cruel. Sabemos cuán rápidamente se multiplicaron los mendigos en todos los países civilizados de Europa y fueron la *plaié sanglante* del cuerpo social. De ser *los pobres del Señor*, llegaron á ser considerados como desgracia y ruina de la comunidad. Y del mismo modo, los caballeros que, al ménos en teoría, han rodeado en todos tiempos á la mujer en los países cristianos, la han dejado demasiado frecuentemente degenerar en un sér desamparado é inútil, incapaz de cumplir los deberes y de gozar los placeres más elevados de la existencia humana.

¡Respeto á la mujer moral é intelectualmente fuerte! ¡A la mujer de sano juicio, poderoso pensamiento y acción independiente! Era una máxima predicada en una época remota. «La fuerza y el honor son su ropaje,» son palabras que fueron escritas en su origen en una lengua hebrea, y pertenecen al retrato hebreo de la mujer perfecta, ideal de una nación en la cual la mujer era honrada y libre y que, al mismo tiempo que profesaba que su belleza y su gracia eran preciosas, decia de ella: «La gracia es engañosa y la belleza es vana; pero la mujer que teme al Señor será ensalzada.»

Desde las primeras edades parece que las mujeres de Israel gozaron de un grado considerable de libertad. Se asemejaban, en verdad, en no pocos puntos á las mujeres teutonas, quienes, como ellas, eran vigorosas y de elevado espíritu, renombradas por su pureza y valor, y que podian, cuando llegaba el caso, aparecer en el campo de batalla y alentar á sus maridos á arrostrar la muerte ántes que aceptar la merced del vencedor, y que, tambien, contaban entre ellas profetisas y sacerdotisas. Un ancho vacío, sin embargo,

separa las mujeres de Israel de sus contemporáneas, que habitaban, ya los climas orientales, ya las playas europeas.

Empezando por la India, una de las naciones más antiguas de que queda memoria, se nos dice que la condicion de las mujeres de esa raza habia ido empeorándose desde las edades védicas. Por honrosa que fuera la posicion que en algun tiempo ocuparon, pronto cayeron en un estado de desesperada dependencia. El gran legislador Manu nos hace una triste y curiosa descripcion de la vida de una mujer india:

«En la infancia tiene una mujer que depender de su padre; en la juventud, de su marido; muerto su señor, de sus hijos; si no tiene hijos, de los parientes más cercanos de su marido; si éste no dejó parientes, de los del padre de ella; si no tiene parentela paterna, del soberano: una mujer jamás debe buscar independendencia.» (1)

Las leyes indias religiosas y civiles se han trasformado, se han desarrollado y en algunos puntos se han depravado, en el trascurso de los siglos, en manos de los exponentes Brahmanicos; y no hay reglas que hayan sufrido tantos y tan continuos cambios como las referentes á la posicion legal de las mujeres, pudiendo decirse que siempre de mal en peor. Porque aunque la legislacion británica ha corregido algunos de los excesos de las leyes indias, sus principios quedan intactos y tienen que producir algunos de sus resultados (2).

La dependencia de la mujer india, pintada por el legislador Manu, llegó á exagerarse en más recientes tiempos, y motivó la práctica moderna de la encarcelacion perpétua y la todavía más terrible muerte en la hoguera, hoy felizmente abolida.

Entre los antiguos griegos, pueblo el más elevado en inteligencia del mundo, ocupaba tambien la mujer una posicion mucho ménos digna de la que tenia entre las más rudas tribus de pastores hebreos. Solamente en la edad homérica, y con especialidad entre las mujeres de la Odisea, encontramos pensamiento y accion sanos, sin restricciones, con la digni-

(1) *Institutes of Manu*, cap. 5, pár. 148.

(2) Sir Henry Maine—*Early History of Institutions*. Lec. XI.

dad é independencia correspondientes. «En la córte de Alcinous se nos representa á la reina Areté, como una dama honrada por su marido más de lo que lo eran por los suyos otras mujeres, y saludada con amables palabras por su pueblo cuando salia por la ciudad, á causa de no carecer ella de buen sentido y discrecion y por ser su actitud la de conciliadora en las disputas entre los hombres. La posicion de mujer casada en la casa real era elevada.»

«El encantador retrato de la princesa Nausicaa lo ratifica perfectamente: y encontramos la mayor libertad de accion en todas aquellas damas, y carencia de nécios celos por parte de sus parientes (1).»

Pero esta era una edad prehistórica. Los hombres y mujeres de Homero estaban enlazados íntimamente con los dioses y diosas de la mitología, y se atribuia á Pallas Athenæ que murmuraba palabras de sabiduría y talento en los oidos de sus favoritos, mientras que Aphrodite los cubria con sobrenatural agrado y gracia.

En épocas más recientes, sin embargo, la mujer griega no fué otra cosa que la fiel esclava de su refinado é inteligente señor. Pasaba su vida encerrada, excluida del zumbido activo de la murmuradora ciudad, de todas las alegres diversiones públicas, del teatro con su gran influencia intelectual, del círculo social en su propia casa; en resúmen, de lo que puede considerarse como uno de los principales elementos de la educacion femenil; la sociedad de los hombres. En Atenas especialmente las mujeres estaban encerradas en las gynecas, tratadas con sistemático desprecio y despojadas de todo ejercicio mental y físico.

El autor de «La vida social en Grecia,» queriendo encontrar una razon para los celos verdaderamente asiáticos, por los cuales las mujeres de las clases más altas eran encerradas en Atenas, dice: «Bien sabido es que la riqueza y el lujo de las ciudades asiáticas sobrepujaron en mucho á los de las helénicas. Parece, por lo tanto, más que probable, que la tintura asiática que los griegos jónicos recibieron, por su

(1) Mahaffy's *Social Life in Greece*. Chap. III.

»contacto con Lydia y por la conquista persa de la Jonia, así
»como ciertamente introdujo nociones más bajas respecto á
»la posición social de las mujeres, así también afectó la vida
»elegante de Atenas... Creo yo que debe concederse una
»influencia parecida, y esto ayudará á explicar el fenómeno
»extraordinario que se nos presenta. Quiero decir, cómo la
»imperial Atenas, morada de las artes y de la literatura,
»centro quizás aún entonces del refinamiento social de
»Grecia—aunque esto es dudoso—cómo esta Atenas, que
»había resuelto completamente el problema de la extensión
»de los privilegios á todos los ciudadanos, había retrogradado
»en cuanto á las mujeres; y si no en la práctica, ciertamente
»sí en la teoría, les negaba aquella razonable libertad que
»toda la literatura griega antigua les enseñaba que habían
»poseído hasta entonces» (1).

Las heroínas de los versos de Homero y de los dramas de Esquilo y Sófocles habían sido en verdad reemplazadas por mujeres de otro tipo. Antigone y Electra no tuvieron sucesoras. Solamente á las cortesanas fué permitido educarse é instruirse, y los griegos nunca progresaron lo suficiente en su civilización para desear ver la instrucción y estudio de Aspasia unidos á la pureza de sus mujeres é hijas.

La mujer romana tiene mayor semejanza con la judía y ha dejado á las páginas de la historia y de la literatura muchos honrosos nombres. ¿Quién puede olvidar las heróicas doncellas, Clelia y Valeria; Lucrecia, que prefirió la muerte al deshonor; Volumnia, la altiva madre de Coriolano; Cornelia, la de los Gracos; ó Porcia, la mujer de Bruto? Aunque la mujer romana estaba, como todo el hogar, subordinada enteramente al marido, por hábito era tratada con respeto. Aparece como la dueña de su casa, instructora de sus hijos y guardian del honor doméstico. Salir fuera del hogar estaba limitado solamente por escrúpulo y costumbre, no por ley ni por voluntad celosa del marido. Las mujeres frecuentaban los teatros públicos no ménos que los hombres, y con estos tomaban asiento en los banquetes festivos. En

(1) Social Life in Greece. Chap. VI, p. 48.

todas las primeras edades, la posición de la mujer romana es simple y grande, pero cuando cayó la república, cuando la extravagancia del lujo se extendió por la tierra, se estropeó el carácter de la mujer romana. Se hizo cruel y voluptuosa. La fidelidad conyugal llegó á ser rara, y por último, llegamos á los terribles cuadros de las Agripinas y Mesalinas del Imperio.

Quedan por ser consideradas la mujer teutona y la hebrea, y no es ciertamente poco notable que la posición del sexo haya tenido tantos puntos de contacto en las dos razas que en tiempos antiguos y modernos han dirigido los movimientos religiosos del mundo y ejercido la mayor influencia sobre la naturaleza espiritual de la humanidad. Leemos en Tácito que los teutones «suponen que hay algo de santidad, una presencia inherente al sexo femenino, y por esto ni desprecian sus consejos ni dejan de meditar sus respuestas. Hemos contemplado en el reinado de Vespasiano, á Veleda, reverenciada durante mucho tiempo por muchos como una deidad. Aurinia, además, y otras varias, fueron tenidas en igual veneración, pero no por adulación servil ni para hacerlas diosas» (1).

Desde el tiempo en que formaron nación los hebreos, con propias leyes, religion y gobernantes, fueron sus mujeres libres é independientes, y esta misma independencia que produjo fortaleza de carácter, fué su honor y su gloria. Ser fuerte y brava era, como hemos visto, el ideal contenido en aquella profecía que la madre del rey Lemuel le enseñó. No carece de interés averiguar hasta qué punto quedó esta pintura realizada en los caracteres de mujeres de la Biblia. Al principio notaremos que los resultados de la crítica é investigaciones modernas, no pueden de modo alguno afectar la conclusión que saquemos respecto al carácter de las mujeres hebreas que encontramos en las narraciones de la Escritura. Sea el que fuere el error de la narración histórica, el *ideal* del historiador permanece igualmente cierto. El re-

(1) Tacitus treatise on "The Situation Manners and Inhabitants of Germany."

gistro más literal de hechos, la cronología más irreprochable de reyes y reinas, las pinturas más gráficas de campos de batallas, no podrían darnos un índice tan claro y seguro del modo de pensar del pueblo hebreo como el que encontramos en las descripciones de una Deborah, una Ruth ó una Hannah. Afortunadamente, estamos en disposición de recoger con bastante precisión estos tipos de la vida siria: nos es permitido espigar entre los varios escritores, la posición de las mujeres entre los hebreos, y á veces vemos cómo les fué concedido sostener y llevar la ardiente antorcha de la luz espiritual y de la civilización, que luego ha encendido la lámpara que arde en todo altar judío ó cristiano.

Y recordaremos que al hablar de los hebreos, no nos ocupamos en un pueblo extinguido ó imaginario, sino con aquellos cuyos descendientes constantemente reproducen su antiguo carácter; con mujeres cuyos rasgos característicos fueron tan fuertes que ninguna fase de la civilización ha podido impedir su repetición, modificada acaso, pero distintiva sin embargo, de una generación á otra. Chocará forzosamente á los lectores cuán numerosos son los caracteres de mujer representados en los escritos bíblicos y apócrifos, y si echamos rápida ojeada á algunos de aquellos conocidísimos nombres, veremos qué parte tan importante estas mujeres sirias han desempeñado en la historia de su nación.

¡Cómo se agolpan á nuestros lábios espontáneamente los antiguos y familiares nombres! ¿Quién no se acuerda de Deborah, profetisa, poetisa y capitana en la guerra, la que pudo despertar el aletargado espíritu de su pueblo y conducirlo en triunfo á la batalla? «Ella es» en las elocuentes palabras del Dean Stanley «la personificación magnífica del espíritu del pueblo judío y de la vida judía.—En las monedas del imperio romano, está Judea representada como una mujer, sentada bajo una palma, cautiva y llorando. El contraste de esa figura puede representar el carácter y el destino de Deborah. Es la misma palma judaica, bajo cuya sombra se sienta; pero no con abatidos ojos y amarradas manos y extinguidas esperanzas, sino con todo el fuego de la energía y de la fé, ansiosa de la batalla, confiada en la victoria. Suya

«es la única voz de inspiracion (en toda la extension de la «palabra) que brota en el Libro de los Jueces..... Suya es la «profética palabra que dá una expresion y una sancion á los «pensamientos de libertad, de independendencia y de unidad «nacional tales como nunca los habia tenido ántes el mundo «y rara vez despues (1).» La sólo posibilidad de la existencia de una Deborah habla muy alto en favor de la dignidad moral y mental de las mujeres hebreas.

Podemos decir que el heróico manto de Deborah cayó despues de trascurridos algunos siglos sobre los hombros de Judith, porque en esta segunda vengadora de los males de su pueblo, encontramos el mismo celo patriótico, la misma accion independiente, unida, es verdad, á otros atributos más cuestionables. La crueldad para con los enemigos, que oscurece el lustre de ámbos caractéres y que á menudo encontramos en aquellos corazones cuyo patriotismo late fuertemente, debemos con justicia reconocer que era la sombra refleja proyectada por su intenso amor de raza y país, sentimiento comun á todas las naciones jóvenes, y que solamente se desvaneció ante la más perfecta luz de la civilizacion. Aun en Estér, la más gentil y más delicadamente diseñada reina de Ahasavero, mirto hebreo que florecia en una córte asiática de bárbara pompa, encontramos patriotismo, abnegacion y valor, oscurecidos por un acto de crueldad y venganza.

Valor y grandeza de carácter parecen haber llegado á su más alto grado en la noble madre del Libro de los Macabeos. Casi sin igual en la historia es esta judía, cuyo nombre ha caido en el olvido, pero que será siempre recordada como la heróica madre de siete héroes. Esta mujer unia la fé de Deborah á la bravura y devocion de Judith, y era, en verdad, la precursora de aquella grande y sagrada cohorte de mártires, que vistos á través de la opaca neblina de las edades, se presentan con proporciones colosales, excitando en nosotros los más profundos sentimientos de admiracion y de terror. El autor del Libro de los Macabeos cuenta su historia en un corto capítulo. Estaban los judíos bajo la dominacion siria,

(1) Stanley's Lectures on the Jewish Church.

la más dura, la más cruel que hasta entónces habian sufrido, y Antíoco Epifanio era el tirano que, al resolver aniquilar la fé judía, le dió nueva vida y fuerza. Insistió el monarca en poner en vigor sus decretos, á los que se resistian obstinadamente los judíos, y dia tras dia se sucedian las más horribles escenas. Una madre y sus siete hijos recibieron la órden de comer carne prohibida, y habiendo rehusado con indignacion el obedecer, fueron llevados á la presencia de Antíoco. La madre, se nos cuenta, estuvo «maravillosa sobre todo encarecimiento y digna de esclarecida memoria.» Al ser sujetos al tormento sus hijos uno despues de otro, todos fueron animados en sus últimos momentos de agonía por la heróica mujer, hasta que sólo el más jóven quedaba vivo. Antíoco, desesperado de ser resistido de esta suerte, prometió al jóven honores y riquezas si abjuraba de la fé judía, y pidió á la madre que aconsejara á su hijo que cediera á la persuasion. Pero aquella mujer de corazon de leon se rió con desprecio del tirano, y prorumpiendo en su propia lengua hebrea dijo á su hijo: «No temas á este atormentador; sé digno de tus hermanos, recibe la muerte si quieres que yo te reciba en mi piedad.» Privada de todos sus hijos, la madre, al fin, sufrió á su vez la muerte por su fé, sin murmurar siquiera.

Este mismo espíritu heróico, pronto á desafiar el dolor y la muerte, reaparece una y otra vez en las edades sucesivas, y los largos anales de inhumana persecucion son al mismo tiempo los registros de bárbaro valor sobrehumano y de bella fé inquebrantable.

Acáso uno de los hechos más significativos concernientes á las mujeres de la Biblia es que no estaban excluidas del oficio profético. «Las mujeres, lo mismo que los hombres, estaban dotadas con ese don,» dice Stanley: y pone por ejemplo á Miriam, Deborah, Huldah, Ana y las cuatro hijas de Filipo. Miriam parece haber sido inspirada por el primer aliento de la libertad que se exhaló en las costas del Mar Rojo, mientras que Deborah rompió en un canto de júbilo despues de alcanzada la victoria sobre los opresores de su pueblo. Tambien sabemos de profetisas en época más reciente. Huldah, que vivia en el colegio de Jerusalem y á quien el rey

Hilkiah y el mismo gran sacerdote acudian cuando buscaban consejo sobre materias de importancia. Se hace también mención en el Viejo Testamento de falsas profetisas lo mismo que de falsos profetas; porque Ezequiel, al denunciar los falsos profetas que engañaban al pueblo con embusteras palabras, dice: «Tú, hijo del hombre, opon tu rostro contra las *hijas* de tu pueblo, que sacan las profecías de su propio corazón» (Ezeq. XIII. 17.)

Otra peculiaridad de las mujeres de la Biblia es que ni profetisas, ni maestras, ni heroínas, estaban separadas de los lazos ordinarios de la vida doméstica. Deborah era la mujer de Lapedoth: Judith era la viuda de Manasses, por quien había llevado luto tres años; Hannah era la devota madre de Samuel: Ruth la amante nuera de Naomi; y la mujer macedonea solo es conocida como la madre de los siete hijos. El celibato monjil, con su secuela de males, jamás tuvo existencia en la ética del judaísmo, excepto en parte entre los Esenios.

Innumerables son los rasgos de tierna afección doméstica que se encuentran como flores silvestres en el desierto, alentando inefablemente en medio de esos arenales que atravesamos en algunos de los libros históricos del Antiguo Testamento. ¿Quién no recuerda aquel exquisito toque de elocuencia al relatar cómo Isaac rehusó ser consolado después de la muerte de su madre, hasta que la joven esposa Rebeca viene á vivir en aquella tienda de la madre? ¿Qué puede sobrepasar, ni aún entre los idilios griegos y romanos, la historia de Jacob y Raquel? Un amor tan tierno, tan sufrido, tan constante como el que Jacob demostró desde el primer instante de cortejo hasta la última escena triste de Belén, amor que pudo resistir al tiempo, que pudo conservarse fuerte y verdadero á pesar de un detestable fraude, que se mantuvo inalterable á despecho de la esterilidad (considerada como maldición en Oriente), un amor semejante nos da una de las mayores y mejores pruebas de que la posición de la mujer entre los hebreos estaba llena de dignidad, y que su vida no era agena á aquel espíritu romántico que algunas veces creemos ser únicamente fruto de la vida y del senti-

miento modernos. La historia de Ana, con su corriente oculta de sentimiento tierno, es otro ejemplo de la afección conyugal más consagrada. ¿No recordamos todos cómo Elkanah redobla sus cuidados para animar á la triste mujer, cuando apela á ella con las amantes palabras: «Por qué está tu corazón apenado? ¿No soy yo para tí mejor que diez hijos?»

No es maravilla, pues, que tantas de las enérgicas sentencias del libro de los Proverbios se refirieran á la dicha conyugal ó á su reverso, tales como:

«Quien encontró una esposa, encontró un bien, y obtuvo el favor del Señor» (cap. XVIII. 22).

«Una mujer virtuosa es corona para su marido; pero la que le avergüenza es como la podredumbre para sus huesos» (cap. XII. 4).

«Mejor es habitar en el ángulo de un tejado, que con una mujer que alborota en espaciosa casa» (cap. XXV. 24).

Los escritos talmúdicos reforman el mismo tema y nos dan variaciones sobre él, patéticas hermosas y hasta cómicas, ó quizás en ocasiones comentarios sobre algun texto del hogar, muy conocido en los días en que fueron escritos aunque ahora olvidado.—Así:

«La pérdida de la primera esposa es como la pérdida del santuario del hombre para toda su vida.»

«Si un hombre se divorcia de su mujer, hasta el mismo altar derrama lágrimas sobre él.»

«Todo en la vida puede ser reemplazado: la mujer de los primeros años es irremplazable.»

«Un hombre respetable, respeta á su mujer; uno despreciable, la desprecia.»

«Si tu mujer es baja, dóblate para hablar con ella; no hagas nada sin su consejo.»

«El hombre y la mujer bien avenidos, tienen por compañera la gloria del cielo; el hombre y la mujer mal avenidos, están sitiados por un devorador incendio.»

«Cualquier dolor primero que el del corazón; cualquier mal mejor que una mujer mala.»

«El que ama á su mujer como á sí mismo y la honra más

» que á sí propio, y lleva á sus hijos y á sus hijas por el sendero de la integridad, y atiende á su vida en los primeros años, tiene títulos para que se le aplique el pasaje de la Escritura: *» Conocerás que la paz adornará tu tienda. »*

« Un hombre que se casa por dinero, educa hijos de mala conducta. »

« El que se casa con una mujer que congenia con él, es amado por el Todopoderoso. »

« Cuando un hombre pierde á su esposa, el mundo que le rodea se oscurece, la lámpara de su tienda está opaca, y la luz ante él se extingue. »

« El que no tiene mujer, vive sin comodidad, sin ayuda, sin alegría y sin bendiciones. »

En la siguiente máxima tenemos un cumplimiento á la mujer en la ancianidad, sin precedentes y fuera de uso:

« Un anciano en una casa es un horror; una anciana es una perla. »

Hermoso en extremo es el siguiente dicho del Rabí Jehudah:

« Hay catorce cosas, cada una más dura que las otras, y cada una luchando por el dominio sobre las demás. La mar profunda es objeto de terror, pero la tierra la sujeta dentro de estrechos límites. La tierra llana es inflexible, pero sobre ella se levantan las montañas. Las montañas parecen irresistibles, pero el hierro orgullosamente las hiende y separa. El hierro es duro, pero el fuego lo funde. El fuego es fiero tirano: el agua lo subyuga y extingue. Difícil es contener al agua, y las nubes fácilmente la llevan en alto. Las nubes no sufren gobierno y la tempestad las dispersa. La tempestad se enfurece poderosamente, y el muro la desafía. El muro forma fuerte barrera y el hombre puede echarlo abajo. El hombre parece inflexible, y el disgusto le postra. El disgusto aparece insuperable, y el vino lo dispersa y lo arroja al olvido; pero los placeres del vino se borran ante la enfermedad, y la misma enfermedad la termina el ángel de la muerte, quien se lleva al alma. » Pero concluye el sábio Rabí—¿y quién no percibe el falso guiñar de sus ojos y la furtiva sonrisa de sus labios, al escribir estas palabras?—« El mal más difícil de corregir es la mala esposa. »

El Rabí Chia, que vivió en el siglo III, sufría de este mal, y al bendecir á su sobrino en el momento de emprender este un viaje, le dijo: «Que el Señor te libre de algo peor que la muerte; de una mala esposa.» Pero el gran sentido de afecto conyugal que prevaleció entre los judíos obtuvo cierta tolerancia aún para la esposa delincuente. «¿Pues no basta que las mujeres eduquen á nuestros hijos?» decía el mismo buen Rabí defendiendo á su perversa Judith (1).

Debe confesarse que existía, á pesar de la tierna y amante devoción demostrada por los maridos hácia sus mujeres, un punto de penoso y chocante parecido entre los hebreos y las otras naciones de Oriente, y esta era la casi universal costumbre de la poligamia. La doncella hebrea, al salir de la tienda de sus padres, sabía que con toda probabilidad no sería la única mujer de su marido. «La poligamia era legal entre los hebreos,» escribe un erudito autor de nuestros días, «y aún formaba la base de algunas de las ordenanzas del Pentateuco... Pero preciso es conceder que aún en los tiempos bíblicos, los hebreos mostraban una creciente tendencia hácia la monogamia, que como cosa vulgar prevaleció en tiempos más recientes, hasta que la hizo obligatoria un decreto dado en el siglo XI cristiano, bajo pena de excomunion, y desde entónces ha sido adoptada por todos los judíos modernos» (2). Pero á pesar de esta práctica de la poligamia, nuestras costumbres occidentales ven con agrado que las doncellas hebreas no eran habitualmente casadas sin su voluntario consentimiento. La bella escena oriental del cortejo de Rebeca por Eleazar sería incompleta sin la pregunta dirigida á la hija de Laban, «¿Quieres tú ir con este hombre?» la cual demuestra que la muchacha tenía libre voto en el asunto.

Ni era la poligamia, como he demostrado, incompatible con un gran amor conyugal; por ejemplo, ningun Código civil incluiría una ley como la siguiente: «Cuando un hombre ha

(1) Reunidas por un estudiante judío del Talmud y de la colección de Proverbios y adagios rabínicos de Buxdorff, Dukes y Giuseppe Levi.

(2) Kalisch.—Comentarios del Viejo Testamento.

»tomado una esposa nueva, no saldrá á la guerra, ni se encargará de negocio alguno, sino estará libre en su casa durante un año, para halagar á la mujer que ha tomado.» (Deut. XXIV. 5.) Ni era obstáculo al ardiente cariño filial que existía entre los hebreos. Los niños eran desde el principio instruidos en honrar á sus padres; en verdad, la ley de Moisés coloca la reverencia debida á la madre en primer término. «Temerá todo hombre á su madre y á su padre.» (Lev. XIX. 3.) Distintas en esto de las mujeres griegas, las cuales estaban en completa ignorancia de todo lo que no fuera tejer lana y hacer la cocina, ó que, como Aspasia, eran meramente celebradas por talento é ingénio (Pericles no confiaba sus negocios caseros á ella, sino á una ama de llaves de confianza), á las mujeres hebreas no solamente se las suponía mujeres ocupadas en su casa, sino que eran también las primeras maestras de sus hijos, y para gloria suya se dijo: «Hijo mio, observa los mandamientos de tu padre y no dejes la ley de tu madre.»

En todas partes tropezamos una y otra vez con una máxima ó un verso que enseña el respeto debido á la madre, tales como:

«Un hombre sábio hizo la alegría de su padre, y un hijo malvado despreció á su madre.» (Prov. XV. 20.)

«Un hijo malvado es un tormento para su padre y una amargura para la que le concibió.» (Prov. XVII. 25.)

«El que maldiga á su padre ó á su madre, verá apagada su lámpara en la oscuridad.» (Prov. XX. 20.)

Era incumbencia de la madre tener cuidado de los primeros años de su hijo, y todos recordamos cómo el deseo de Ana de dedicar al niño Samuel á una vida santa fué instantáneamente aceptado por Elkanah, y cómo la misma madre fué en persona á Siloh para presentar su pequeñuelo al alto sacerdote. «Rogué por este niño,» dijo, «y el Señor ha acudido á mi petición; por lo tanto, le he dedicado al Señor.» (Salmo I. 27.)

El aislamiento estricto y la vigilancia de la vida del harem, que debilitan cuerpo y alma, eran enteramente ajenos á los antiguos hebreos, y eran naturalmente imposibles en épocas

patriarcales y por mucho tiempo despues. Las mujeres se movian libremente entre los dos sexos. Numerosas deben haber sido las Rebecas y Raqueles que aparecian sin velo en el pozo, encontrando á los pastores con sus ganados, á los viandantes que se dirigian á la ciudad y á los viajeros que de léjos venian. Ruth fué solamente una de muchas espigadoras que seguian á los segadores, y no fué Ana el único ejemplar de mujer de entristecido corazon que arrodillándose en el templo dejara salir sus penas y súplicas en oraciones.

De nuevo encontramos que era permitido á las mujeres hebreas tomar parte en reuniones públicas y añadir su voz al canto de alabanza, la nota de su pandereta al bullicio del regocijo. Cuando Saul y David volvieron en triunfo, despues de su victoria sobre los Filisteos, fueron recibidos por las mujeres de Israel cantando en coro: «Saul ha matado á millares, y David á decenas de millares.» Parece que uno de los deberes de las mujeres hebreas era dar expresion pública á los sentimientos de alegría y á los lamentos del pueblo, algo semejante al coro de una tragedia griega, ora cuando tonos de gozo salen de sus lábios, ora al oír su bajo y plañidero grito. «Vosotras, hijas de Israel, llorad sobre Saul,» exclamaba David en su lamento sobre el caído rey. Jeremías, lamentando la perversidad de su pueblo, dice: «Considerad y llamad á las enlutadas mujeres para que vuelvan; que se den prisa y lloren por nosotros. ¡Oh, vosotras, mujeres, enseñad á llorar á vuestras hijas!» (Jer. IX. 20.)

Entre otras muchas cantoras de Israel, hubo algunas que alcanzaron el rango de poetisas. El canto de Deborah es uno de los más preciosos tesoros de la poesía hebrea, y la salvaje espontánea nota de Miriam tiene la marca del génio poético. ¿No debemos imaginar que las mujeres tomaban parte en el servicio de alabanza que se hacia en el templo, y no es á esta práctica á la que se refiere posiblemente el salmista cuando dice: «Jóvenes de los dos sexos, alabad al Señor?» (Salmo CXLVIII. 12.) Sabemos que existian profetisas, ¿por qué no, pues, cantoras de la gloria del Señor? No estaria esto en contra del espíritu de la Antigua Dispensacion, porque de los

lábios de San Pablo oímos por vez primera: «Que vuestras mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les es permitido hablar.»

Puede, sin embargo, argüirse que las mujeres judías, durante las edades medias, tuvieron una subordinadísima posición en lo que hacia referencia á observancias religiosas, pues que solamente se les permitia visitar la sinagoga, escondidas en una galería tristemente alumbrada, y ningun servicio ni ceremonia religiosa podian hacerse sin la presencia de diez hombres. Es imposible negar estos hechos, pero creo que eran debidos enteramente á la ley rabínica, la cual, al intentar poner en práctica y aumentar la ley de Moisés, no pocas veces la cambió y pervirti6. La ingeniosidad de los Rabies se desplegaba, no sólo en tratar de explicar varios textos, sino en deducir de ellos nuevos preceptos, los cuales, segun las teorías de Darwin de que sobreviven los más aptos, debieran hace tiempo estar extinguidos. Por ejemplo, la costumbre de que diez varones adultos formasen el *mínimum* de una congregacion, fué deducida por los Rabies de que Abraham rogó que Sodoma fuese perdonada si podian encontrarse en ella diez hombres rectos; esta suma de hombres siendo por consecuencia considerada la más pequeña que pudiera interceder con el Todopoderoso. Pareció esto á los Rabies prueba suficiente de que no podia celebrarse acto de sacrificio ó ceremonia sin la presencia de diez hombres. Cuando los servicios corales del templo de los antiguos dejaron el puesto á los servicios públicos plañideros celebrados durante la dispersion de los judíos, se hizo de necesidad el oficio de un recitador ó dignidad especial, y para el empleo se escogió un hombre (quizás porque podia soportar mayor fatiga), y desde ent6nces quedaron ciertamente excluidas las mujeres de tomar parte alguna en las observancias del rito. Que se permitia á las mujeres del Antiguo Testamento visitar y buscar consejos, quizás aún instruccion, de los profetas, está fuera de duda, estando escogidos para tales visitas especialmente los dias de luna nueva y los sábados, y quizás por este directo comercio con los más espirituales y de más elevadas dotes de su raza, las mujeres alcanzaron más alto grado de fuerza intelectual

que el que hubiera sido posible á las demás mujeres orientales.

La historia de la Shunamita nos muestra esto irrefutablemente.

Todos recordamos á esta amable amiga del «hombre de Dios,» cuando hallándose en amargo y doloroso disgusto por la muerte de su hijo, cuya muerte ocultó valientemente del conocimiento de su marido, se preparó á visitar al profeta Elisha. Pero aconteció no ser ni luna nueva ni sábado, dias establecidos para que la Shunamita visitara al profeta, y su marido se maravilló de su intencion. La Shunamita es una de las bellas figuras de la historia bíblica. Con toda su dignidad y simplicidad, la mejor descripcion que de ella puede hacerse—y perdóneseme la expresion—es lo que los franceses tan oportunamente llaman *une grande dame*, por lo delicada y modestamente que proporciona al profeta aquellas comodidades que tanto necesitaba, y cuando se le pregunta cómo podria ser recompensada por su cuidado, si deberia mencionarse su nombre al rey ó al capitán de la hueste, contesta con exquisito respeto de sí propia: «Yo vivo entre los mios.»

No solamente fueron las mujeres de la Biblia amigas y algunas veces discípulas de los profetas, sino que, como ya hemos visto, eran consideradas tambien aptos recipientes de la Sabiduría divina, y no nos sorprende por consiguiente al ver la sabiduría personificada por una mujer en las hermosas líneas de un autor apócrifo, que escribió con el nombre del Rey Salomon. «La amaba» dice «más que á la salud y á la belleza, la amaba y la buscaba desde mi juventud..... Sabiendo que seria consejera de cosas buenas y alivio en cuidados y pesares. Llegado á mi casa, con ella descansaria..... porque su conversacion no tenia amargura, y vivir con ella no tenia dolor, sino regocijo y alegría» (Sabiduría VIII. 2, 9, 16).

Al mencionar los escritos poéticos del Antiguo Testamento, no podemos olvidar que el idilio de la Biblia «uno de aquellos rincones de la historia que son los parajes verdes de todo tiempo y que parecen cada vez más verdes

«cuando á mayor distancia se los mira (1)»—debe su elocuencia (*pathos*) á su heroína Ruth. Ruth, en sus relaciones con Naomi, es la personificación de la devoción y fidelidad. Su historia es el gran ejemplo de amistad mujeril que tenemos en literatura. Las palabras que usa se han hecho casi proverbiales por su elocuencia: «No me ruegues que te deje ni que me vuelva sin seguirte; porque donde tú fueres, iré yo: y donde tú alojares, alojaré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios.» (Ruth I. 16.) Y la tierna afección con que se entrelaza á Naomi es tanto más enternecedora, viniendo como viene de una mujer más jóven á una de más edad. Conforme la relación sigue y el escritor nos muestra á Ruth entre las espigadoras en el campo de Booz, hace una sorprendente pintura de la cortesía que pudo existir entre hombre y mujer en aquellas edades rudas y sin ley. Esta cortesía era tanto más cordial, por cuanto se extendía á la viuda y á la huérfana, y muchas son las leyes construidas por la dispensación de Moisés que mandan á la justicia no aplicar la medida de la falta para la mujer sola, y que imponen al amor y á la caridad abrir del todo los brazos para recibirla en ellos y darle protector cuidado.

No puedo concluir esta corta relación de los distintivos de la mujer judía, sin mencionar unas pocas heroínas posteriores á la Biblia y al Talmud. No es mi intención entrar en las detalladas relaciones de las persecuciones de los judíos, en las que las mujeres desempeñaron papel no insignificante, evidenciando una sublime manifestación de fé y heroísmo—porque la persecución ha producido siempre mártires y el valor de la mujer se ha levantado invariablemente á la altura de las circunstancias;—pero daré unos pocos ejemplos de la fuerza de ánimo y amor á la sabiduría peculiares en las descendientes de las «hijas de Israel.»

Sucedió en el siglo X, cuando los cambios en las instituciones orientales y colegios de los judíos obligaron á muchos sábios y ardientes discípulos del judaísmo á buscar nuevas casas en Egipto, España y otros países amigos, que el

(1) Stanley's "Jewish Church."

Rabí Moisés ben Chénoch, acompañado de su jóven y bella esposa, dejó el en un tiempo famoso colegio de Sura y se embarcó con rumbo á Europa. Cerca de Bari, en la costa de Italia, fué el barco apresado por un almirante moro, que no quiso ocultar la admiracion con que miraba á la jóven judía, y que la ofendia dolorosamente con insultantes proposiciones. Al fin apeló ella á su marido: «Salvará el Todopoderoso á aquellos que se arrojan voluntariamente al agua?» Respondió el Rabí con un texto tomado de los Salmos: «El Señor dijo: te sacaré otra vez de Bashan; sacaré otra vez á mi pueblo de las profundidades de la mar.» Al recibir esta respuesta, la jóven judía se sumergió entre las olas y allí encontró su liberacion, en la muerte.

Como un ejemplo de fé y resignacion heróicas no puedo contener mi deseo de citar la hermosa historia de la heróica y prudente madre que perdió á sus dos hijos durante la ausencia de su marido el Rabí Meir. Cuando volvió el Rabí á su casa, ignorando la calamidad que le habia sobrevenido, salió á los umbrales su mujer á recibirle. «Marido mio,» dijo ella con gravedad y calma, «un gran Señor me prestó una vez dos preciosas joyas pidiéndome que se las guardara, hasta que él las reclamara. En tu ausencia ha enviado por ellas y yo se las he entregado sin miedo. ¿Me dirás que hice bien?» «Sí, en verdad,» respondió el Rabí en seguida; «¿qué otra cosa podias haber hecho?» Entónces la madre, llena de fé, condujo á su maravillado marido á un cuarto interior, donde sus hijos yacian en el sueño de la muerte, y dijo: «¡Mira nuestras joyas reclamadas! El gran Señor las ha tomado. No podemos murmurar, porque eran tuyas.»

Tentado estoy á referir otra historia, la cual tal vez nos haga sonreir, aunque nos es forzoso admirar los poderes de sufrimiento, unidos á la apreciacion de instruccion, puestos en evidencia por Raquel, la mujer del celebrado Akiba. El poderoso Calba Sabua, que vivió en el primer siglo de la era cristiana, tenia una hermosa hija Raquel, amada con pasion por uno de los pastores de su padre, de nombre Akiba. Calba Sabua no queria recibirle por yerno; pero Raquel, correspondiendo al afecto profesado por Akiba, no hizo caso de

las prohibiciones de su padre, despreció las riquezas de la casa paterna, y fué la esposa del pastor. La pobreza y la destitucion de la jóven pareja debieron ser extremadas; porque Raquel, para mitigar los tormentos del hambre, cortó de raiz y vendió sus abundantes trenzas. «Con la ayuda de Dios,» exclamó el pobre pastor, «he de reemplazar esas trenzas con una diadema de oro.» Por el deseo de Raquel, dejó su marido tan humilde ocupacion, y comenzó la carrera del estudio. Incitado por el espíritu de su mujer, fué Akiba discípulo de los más grandes sábios de aquellos dias; y por espacio de doce años largos estudió con nunca aflojado ardor, hasta adquirir vasto caudal de conocimientos. Volvió entonces á su humilde morada y al aproximarse á ella oyó á un hombre que en alta voz reñia á su mujer por haber unido su suerte á la de un miserable pobrete, sin fortuna ni posicion y que además la habia dejado doce años abandonada. «Si hoy debiera volver,» exclamó Raquel, «le persuadiria á que empleara todavía otros doce años con los sábios de la tierra para que pudiese alcanzar la más elevada perfeccion.» Oyó Akiba estas palabras, y tan impresionado quedó de la sagacidad que encerraban, que se apartó tranquilamente de la puerta y obedeció á su mujer al pie de la letra. Despues de doce años volvió, esta vez con un inmenso acompañamiento de discípulos suyos. Al aproximarse á su morada, la orgullosa y feliz Raquel salió á encontrarle, le hizo una profunda reverencia á la oriental usanza. Los discípulos, pensando que fuera alguna importuna pordiosera, quisieron hacerla marchar, cuando escucharon con asombro al Rabí, que exclamó: «Es mi mujer, mi esposa Raquel. Amigos, yo soy rico, por ser el marido de una mujer que resplandece por sus buenas acciones.»

Naturalmente Calba Sabua estuvo pronto á reconocer tan distinguido yerno y pudo entonces Akiba coronar la cabeza de su Raquel con una diadema de oro.

El ver la sabiduría en otros, necesariamente nos infunde el deseo de adquirirla para nosotros, y esto hallamos en muchas sábias mujeres judías de más recientes edades, sucesoras naturales de la Raquel de fama talmúdica.

Durante las Edades medias, cuando los judíos estaban esparcidos por las partes de Europa más civilizadas, y habían adquirido los idiomas de los países en que se habían establecido, también se enseñó á las judías su propia lengua hebrea. Muchas de ellas estudiaban con aplicación el Pentateuco, y estaban también versadas en la ley judía, llegando algunas á alcanzar grande y merecida fama. Chelith, la hermana de Rachi (famoso comentador de la Biblia, que vivió en el siglo XI) y su nieta Miriam, citadas son como damas instruidas y de gran autoridad en cuestiones de ritual. Dolce, mujer de Eleazer de Worms (célebre Rabí y autor judío del siglo XIII) comprendía las más complicadas partes de la ley y enseñaba á sus correligionarios la liturgia judía. La mujer de José ben Jochanan de Paris, era considerada «casi un Rabí en sabiduría.» Brune de Mayence fué otra dama distinguida; y Litte de Ratisbona fué poetisa que compuso en verso aleman una historia de David (1). Brenvenda, la esposa de Samuel Abavenel, que vivió en el siglo XV, era celebrada por su inteligencia y cultura, no ménos que por su bondad y benevolencia. Fué la amiga é instructora de Leonor, hija de Pedro de Toledo, virey de Nápoles, cuya amistad continuó inalterable despues del casamiento de Leonor con Cosme de Médicis.

Que no se crea por ninguna de mis anteriores obervaciones que yo sostengo que las mujeres hebreas eran *modelos perfectos*. Quiero solamente probar que la estima en que las hebreas fueron tenidas y la posición que se les permitió ocupar, probaron que se aproximaban de vez en cuando al ménos, si no pudieron realmente llegar á tanto. Que pudieron ser disimuladas, engañosas y aún crueles, es cosa demasiado sabida por muchas páginas de la historia bíblica: y el tercer capítulo de Isaías, comentando las faltas de las mujeres de su tiempo, nos hace ver, con prisma nada halagüeño, las locuras á que se inclinaban. Como Savonarola en dias más recientes dirigió una cruzada fiera contra la vanidad mujeril, que disgustaba á su fervorosa contemplación, lo mismo azotó

(1) Véase „Zunz Geschichte und Literature del Juden.“

Isaias con el fiero látigo de su desprecio la frivolidad de las mujeres hebreas, de esas «altivas hijas de Sion que con estirados cuellos y lascivas miradas andan á pasos cortos y con afectacion.» Con liberalidad lanza el profeta sus agudos dardos á «los adornos ruidosos de sus piés, á sus cofias en forma de media luna, á las cadenas, brazaletes, velos y bonetes, á los adornos de las piernas y bandas de la cabeza; aretes, anillos y joyas de la nariz; á los variados juegos de atavío, mantos, tocas, encrespadores del cabello, espejos, lienzos finos, caperuzas y velos;» todo lo cual debemos suponer requisitos para el vestido completo de las mujeres á la moda de la época, y no poco de ello lo encontramos haciendo parte del tocado de sus representantes modernas.

No concluiré con este cuadro, sin embargo, por verdadero que sea, sino que volveré á aquella otra descripción de la mujer hebrea, que muy bien puede haber tenido su prototipo en la vida real y ser el retrato de una cuyo nombre se ha perdido, aunque dejando «sus huellas en las arenas del tiempo.» Según la antigua idea hebrea, necesita la mujer perfecta poseer energía, fuerza de propósito y activo celo. Su casa debe ser la morada del orden, de la pureza y de las caricias. Ha de ser justa é imparcial con los que la rodean, y generosa y próspera con los que de ella dependen. Ha de guiar é instruir á sus hijos. Ha de atender en su puerta al pobre, dedicándole su tiempo y su cuidado y dándole su amorosa simpatía. Ha de ser prudente y precavida. Ha de abrir la boca con sabiduría, y por consiguiente, debe su lengua conocer la ley de la bondad. Siendo y obrando así, merecerá lo que de su original se ha dicho: «Muchas hijas han obrado virtuosamente, pero las sobrepujaste á todas.»

Por bien ó por mal, la mujer hebrea desempeñó un papel en la historia de su raza. No se asustaron de la vida ni de las agitadas pasiones y terribles tragedias que la acompañan; no estuvieron encerradas en estrechas cavernas, ni mimadas como visiones de frágil belleza, nacida para satisfacer el capricho ó los antojos de su señor. Méenos aún tuvieron la triste y degradante posición de esclavas domésticas. La mujer hebrea era la compañera del hombre, la adorada esposa del

hogar, la prudente madre y primera maestra de sus hijos; y estaba también pronta á compartir con el hombre los peligros y á incitarle á nobles hazañas con las palabras y con el ejemplo, á trabajar y á sufrir, si era necesario, por el bien de su país, lo mismo que á administrar la felicidad doméstica; tal fué el ideal de la mujer entre los judíos.

CONSTANCE DE ROTHSCHILD.

(*New Quarterly Magazine.*)

¡MÁS LUZ!

¿Qué valen los colores
 Con que la nube errante se purpura
 Cuando declina el sol en Occidente
 Y baña los alcores
 Con su postrera luz resplandeciente,
 Que muere al fin temblando en la llanura?

—

Quando deja el mochuelo
 La alta torre que el sol apenas hiere,
 El alma ante la sombra que se aumenta
 Y cubre el ancho cielo,
 Busca afanosa de verdad sedienta
 Otra luz más allá que nunca muere!

—

¡Sí! Cuando á paso lento
 Señora impura viene á ser del mundo
 La tiniebla del mal madre sombría,
 Acude al pensamiento
 La terrible palabra de agonía
 Que pronunció el poeta moribundo.

—

¡Más luz! ¡Girando inquieta
 Traspasa el horizonte la mirada,
 Y del sol en el foco luminoso,
 La frase del poeta
 Aparece por dedo misterioso,
 Y con trazos de sombra dibujada!

—
 ¡Más luz! Grito anhelante,
 Expresion de una sed que no aniquila
 La implacable guadaña destructora.
 Por eso en el semblante
 De los muertos, con ánsia aterradora,
 Dilatada está siempre la pupila.

—
 Del hombre que se aleja
 De eterna luz buscando la morada,
 Algo que espanta al corazon sencillo
 La pupila refleja.
 ¿Anidará en sus órbitas sin brillo
 La sombra eternamente de la nada?

—
 ¡Cuestion por siempre oscura!
 ¡Misterio de la vida el más profundo!
 Yo solo sé que al declinar el día
 Recuerdo con pavora
 La terrible palabra de agonía
 Que pronunció el poeta moribundo!!

JESÚS MURNAIS.

LA TEORIA DE LA EVOLUCION APLICADA Á LA HISTORIA.



La historia natural moderna ha proporcionado una concepcion del universo mucho más elevada que la de la antigüedad: por ella el mundo material ha cesado de ser el juguete de un frívolo capricho; la historia, de ser un duelo desigual entre Dios y el hombre. Ella comprende pasado, presente y porvenir en un conjunto inmenso, fuera del cual nada puede existir.

A. LAUGEL.

ARTÍCULO I.

La experiencia enseña que el positivismo es el procedimiento con más probabilidades de éxito. Sus resultados en las ciencias abstractas y físico-naturales son poco menos que concluyentes, y si en vista de ello algunos de sus distinguidos partidarios han pretendido explicarlo todo, remontarse á las esferas metafísicas y puramente especulativas, quizás han faltado á su consigna. Así como no puede explicarse la ley de un organismo complicado sin tener conocida la de los organismos rudimentarios que involucra, y la de estos sin tener conocidas las leyes del átomo, así tambien, sin darse perfecta cuenta de todos los hechos, sin verdadero y profundo conocimiento de todos los fenómenos, es aventurado remontarse á las causas ocasionales y á los principios de razon.

No se ha dicho la última palabra en física ni en cosmología; lo que se diga acerca de sociología debe ser por via de ensayo; bueno es, empero, que se apliquen hipótesis, esperar

que la experiencia las compruebe, y reducirlas á reglas. Lo que se aparte de este procedimiento está reprobado por los positivistas, por los mismos que siempre han señalado los inconvenientes del razonamiento *á priori*.

Sin apartarnos de esa senda en el presente trabajo, nos ocuparemos de la teoría de la evolucion aplicada á la historia de la humanidad, y por via de hipótesis tendremos ocasion de apuntar algunas ideas sobre la filosofía de aquella y la necesidad de su estudio bajo el aspecto de la teoría transformista.

Procuraremos no sentar resultados definitivos; estos los proporcionará la experiencia, pues tenemos entendido que la filosofía *es ante todo una crítica* (1); la filosofía tiene por objeto explicar la efectividad de las demás ciencias; no es explicacion de las cosas, sino explicacion del conocimiento de las cosas; *esto es, doctrina de la ciencia ó ciencia de las doctrinas* (2).

La aplicacion á la manifestacion del desenvolvimiento de la humanidad y la indicacion del medio de aplicacion, es la idea predominante en este trabajo.

I.

La historia.—La palabra historia se toma en dos sentidos. En el primero, que pudiéramos llamar subjetivo, es la relacion segun algunos, manifestacion segun otros, del desenvolvimiento de la humanidad. En el segundo, ú objetivo, es el desenvolvimiento mismo.

Pero la palabra historia tiene una acepcion más lata. La historia es la manifestacion del desenvolvimiento *en el tiempo* de todo lo existente en el espacio. (*Historia Universal.*)

La manifestacion del desenvolvimiento de la humanidad constituye la historia humana.

(1) M. de la Revilla.—*El neo-kantismo en España.*

(2) M. de la Revilla encuentra estas ideas en D. José del Perojo.—Puede además consultarse el importante discurso de Guillermo Wundt sobre el objeto de la filosofía en nuestros tiempos.

II.

Filosofía de la historia.—Es la ciencia de los principios, de las causas ocasionales de aquellos fenómenos que constituyen el desenvolvimiento objeto de nuestro estudio. La desconocían Herodoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito; se pretende encontrar en la *Civitate Dei*, de San Agustín, su primera forma; en los escritores de la decadencia del imperio romano, el desarrollo; en Maquiavelo, que la elevó de narración á teoría social, el complemento.

En nuestro sentir, en sus evoluciones ha presentado cuatro aspectos: el *dogmático*, producto de las teorías teológicas aplicadas al estudio de la filosofía de la historia; el *filosófico trascendental*, el *filosófico transformista* y el *positivista transformista*; obedeciendo estas fases al impulso de teorías que han tenido dignos representantes.

Supongamos que la primera teoría fuese debida á las inspiraciones de San Agustín; la han explanado entre otros Bossuet, De-Maistre, Bonald, Adam Müller, Haller y Baader.

En nuestros tiempos la representa C. Cantú.

Esta teoría examina los hechos y las instituciones; los sujeta á las leyes providenciales; el criterio es dogmático. El historiador que pertenece á ella, suele narrar inspirado por sus creencias.

Vico, en su *Scienza nuova*, somete los acontecimientos á la ley del pensamiento humano; Kant indica la posibilidad de escribir una Historia Universal, en que se considere la especie humana como el cumplimiento de un designio misterioso, sujeto á una ley de unidad; Condorcet bosqueja el progreso indefinido. En el fondo de las abstracciones de J. W. Hegel, se diseña la evolucion continua como un organismo embrionario ó una célula que en virtud de la ley de la seleccion está dispuesta á desarrollarse y á absorber la vida de sus semejantes. Finalmente, Weber se remonta á la esfera de las nociones trascendentes, y desde allí estudia la humanidad, sujeta á las eternas leyes del espíritu, cognoscibles por la razon, esta facultad de lo suprasensible, á

quien los representantes de la teoría dogmática declaran insuficiente y á quien los representantes de la escuela filosófico-trascendental dan toda la importancia.

La teoría filosófico-transformista surge de la anterior, y se manifiesta especialmente en las obras de Herder (*Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*) y de P. J. Buchez (*Introducción á la ciencia de la historia, ó ciencia del desenvolvimiento de la humanidad*).

El primero admite la *formación por la vida de la naturaleza*; según él, los seres van elevándose en serie progresiva desde el animal y la planta hasta el hombre; todas las fuerzas de la naturaleza existen *ab eterno*, en su conjunto reside Dios; de sus combinaciones nacen todos los seres, de su equilibrio armónico el movimiento universal. Por ellas ejerce el hombre su acción sobre el mundo exterior, y el mundo exterior sobre el hombre y sus destinos. El todo es la representación del Dios-naturaleza.

Si en Herder la doctrina no adquirió el grado de desarrollo necesario, fué porque ignoraba la fórmula de la evolución, y las ciencias naturales no estaban suficientemente adelantadas en su época.

A pesar de lo dicho, la escuela filosófico-transformista aplicada á la historia es y será hija de Herder, algunas de cuyas ideas pertenecen á Kant, de quien fué discípulo y admirador.

Buchez presenta el transformismo trascendental más desenvuelto. La fisiología social aparece en el cap. V de su obra (1). La lucha por la existencia se enuncia en la Introducción. La ley evolutiva de la humanidad se descubre en el resto.

Funda la ciencia de la historia en dos ideas: la del progreso y la de la analogía de las facultades de la humanidad, con las del hombre individual. Añade que debemos la primera á Bacon, la segunda á Condorcet. Opina que el progreso debe ser examinado bajo dos puntos de vista, el de la humanidad y el del globo terrestre; dos aspectos de nuestro racionalismo.

(1) Tenemos á la vista la edición de 1834.

El uno, relativo á nosotros, conduce al mejoramiento de nuestra condicion; el otro se relaciona con las trasformaciones que experimenta nuestro sistema planetario.

Espera que los sábios formen una ciencia de la humanidad, una fisiología social, fundada en el principio de que la especie humana es un sér colectivo que se desenvuelve en la sucesion de las generaciones, segun una ley que el mismo Buchez no precisa, y como toda teoría, todo sistema tiene sus evoluciones, pues aparecen en forma de hipótesis que explican un hecho ó una série de hechos. De aquellas hipótesis, la más conforme á la naturaleza, la más verdadera en virtud de la seleccion sobresale, permanece; las otras se estinguen. Aquella hipótesis recibe una forma, es una teoría, y cuando la comprueban los hechos, cuando la ha acreditado la esperiencia, cuando los casos concretos son otros tantos testigos que deponen en su favor, sin excepcion ni contradiccion, constituye un principio: así la teoría de Buchez carecia de forma científica, y por faltarle positiva prueba, la idea estaba en gérmen, no en completa estructura y desenvolvimiento.

No hay que extrañar, pues, que incurra en ciertas afirmaciones que en el fondo están en abierta contradiccion con el espíritu de su doctrina (1) y á pesar de sus aserciones, carece de criterio positivo y fundado.

Dedica un capítulo (el 1.º del libro 2.º de su obra) á la Geogenia (*Histoire de la formation de l'ecorce du globe et des être vivants qui l'ont habité*).

Los orígenes de la humanidad están pintados con colores oscuros, pero con naturalidad. Sus conclusiones aparecen exageradas. Para conciliar los términos de la antítesis, sos-

(1) *La methode que nous venons de tracer merite á tous les titres le nom de methode mathematique appliquée á l'histoire; rien n'y est vivant, il n'y a en elle rien de l'homme si ce n'est elle meme. Mais les considerations qui vont suivre, et á l'aide desquelles nous allons essayer de construire une physiologie sociale, acheveront, nous l'esperons, de donner á l'histoire la valeur de Science positive.*

Sienta principios que no se deducen lógicamente de sus estudios y observaciones. Cuando se remonta á las causas primeras, aparecen sus opiniones particulares con cierta intensidad que denota arraigo. Allí aparece el hombre, no el filósofo ni el observador.

tiene que el hombre ha sido creado dos veces; recurso á que inevitablemente tenia que acudir para sostener la perfeccion de sus observaciones y la exageracion de sus conclusiones espiritualistas. Así entiende que el hombre ha sido creado como simple animal, y más tarde se le ha dotado de espíritu, y al presentarse á su mente los árdulos problemas que estas cuestiones encierran, declara que la geología nos proporcionará algun dia la ocasion de obtener acerca de aquellos puntos una solucion positiva que le *raisonnement seul ne peut fournir*, y añade: *C'est á l'observation qu'il faut recourir; et, certainement, elle suffira.*

La teoría positivista transformista parte de la observacion, consigna la ley de la evolucion que halla en los organismos sociales, así como en los naturales, y aplica la ley de la seleccion, de la herencia, de la adaptacion al estudio del humano desenvolvimiento.

No ha sido suficientemente esplanada ni detallada. Para ello seria necesario escribir una historia universal en el sentido que luego indicaremos, y con criterio positivista, consignar los hechos, coordinarlos, clasificarlos; despues sintetizar y deducir las reglas.

Puede decirse que pertenecen á la escuela Herbert-Spencer (*Study of Sociology*) (1), Mad. Clemence Royer (*L'origine de l'homme et des societés*), Bagehot (*Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones en su relacion con las leyes de la seleccion natural y de la herencia*), Enrique Buckle, Lubbock, A. Laugel y otros, inspirados todos en los principios de Mr. Auguste Comte (2), y adoleciendo por lo tanto de idénticos defectos (3).

(1) Traducido al francés con el título de *Introduction á la science sociale.*

(2) V. Auguste Comte.—*Curso de filosofía positiva.*—Parte dogmática de la filosofía social.—Lecciones XLVI hasta la LVII inclusive.

(3) Uno de los cuales es afirmar rotundamente la no existencia de lo que por el procedimiento positivo no averigua. Esto, á mi entender, es adolecer del mismo defecto que critica en otros sistemas. La mision del observador se reduce á ser empírico, y en este punto se limita á consignar la inutilidad hasta el presente y la falta de resultado del experimento y de la induccion. Mr. Renan, en una de sus obras, dice: "Nosotros no negamos la posibilidad de milagro alguno; lo que sí afirmamos es que no existe ninguno que haya sido comprobado."

Necesariamente los historiadores, según la escuela á que pertenecen, según la teoría á que tienen predilección, así emitirán el criterio, partirán de diverso punto y apreciarán los hechos distintamente. A variedad de escuelas corresponde variedad de métodos históricos narrativos.

Es un hecho que el historiador que pertenece á la escuela teológica, por doquier verá las pruebas de la acción y de la ley providencial. Un método histórico, narrativo, idealista, puede ser resultado de la teoría filosófico-trascendental (Weber), como también de una metafísica que aplique la evolución al desenvolvimiento de la humanidad, de la naturaleza, quizás del espíritu, como ensayó Hegel. Del choque de ambas doctrinas extremas puede surgir un método histórico-narrativo ecléctico, que trata de conciliar los principios y apotegmas dogmáticos con los de la Cosmología y Antropología. (Cantú y muchos historiadores católicos que pertenecen al grupo de la escuela teológica, pero en sus obras tratan de conciliarla con la ciencia.) Y finalmente, el método histórico-narrativo positivista transformista, el más rico en consecuencias y en verdaderas conclusiones, y el más acertado en su procedimiento.

III.

Estudio de la evolución histórica.—Por lo que respecta á los métodos histórico-narrativos, deploro en Herder lo que deploro en Cantú—un hecho que dificulta la imparcialidad. Este hecho es un criterio, una teoría preestablecida; y nosotros reprobamos el criterio teológico lo mismo que el criterio positivista en Littré. Sólo aceptamos el positivismo como procedimiento.

Para mí, el historiador ha de prescindir por un momento de sus opiniones, ha de hacer abstracción de sus creencias en el método histórico narrativo. Después de formulado éste, puede, sin duda, bosquejar la síntesis y hacer surgir el sistema, completar su filosofía de la historia. Deberá examinar las pruebas, dictar imparcialmente las sentencias según lo que resulte de los autos; después puede aventurar el voto particular.

Se espera el último fallo de las ciencias en innumerables cuestiones, y el historiador, el científico (porque científicos son el sociólogo, el arqueólogo, el crítico) se ha de concretar á tratar un punto examinando todas las tradiciones, teorías, doctrinas, opiniones, datos y razonamientos que sobre aquel punto se hayan emitido y con su laboriosidad investigadora haya podido hallar. Como juez imparcial, ha de pesar las razones, examinar las pruebas y fallar, según lo que resulte, aún cuando sea contrario á la opinión, creencia y sentimiento tradicional que pueda tener como hombre.

El historiador, en su calidad de juez, se encontrará en ocasiones en que las pruebas le interesarán; además, las partes no pueden recusarle por razón de amistad ó enemistad, simpatía ó antipatía; los monumentos y los documentos son testigos mudos á quien no se puede repreguntar, porque siempre dicen lo mismo, y muchas veces se verá obligado á fallar contra instituciones que le son simpáticas, contra entidades á que guarda afecto. Las presunciones estarán fundadas en las pruebas secundarias.

La abnegación realzará su mérito. No tener el valor suficiente, precipita á la parcialidad, y el historiador parcial es indigno.

Ahora bien; en vista de lo dicho, cabe afirmar que es tolerable en Herder, que emite *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, lo que no puede tolerarse en Cantú y Weber, que escriben una *Historia Universal*, ya que es menester distinguir entre el historiador y el filósofo.

Herder está en su derecho al emitir una idea, pero falta cuando subordina los principios y los hechos de la ciencia á los principios de su filosofía y de su escuela.

No examinaré ahora los otros sistemas que quedan indicados. En otros trabajos nos ocuparemos de los modernos historiadores alemanes, nos detendremos en sus métodos; hoy sólo tratamos de enunciar y desarrollar una idea, cual es la de un método histórico positivo para comprobar la hipótesis de la evolución aplicada á tales estudios, la hipótesis que en ciencias naturales se ha transformado en teoría y es quizás reconocida ley de la naturaleza.

Doctrina de la evolucion (1).—Segun E. Caro (2), «á la hora presente lo invade todo,» y sino lo invade todo, al ménos en todas las ciencias aparece, surge en todos los ramos del saber, y por ahora, pelea con marcadísima ventaja en todas las esferas del conocimiento.

Las ciencias naturales, la filosofía, las ciencias históricas, aparecen sujetas á tal ley.

La historia nos muestra las evoluciones de todas las ciencias. La misma teoría de la evolucion está sujeta á esta ley.

En filosofía, en el mundo de las abstracciones, existen *ab origine* las ideas gérmenes que luego desenvueltas constituyen estos sistemas, merced á los cuales se crean y modifican instituciones, se derrumban imperios y hacen conmover á la humanidad.

En filosofía la especie orgánica son los sistemas. Y, así como en historia natural está demostrado, y de puro sabido quizá olvidado, que las especies no existen, que la especie es un mito, una fórmula empleada para tener idea de un orden de fenómenos relativamente fijos, sujetos á leyes absolutamente idénticas, que producen nueva y multiplicada série de fenómenos, así tambien en filosofía no hay un sistema nuevo, genuino, propio, peculiar de un individuo, pueblo ó raza; cualquiera que se tome por tipo tiene algo de otro que le precede, sea en su fraseología ó tecnicismo, sea en sus métodos de investigacion. Razon de identidad presentan los fenómenos históricos con los del mundo natural.

El organismo más fuerte, mejor constituido, sobrepuja,

(1) Mr. Littré, en su Diccionario de la lengua francesa, dice: "*Evolution* (*e-vo-lu-sion*); *en vers de cinq syllabes. s. f. || 1.º Terme de physiologie. Action de sortir en se déroulant. L'évolution des feuilles, des bourgeons. Le papillon, comme le poulet, parvient á l'état de perfection par une evolution dont les Malpighi, es Swammerdam, les Reaumur nous ont dévoilé les degrés.*"—Luego añade: "*Evolution historique—le developpement des sociétés et de leur civilisation.*"—Y con referencia á la evolucion orgánica, dice: "Sistema fisiológico cuyos partidarios suponen que el nuevo sér que resulta del acto de la generacion preexiste al acto. Este sistema se opone á la epigénesis."—La multitud de hechos que Mr. Littré aduce en sus obras en favor de la evolucion, significan marcadamente que los cuerpos organizados no son propiamente engendrados, sino que preexisten originariamente en pequeño.

(2) *La democracia ante la moral del porvenir*, por E. Caro. Artículo publicado en la *Revista Europea*, correspondiente al 19 de Diciembre de 1875.

vence. Esto sucede en la historia como en la naturaleza. En la historia no triunfa el derecho, sino cuando es fuerte. Podemos deplorarlo, pero no podemos desconocerlo.

No nos detendremos en el análisis de las doctrinas de Darwin, Fechner, Gerland, Haeckel (1), Huxley (2), Dumont (3), Helwald, Peschel, Schmit y Jaeger, por lo que respecta al naturalismo, y de las de Littré, Renan, Herbert Spencer (4), Buckle (5) Draper (6), Bagehot y otros varios que serán objeto de trabajos posteriores, ni nos ocuparemos de los que han tratado la evolucion como ley de la filosofía, como principio de todo lo existente, como principio por decirlo así, de la arquitectónica universal, valiéndonos de la fraseología de Lebrowski (7).

La evolucion, como postulado filosófico, como ley de la direccion de la curva, de la circunferencia que se extiende hácia lo infinito, formando círculos nuevos cuyos arcos son las ciencias, y cuyo centro es el yó—ente pensante.—Esta direccion de la línea, la sospecha el hombre desde muy antiguo, pero en muchas ciencias no ha sido determinada.

Ninguna ciencia puede constituir un monopolio en esta teoría; en psicología, acerca de cuya ciencia se ha aplicado con algun éxito el procedimiento positivista (8), indudablemente no tardaremos en verla aparecer *desenvuelta*, ya que

(1) *Ueber die Entwicklung theorie Darwins. Oeffentlicher Vortrag am 19 Semptember 1863 in der Versammlung deutscher Naturforscher und Aerzte In Stettin.*

Generelle Morphologie der Organismen.—I Band: Allgemeine Anatomie.—II. Band: Allgemeine Entwicklungsgeschichte.

Natürliche Schöpfungs-Geschichte, y otros no ménos importantes, especialmente la *Historia natural de la creacion ó doctrina científica de la evolucion.*

(2) Pueden consultarse acerca del punto concreto de la evolucion, sus polémicas con Mr. Mivart.

(3) Mr. Leon Dumont tiene interesantes publicaciones sobre la evolucion.

(4) Véase su introduccion á la ciencia social de que ya hemos hecho mencion en este trabajo.

(5) Tomás Buckle.—*Historia de la civilizacion en Inglaterra.*

(6) *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, y en su obra reciente *Los conflictos de la ciencia y de la religion.*

(7) Lebrowski llama arquitectónica universal al conocimiento metódico y razonado de lo existente en la naturaleza—ente—y de lo que existe en idea—mente.

(8) *Problemas de la vida y del espíritu*, por Mr. Lewes, y otras obras de no ménos importancia de dicho señor.

algunos psicólogos convienen en que encerrada en los límites en que hasta ahora se conserva, es *plausible y nada peligrosa, y hasta conciliable con las más altas aspiraciones de la ciencia humana.*

Y si para atacarla en germen se apela al ridículo, diremos que no lo teme, y añadiremos con el Sr. Revilla que *los que se escandalizan ante la hipótesis evolucionista, debieran tener en cuenta que la dignidad se debe á las propias obras y á los méritos propios, y no á ilustres abolengos, y que nada hay indigno ni despreciable en la naturaleza, etc.*

Pero á nosotros, que sustentamos tal doctrina, nos obliga el demostrar que tiene ella de por sí un ilustre abolengo.

Tales de Mileto, 600 años ántes de Jesús, impulsa la ciencia á buscar el origen del mundo fuera de las teorías sacerdotales; oriundo de la Fenicia, pudo aprender allí la que implantó en Grecia. Suponia Tales que el Universo, en su primitivo estado, habia sido líquido, y que experimentaba continuas modificaciones por la influencia de un motor incógnito. Opinaba que el principio universal es el agua. Heráclito sostuvo que es el fuego. Anaximenes, el aire. La filosofía de estos es un empirismo que propende al progreso.

La doctrina jónica se combina con la escuela del indio Kápila; recibe las ideas de los egipcios, que están bastante adelantados; sostiene que lo que no existe, no puede recibir la existencia por ninguna causa posible, y que lo existente no es más que la transformación de un principio sutilísimo, de un éter que se confunde con los elementos, que se extiende por la infinidad del espacio en virtud de una ley inmanente, inseparable de esta sustancia universal.

Leucipo proclama elementos de la realidad ciertos corpúsculos indivisibles y eternos, por cuya fortuita combinación se formaban los cuerpos; su discípulo Demócrito en su *tratado del Universo*, sostiene la teoría de los átomos, los cuales y el vacío, son el principio de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados. Epicúreo nos explica las propiedades de los átomos, el peso y la extensión y tres clases de movimientos: el oscilatorio, el rectilíneo y el circular; pero á las cualidades esenciales de la materia

añade una, que su maestro no concibió, el peso; para satisfacer las exigencias del pueblo, admite varios dioses que nada le explican, pues considera suficiente el movimiento de los átomos. Esta creencia la denomina preñacion del espíritu. Sus preñaciones vienen de los sentidos, merced á los efluvios ó emanaciones de los objetos exteriores que mediante los nérvios llegan al alma.

Los estóicos admiten creaciones sucesivas é infinitas; para ellos, las transformaciones obedecen á una ley superior que las determina préviamente, haciéndolas siempre idénticas con relacion á cada tipo: la fatalidad, el acaso, son los supremos ordenadores; más tarde Dios.

La filosofía moderna arranca de Telesio; en su *De rerum natura justa propria principia*, indica que las ciencias naturales deben estudiarse segun sus principios propios, y hollando las preocupaciones antiguas y los errores aristotélicos, indica el perfeccionamiento sucesivo de los organismos.

Siguen Tomás Campanella (1) y Giordano Bruno (2), á quien podemos llamar los primeros mártires del positivismo en la época moderna, y Francisco Bacon, cuya senda era apartarse del aristotelismo, abandonar en el estudio de la naturaleza todo el cúmulo de preocupaciones que hasta aquella época habian influido.

La ley de los torbellinos de Descartes, la *Nova Stereometria dolorium* de Keplero, la oposicion á las teorías de Linneo, Cuvier y Agassiz por Lamark y Goethe, resulta el correcto diseño de esta teoría. Goethe descubre dos agentes de creacion orgánica, la tendencia á conservar la especie (la herencia) y la tendencia á una metamórfosis progresiva.

(1) Acusado de heregía fué metido en una cárcel, y dicen que se le dió tormento siete veces en veinticuatro horas. Permaneció 27 años en la prision, y debió su libertad á Urbano VIII. Pasó luego á Francia, donde le protegió Richelieu.

(2) Entregado á la Inquisicion romana, la cual, no pudiendo inducirle á que se retractase, le entregó al brazo secular para que le arrojase á la hoguera. En efecto, en 17 de Febrero de 1600 fué quemado vivo en campo de Fiori.

El transformismo se manifiesta muy claramente en sus diálogos; sin embargo, su doctrina está falta de base positiva.

Aparece luego la teoría evolutiva de Gottfried-Reinhold-Treviranus, la de Oken. Publica Kant su *Historia natural del cielo* y sus *Pensamientos sobre la verdadera evolucion de las fuerzas vivas de la naturaleza*. Lamark, con su filosofía de la zoología, defiende la teoría descensional que apoyan Geoffroy Saint-Hilaire, Nandin, Lecoq, Leopoldo de Buch, Boer, Schleiden, Unger, Schaaffhausen, Carus, W. Herbert y Herbert Spencer, Grant, Freke, Hooker, Huxley, Carlos Vogt, Buchner. Ch. Lyell desarrolla la historia de la evolucion natural de la tierra. Carlos Darwin y Alfredo Wallace (1) publican simultáneamente la ley de la seleccion, fenómeno que se nota en muchos descubrimientos (2).

Despues de Ernesto Haeckel (3), la teoría de la evolucion tiene una importancia científica inmensa y trasciende á todos los ramos del saber, *ya que toda verdadera ciencia de la naturaleza es filosofía y toda verdadera filosofía ciencia de la naturaleza y toda verdadera ciencia á su vez filosofía de la naturaleza*.

La doctrina de la seleccion natural es de Empédocles; Lucrecio la indica suficientemente en su poema *De la naturaleza de las cosas*.

La evolucion no es un delirio del moderno materialismo. La historia de esa idea ofrece al erudito una série que comprueba y que obedece á la ley de los organismos naturales y de otro órden superior; la evolucion es la razon verdadera del progreso. Esto lo siente Proudhon cuando se subleva contra lo absoluto; presenta el progreso por la evolucion de las instituciones Pascal, lo disfraza Bossuet, lo reproduce Lessing, lo predica Condorcet. Saint Simon nos presenta la evolucion de la teocracia, el feudalismo ó gubernamentalismo y de la industria, Fourier nos pinta el edenismo, el estado salvaje, el patriarcado, la barbarie, la civilizacion, el garantismo y la armonía. Augusto Comte nos presenta la religion, la época

(1) Segun opinion autorizada, fundó la seleccion apoyándose en la ley de la poblacion de Malthus.

(2) Así Campanella es coetáneo de Bacon, Newton de Leibnitz.

(3) *Historia de la creacion de los seres organizados segun las leyes naturales*.

de la metafísica, y augura la del positivismo, Pedro Leroux lo filosofa, Eugenio Pelletan lo canta.

La evolución, como ley del desenvolvimiento humano, es, como principio de conocimiento, fecunda en resultados. Empero, para ser consecuentes, no debemos sentar principios, ni afirmar *á priori*, sólo sí aventurar que aplicando el procedimiento positivo, indudablemente aparecerá aquella ley.

El procedimiento que conceptuamos más conveniente para obtener este resultado, es el de escribir una historia universal, no sólo con el apoyo de las ciencias en general, sino con el especial de las físicas y naturales. Es menester una mirada general retrospectiva á través, no de las leyendas, no de la ilusión, sino de los grandes instrumentos del macrocosmos y del microcosmos, á través de los medios que las ciencias naturales en su actual período de adelanto nos suministran.

La historia, explicada según el principio general del transformismo y la evolución, hará comprender que no existe el supernaturalismo y que todo lo acaecido obedece á las eternas é inmutables leyes del universo.

El descubrimiento del movimiento de la tierra alrededor del sol, como centro, forma época en la historia de la ciencia (1).

Desvanecido el error geocéntrico (el de que la tierra es el centro del sistema planetario) y desvanecido también el de que el hombre es el centro de la creación (antropogénico).

Desvanecido el primero por Copérnico, Keplero, Galileo y Newton, y el segundo por los naturalistas que hemos mencionado; teniendo el apoyo, datos y experiencia de la astronomía, de la geología y antropología, creo no sólo útil, sino necesario, que se escriba una historia universal de conformidad á los adelantos susodichos.

(1) En 1543, Nicolás Copérnico publica su célebre libro *Sobre las órbitas de los cuerpos celestes*, que opera una revolución completa en la astronomía, y no sólo en ella, sino también en la antigua concepción del universo.

Empezando en su caso por la indicacion de las noticias fundadas sobre las primeras evoluciones de las nebulosas, de las masas de materia flotantes en el espacio, enunciando las teorías emitidas sobre los sistemas planetarios, formacion de los cuerpos celestes, leyes de su equilibrio, de la atraccion, de la fuerza centrífuga y centrípeta que puedan haber influido, así como la accion del calórico, la tension de los gases, la afinidad de los cuerpos, la cohesion molecular, el choque de las masas y sus resultancias.

De la historia astronómica puede descenderse á la historia cosmológica, con el desarrollo conveniente. Con razonamiento, abundante material de datos é indispensable método, se dará noticia de todos los sistemas que de la cosmología han tratado.

Explicarése la formacion de nuestro globo, de su corteza, explicará las capas, la formacion de las montañas, la atmósfera, los mares, mostrando cómo coadyuvan á la teoría natural y racional que se sustenta, los fenómenos todos de la naturaleza, especialmente volcanes, terremotos y otros meteorológicos.

Notaráse la aparicion de las plantas, de los animales, en fin, de los diversos organismos, señalándolos *ab ovo*, ó como diria Haeckel, desde el protoplasma.

Descendiendo luego á la historia antropológica, que junto con la general cosmológica y astronómica y con la historia de la naturaleza desconocida (sistemas planetarios de que no tenemos noticia y que el hombre alcance en el porvenir), forma la Historia Universal.

Estamos en plena antropología. El procedimiento positivo para escribir una historia humana ha de ser dando comienzo á la historia antropológica con el estudio de las doctrinas y datos acerca de la aparicion del animal-hombre sobre la tierra, marcándose la diferencia entre el animal y el humano.

El hombre errante por las selvas, el troglodita, el hombre

de la edad de piedra, pertenecen á la historia puramente antropológica; así tambien pertenecen á ella los salvajes de todos los tiempos (1).

La historia humana es la de la colectividad compleja y regulada; humanidad. En ella se estudia la institucion sintética humanidad, y el desarrollo sucesivo de la miriada de instituciones que involucra.

IV.

Importancia de la aplicacion de esta teoría en los estudios históricos.—La teoría de la evolucion arroja una luz intensa en todas direcciones.

Faltábale al entendimiento humano una fórmula con la cual pudiera descifrar ciertos enigmas y darse cuenta de ciertos funcionalismos.

Este razonamiento puede aplicarse á la historia.

Fundados en los principios de las ciencias naturales (2) en su aplicacion, hallará el historiador la razon y el ideal de ciertos acaecimientos, la causa y el efecto de otros muchos.

Se hermanarán y coadyuvarán las ciencias cuyos principios antes aparecian antitéticos, y el historiador, en cambio del apoyo que recibe, puede y debe prestarlo para la resolucion de los problemas eternos de nuestro origen, de nuestra existencia y de nuestro porvenir.

Estudiada la evolucion en la humanidad bajo un aspecto analítico cuyo resultado ha de ser la relacion de los hechos demostrados, no los verosímiles, sino acaecidos, la exclusion de los probables, con indicacion de las conjeturas, estudiada luego sintéticamente, seguida la manifestacion de los hechos por su orden cronológico, por el evolutivo segun las institu-

(1) Mucho se ha escrito sobre el particular; nosotros sólo hemos tenido á la vista Lubbock, *L'homme avant l'histoire*, cap. XI, y los estudios de A. Laugel *L'homme pre-historique*.

(2) Hoy se trata de construir la *Estética sobre bases físicas*.—Véase la obra de von Eug. Dreher. *Die Kunst in ihrer Beziehung sur Psychologie und zur Naturwissenschaft*. 1875.

ciones (1) con perfecto conocimiento de las condiciones fisiológicas de la humanidad, según los períodos, marcando las evoluciones de la condición económica, de la social, de la moral, del grado de desarrollo intelectual que se manifiesta en la ciencia y se personifica en el arte; el historiador, con el inmenso precedente del pasado y con el eficaz ejemplo del presente, ¿podrá aventurar algunas opiniones sobre el porvenir?

¿Podrá demostrar que la ley de la evolución seguirá en lo humano manifestándose con la aparición de transformaciones orgánicas, naturales y sociales, y así, en escala indefinida, podrá indicar que la humanidad se acerca cada día más al ideal de una felicidad verdadera y demostrar la necesidad de que todos en todas épocas coadyuven á este fin?

En todo caso, algunos frutos producirá tal enseñanza.

Con la convicción de que los fenómenos se operan con una regularidad constante y con la garantía de que las leyes de la naturaleza no se cambian ni modifican, que son siempre idénticas; demostrando además la inconveniencia de un pesimismo, y la exageración de un optimismo, habida razón á la evolución, que es la ley natural del progreso, del mejoramiento sucesivo, del perfeccionamiento incesante, mejorarán notablemente las leyes en el orden social, marcharán quizás más acordes con las de la naturaleza.

El convencimiento que resultará de tales estudios, influirá notablemente en la extinción de todas las tiranías, la de la conciencia, la política, la económica, la científica, la de nuestras limitadas facultades, como la ley de la evolución influirá en el mejoramiento incesante de nuestro cuerpo, esta pretendida obra maestra de la creación, que se arrastra penosamente por la superficie de la tierra, que está excluida de los espacios que el ave cruza y está relegada de los dominios del mar.

La ciencia y el arte en armonioso conjunto producirán el

(1) Por lo que se refiere á las nacionalidades, puede consultarse con fruto el artículo de Clemence A. Royer titulado *La nación en la série orgánica y en la humanidad*, publicado recientemente en el *Journal des Economistes*.

bien humano, y el bien resultará por la selección, esta ley que refunde lo irregular é inarmónico, esta fuerza que sostiene á lo bueno y le hace permanecer, esta ley que en lo metafísico nos ha enseñado que el ideal se aleja porque lo óptimo será lo que naturalmente permanezca en el transcurso de las evoluciones.

Pocos descubrimientos en la humanidad son tan fecundos en resultados como el de la ley de la evolución, especialmente en la esfera de la ciencia y del arte.

P. ESTASÉN.



REFLEJOS MENTIDOS.

Afirman que en la mirada,
 por ser los ojos espejo,
 en copia fiel y reflejo
 el alma se vé pintada.
 Mas quien la vé reflejada,
 si al verla en amor se inspira,
 no ha de ver sino mentira;
 que ojos que se miran, son
 reflejo de la ilusión
 con que el que adora los mira.

R. BLANCO ASENJO.



EL POSITIVISMO Y LA CIVILIZACION.

IV.

Hemos examinado hasta aquí los principios y afirmaciones del positivismo en sus dos tendencias *crítica* y *ontológica*, lo cual era preliminar indispensable para resolver la cuestión contenida en el tema propuesto. Pero teniendo éste por objeto examinar el género de influjo que aquella doctrina puede ejercer en la *civilización*, la cual no es otra cosa que la obra realizada por los pueblos en la *vida*, ocurre preguntar: ¿qué es ésta para el positivismo? ¿qué concepto tiene de ella? Este punto nos ha de servir de transición natural para pasar del aspecto teórico ó filosófico, hasta aquí examinado, al punto de vista práctico y de aplicación. Limitando nuestro estudio á la vida humana, puesto que esto es suficiente para la resolución del tema, comenzaremos haciendo notar que los positivistas consideran la sociedad como un organismo, idea que no es ciertamente nueva, pero que esta escuela ha desenvuelto y desarrollado dándole el carácter que no podía menos de desprenderse de su doctrina; esto es, que ha concluido por asimilar por completo el organismo social con el natural. Así, por ejemplo, H. Spencer compara á los políticos, comerciantes y trabajadores de la sociedad con los sistemas nervio-muscular, circular y nutritivo del organismo animal; las mercancías á la sangre, y el dinero á los glóbulos rojos de ésta; y Huxley cree que el proceso de la organización social tiene más analogía con el de los compuestos químicos que no con el del desarrollo orgánico, en cuanto, dice él, los elementos que entran á componer un todo químico, pueden recobrar su individualidad, cuando aquel se descompone, como sucede con los miembros que constituyen la sociedad, y á diferencia de lo que acontece en el organismo animal (1). De

(1) Este punto de vista de Huxley parece llevar envuelto el error de la teoría del estado antesocial, según la cual el hombre pierde parte de su li-

todas maneras, siempre resulta que al desnaturalizar la condicion de organismo que realmente tiene la sociedad, dándole un carácter meramente físico, viene á resultar, como ya hemos hecho notar en otro lugar, que queda la vida humana sometida á leyes fatales y necesarias con las cuales es incompatible la libertad (1).

Dejando á un lado el exámen de esta antinomia, de que ya nos hemos ocupado, debemos hacer constar aquí tan solamente que este concepto de la *vida*, en relacion con otros principios del *positivismo*, ha dado lugar á que esta escuela extremara un error que encontramos constantemente en la historia del pensamiento humano. Nos referimos al influjo que en el modo de ser de los pueblos ejerce el *medio natural*. Desde los filósofos griegos hasta Montesquieu y desde éste hasta Cousin y Herder, se ha venido haciendo constar aquel género de influencia, estimándola unos causa absoluta de la vida, otros sólo causa concurrente, creyendo estos que *inclina* pero que no *fuereza*, aquellos que es una imposicion necesaria con la que debe por lo mismo el legislador tratar y capitular (2). Naturalmente el *positivismo* ha extremado, como decíamos, el papel que desempeña el *medio natural* en que se desenvuelve la vida, cayendo así en un verdadero fatalismo. En verdad que el clima, la posicion geográfica, el territorio, etcétera, influyen necesariamente en aquella, pero no como *causa*, sino como *medio*; que, como tal, condiciona la exis-

bertad é independendencia primitiva al entrar á formar parte de la sociedad, la cual, segun esta doctrina, se constituye mediante el arbitrio de los individuos hecho constar en el *pacto*.

(1) La escuela histórica ha incurrido en el mismo error, al considerar como un organismo físicamente necesario lo que es un organismo libre y moral, dando lugar así á un fatalismo histórico.

(2) Hipócrates creia que á la naturaleza del país correspondian las formas del cuerpo y las disposiciones del alma, pero toma en cuenta otros elementos morales; Polibio y Galeno dicen que el país y la naturaleza determinan por *necesidad* las costumbres; Platon recomienda á los legisladores que tengan en cuenta las condiciones climatológicas; Bodin habla de la necesidad de acomodar las ordenanzas humanas á las leyes naturales, creyendo, sin embargo, que pueden más que estas el derecho, la libertad y la educacion, pero que esto no obstante, el legislador debe tratar y capitular con influencias que no dependen de él; Montesquieu, dando una importancia desmedida al *clima*, por él esplica la supuesta inmovilidad de Oriente, la esclavitud, la poligamia, etc., habiendo sido contradicho por Voltaire, Mably, Hume, etc.; Filangieri dice que el clima es causa *concurrente* pero no *absoluta*; Herder afirma que la historia de la humanidad es una pura historia natural, y que por tanto, las condiciones naturales tienen predeterminada la fisonomía de aquella, á pesar de lo cual critica á Montesquieu, diciendo, que el clima *inclina* pero no *fuereza*; y por último, Cousin dice: mostradme el mapa de un país, su configuracion, etc. etcétera, y os diré lo que serán en la historia ese país y el hombre que en él habita.

tencia, haciendo posibles unos desarrollos é impidiendo otros, é influyendo por lo mismo de un modo directo en las relaciones económicas é indirectamente en los demás órdenes sociales. Pero no sólo no es causa, sino que no es tampoco la única condicion, puesto que prueban que á su lado existen otras, las modificaciones que aquella va experimentando, hasta el punto de haber podido decir un filósofo que cada vez hace más el hombre al territorio que no el territorio al hombre; y de aquí que, si atendemos al desenvolvimiento histórico de la vida económica, encontraremos, primero, una edad en la que la *naturaleza* se impone al hombre, el cual se siente ante ella como supeditado y amedrentado; luego, otra caracterizada por los esfuerzos que lleva á cabo el último para hacerse superior á la primera y durante la cual va incorporándose el *trabajo* humano en los séres naturales, que se convierten merced á esto en medios é instrumentos de que la humanidad se ha valido como verdaderas armas de guerra contra la naturaleza para subyugarla; y llega por fin la tercera edad, en la cual no es ya el predominio de la naturaleza como en la primera, ni el del trabajo como en la segunda, y sí el del *capital* su nota característica. Compárese si no la situacion que ocupaba en la tierra el hombre primitivo, anadado bajo el imperio incontrastable de las fuerzas naturales, y la que alcanza en los tiempos actuales en que son aquellas dóciles instrumentos que utiliza el hombre y de que se sirve para su bien.

Pero lo verdaderamente característico de la doctrina positivista respecto del modo de concebir, en relacion con la *vida*, el principio de la *evolucion* (1), que no es otro que el *devenir* de Hegel (2), aunque los positivistas han venido á afirmar

(1) El principio no es ciertamente nuevo, y aquí debemos hacer observar que Krause puso un especial empeño en mostrar que la sociedad es un organismo y que está sometida á la evolucion social orgánica. Schelling, como en otro lugar hemos dicho, se sirvió tambien en la filosofía general de la idea de la evolucion orgánica, á la cual dió una extension antes desconocida, habiendo llegado á hacerla popular. Dejó, sin embargo, á otros la tarea de definirla, desenvolverla y aplicarla, y esto lo hicieron—dejando á un lado la filosofía, la teología y el arte—con relacion á la física general Steffens, Troxler, etc.; respecto de la zoología, Oken, Carus y otros muchos; y por lo que hace á las distintas ramas de la ciencia social, Krause, bajo el impulso de Schelling; mientras que von Baer y los embriologistas, Savigny y las escuelas históricas de derecho y de economía política han aplicado esta escuela á los respectivos órdenes que estudian independientemente del influjo inmediato de Schelling, aunque no es posible desconocer que influyera en ellos de un modo indirecto. (*The Philosophy of History in Europe*, chap X. p. 489, por Robert Flint.)

(2) Es verdad que para Hegel detrás del *devenir* estaba la *idea*; pero como, despues de todo, esta no alcanzaba existencia real sino al *concretarse*,

esta ley empleando el único método, según ellos, legítimo; esto es, la inducción. Como la escuela de que nos ocupamos concluye en muchos de sus adeptos en la unidad de esencia, y de aquí el carácter universal que pretenden dar á sus principios, resulta que el de la *evolución* tiene una trascendencia verdaderamente metafísica, y alcanza este carácter aún en los que se detienen en el punto de vista *crítico*, puesto que, quiéranlo ó no, vienen á constituir aquella ley en explicación del modo de ser y de determinarse la realidad toda. En efecto, ó la *evolución* tiene una base real sobre que asentarse, y entonces resulta un *noumenos*, sólo y único, en el cual aquella se dá, ó lo que le sirve de fundamento es tan sólo un principio pensado y sin realidad; si lo uno, desaparece la variedad de seres y de sustancias y queda la única y sólo que, según hemos visto, viene á afirmar el *positivismo ontológico*, la materia; si lo otro, se viene á concluir en un *idealismo subjetivo*, y, consiguientemente, en el excepticismo á que lógicamente va á parar el *positivismo crítico*.

Por lo que hace al primero de dichos puntos de vista, ya hemos hecho notar en otro lugar que entre el espíritu y la materia se da un límite, que es infranqueable para la transformación y la evolución, única cosa que nos importa hacer constar aquí, pues no entra en nuestro propósito examinar esta doctrina en su relación con los seres naturales, mientras que interesa recordar aquí y dar por reproducida la distinción para salir al encuentro de aquellos filósofos y naturalistas que, confundiendo lo que nosotros hemos distinguido, suponen que la evolución enlaza sin solución de continuidad los fenómenos de la realidad toda, llegando á decir, por ejemplo, uno de ellos, Darwin, que el sentido moral es el grado más elevado de lo que es el instinto social en el animal, de donde se deduciría, entre otras consecuencias, el *determinismo* á que es conducido por varios caminos el *positivismo ontológico*.

En cuanto al segundo punto de vista, propio del *positivismo crítico*, que ha utilizado al efecto la enseñanza que se deriva del idealismo subjetivo de Kant y del idealismo absoluto de Hegel, haremos observar que es imposible afirmar la *evolución* ó el *devenir* sin reconocer algo en que esta propiedad se dé; sin que baste decir que todo pasa y todo muda, puesto que siempre resultaría que el mudar mismo era una propiedad permanente, era *inmutable*; y por tanto, es imprescindible

no es extraño que los positivistas suprimieran lo que puede decirse que era en la apariencia *cimiento* en el edificio levantado por Hegel, y en realidad tan sólo un *andamio*.

ble admitir algo en que se asiente por lo ménos esta propiedad que, segun ellos mismos, no pasa ni cambia, puesto que la afirman como ley constante y necesaria. Además, los positivistas, en su empeño de no ver más que hechos y fenómenos, no pudiendo ni queriendo, por tanto, admitir que tras de cada série de aquellos, y en indivisa union con ellos, se dan esencias y sustancias, tienen que borrar los límites que separan á unas de otras, y de aquí el afan con que estudian la historia, así de la Naturaleza como de la Humanidad, con el intento de mostrar que, léjos de tener cada sér una esencia que constituye su propia naturaleza y que va determinándose en hechos sucesivos, los cuales cambian mientras que aquella permanece la misma, adquieren aquellos, mediante una transformacion indefinida, nuevas propiedades, así como pierden otras; resultando de aquí que, así como se resuelven unas especies en otras especies, un reino en otro reino, de igual modo, lejos de haber sido y haber de ser siempre el hombre lo que consideramos hoy como su esencia propia, la cual ni con el tiempo cambia ni nuestra actividad es capaz de transformarla, ha ido adquiriendo, á través de los siglos, esas que nosotros llamamos propiedades esenciales, y que, segun el positivismo, están en continua y perpétua transformacion, no teniendo, por lo tanto, un fondo comun el hombre de ayer, el de hoy y el de mañana.

Como cada cual sabe bien, atendiendo, no ya á principios racionales, sino tan sólo á la propia experiencia, que el hombre es impotente para mudar la naturaleza misma de los seres, inclusa la suya propia, y que ante aquella se detiene su libertad, esto es, que yo puedo regir mi voluntad y dirigir mi pensamiento, pero no ni en modo alguno suprimir ninguna de estas dos propiedades, sin que la atenta observacion de todos los hechos de mi vida me deje ni siquiera vislumbrar la posibilidad de cambios y mudanzas de este género, los positivistas, tomando, por decirlo así, como cómplice de sus preocupaciones al tiempo, explican esto, que nos parece imposible, por el *hábito* y la *herencia*.

Dejando á un lado el exámen de estos principios por lo que hace á su aplicacion universal y contentándonos en este respecto con hacer notar que así el hábito como la herencia suponen necesariamente la *identidad* del sugeto en que mediante aquellos se verifica la transformacion, y en consecuencia un *principio* de enlace entre los resultados de la misma, veamos cómo esta doctrina es inexacta con relacion al hombre, que es lo que ahora nos interesa. Es verdad que el *hábito* convierte en segunda naturaleza las obras del hombre, «tejiéndolas en la trama de la vida como hilos de oro ó ur-

dimbre grosera, según fué al nacer bien ó mal ordenada la voluntad;» pero no lo es ménos que por encima de esta segunda naturaleza que el *hábito* crea, está la primera y esencial, que sirve de fundamento á la otra y de límite para ella infranqueable; y por esto no hay hombre alguno que deje de considerarse en todo momento capaz de sustraerse á la aparente imposición del *hábito* y de afirmar su libertad dirigiendo la vida por otra senda distinta de aquella por la que le viene encaminando la costumbre; y si bien es cierto que á estos cambios precede casi siempre una lucha, á veces terrible, que produce en la existencia del hombre crisis dolorosas, este mismo hecho es un testimonio vivo y elocuente del carácter subordinado, á la par que de los límites del *hábito*.

Y por lo que hace á la *herencia*, haremos observar tan sólo que ella es respecto de la especie, ó si se quiere de la série de los seres, lo que el *hábito* respecto del individuo, y por tanto, que es aplicable á la primera lo que queda expuesto con relación al segundo. Además, la experiencia de todos los días contradice el supuesto necesario influjo de este elemento en cuanto nos muestra como individuos nacidos en iguales condiciones, en este respecto son entre sí muy distintos; y por lo que al hombre se refiere, no obstante las investigaciones hechas por los historiadores positivistas, quizás bajo el imperio de este prejuicio, la verdad es que nada se encuentra en la historia del hombre sobre la tierra que autorice para afirmar que con el trascurso del tiempo haya adquirido propiedad esencial alguna que antes no tuviera.

El erróneo concepto que de la *vida* tiene el *positivismo*, es una consecuencia lógica de sus principios, puesto que desde el momento en que se afirma solo la realidad del *fenómeno*, no es posible ver que la vida se desarrolla y desenvuelve sobre algo que es permanente, que es el núcleo de que aquella se deriva y el fundamento en que se asienta, y el cual no es otra cosa que la *esencia* de los seres vivos, que van produciéndola y determinándola, aunque sin agotarla, en la série sucesiva de hechos que constituyen la vida. Admitiendo este elemento inmutable, se explica llanamente el *devenir*, la *evolución*, puesto que no es ésta otra cosa que la propiedad que tienen los seres de ir realizando su esencia y naturaleza en posiciones concretas y determinadas que se suceden, para lo cual es preciso que cuando aparece una, otra desaparezca, y de este modo *llegue á ser* la que antes no era, y constituyendo série merced al enlace que entre unas y otras se da y que tiene por fundamento la identidad del *ser* en que se verifica.

Con lo dicho basta para dar una idea general del concepto

que de la *vida* da el positivismo, única cosa que aquí hace al caso; puesto que al examinar en lo que sigue el influjo que la tendencia determinada en las ciencias por esta escuela puede ejercer en la vida religiosa, moral, jurídica y social, tendremos ocasion de desenvolver algunas de las consecuencias que de estos principios generales se derivan.

Veamos, pues, el sentido que en cada una de las esferas expresadas trata de hacer prevalecer esta doctrina, hoy predominante en el mundo y cuyos principios filosóficos quedan examinados en todo lo que antecede.

V.

Examinado en todo lo que precede lo referente á las afirmaciones teóricas del *positivismo* en sus dos matices *crítico* y *ontológico*, así como el concepto que de la vida da este sistema, veamos el influjo que la tendencia determinada por este sentido en las ciencias puede ejercer en el orden *religioso*, en el *moral*, en el *jurídico* y en el *social*, y así resultará apreciada la relacion entre los dos términos que sirven de epígrafe á este trabajo, y contestado el tema que ha sido ocasion del mismo.

Comenzando, pues, por la *religion*, debemos ante todo hacer notar que no se trata de inquirir el efecto que el movimiento positivista pueda producir en esta ó en aquella religion determinada, esto es, con relacion á un dogma particular, una regla de vida, una práctica piadosa, etc., ni tampoco de la solucion que deba ó pueda tener el problema religioso en nuestros tiempos. En frente del *positivismo*, *la religion misma* (1), y no esta ó aquella, debe decir, como Hamlet: *to be or not to be; that is the question*, puesto que se trata de saber, si esta vida religiosa es un estado transitorio en la historia de la humanidad, ó si, por el contrario, responde á algo que sea esencial en nuestra naturaleza; si el Sér que

(1) Hace unos treinta años, la teocracia arrojaba de sus cátedras, por medio del brazo secular del Estado, á dos hombres ilustres: Edgard Quinet y Michelet, como en otro tiempo arrojara de las suyas al doctrinario Cousin y al cristiano Guizot; y sin embargo, Quinet decia "que el hombre camina hácia la religion como el leon al desierto, como el águila a las cimas de las montañas;" y Michelet, hablando melancólicamente del cristianismo, decia: "la humanidad va dejando desiertos sus altares; pero decidme, si lo sabeis, yo os lo suplico, ¿se han levantado otros nuevos?" ¡Qué diferencia de aquellos á estos tiempos! Hoy pasan por místicos cuantos emplean este lenguaje, como pasaba por tal Rousseau, al decir de Madame Stael, en medio del movimiento enciclopedista. Por esto decimos que lo puesto hoy en cuestion es la religion misma.

sirve de base y fundamento á esta relacion es verdaderamente «el punto místico de donde procede y á donde vuelve todo bien en el mundo» (1) y tiene existencia real, ó es una pura abstraccion, creacion de nuestra mente. Al examinar esta cuestion, procuraremos no seguir el ejemplo de aquellos adversarios del *positivismo* que se contentan, al contestar á las observaciones y argumentos sobre este punto, con dar el calificativo de *ateos* á los partidarios y secuaces de esta doctrina. Basta recordar que los paganos tenian continuamente en boca este epíteto, para lanzarlo sobre los cristianos, para ser cautos, teniendo presente que cada individuo y cada pueblo se siente inclinado á suponer que todo aquel que no cree en el Dios que él adora niega ese mismo Dios, es ateo (2).

La religion tiene en nosotros un doble fundamento: de un lado, el sentimiento de *dependencia*, y de otro, el de *intimidad*, ambos consecuencia de la relacion esencial que se dá entre el sér finito y el sér infinito. Nace el primero de que, segun en otro lugar hemos visto, el hombre encuentra en todas las esferas de su conciencia algo que ni muda, ni cambia, ni es determinado, sino que, por el contrario, está siempre presente en su espíritu, le sirve constantemente de guía en la obra de la vida, y, léjos de estar á su alcance el rehacerlo ó reformarlo, sirve de límite y barrera á la esfera en que se mueven su libertad y su actividad. Procede el segundo de que nos sentimos en íntima relacion con la realidad toda, y así consideramos que nuestro destino se auna al de todos los séres, debiendo por lo mismo determinar nuestros actos, no constituyéndonos en centro del mundo y poniendo éste á nuestro servicio, sino antes bien sometiéndonos y subordinándonos al fin universal de todo cuanto existe, á cuyo cumplimiento por tanto contribuimos y nos asociamos, reconociendo que sólo así la obra que realizamos responde á un tiempo á la energía que nos mueve á desenvolver nuestra propia naturaleza y al sentimiento que nos lleva á no ser una nota discordante en la armonía universal. Por esto, lo primero y fundamental en la religion es que el hombre obre siempre en vista de este sentimiento, de esta intuicion del infinito, puesto que sólo de este modo puede alcanzar la vida un carácter verdaderamente piadoso; es decir, que la reli-

(1) Prólogo del Sr. Salmeron á los *Estudios sobre religion*, de G. Tiberghien.

(2) El célebre escritor inglés Bulwer llama la atencion sobre esto, aconsejando la mayor prudencia en una de sus mejores novelas, *Los últimos dias de Pompeya*, á uno de cuyos personajes, el cristiano Olimpus, llaman los paganos á cada momento *ateo*.

gion en este respecto es una *forma* de aquella, en cuanto todo lo que obramos, todo lo que hacemos, debemos llevarlo á cabo pensando en que de esa suerte contribuimos al cumplimiento del destino universal de los séres y en debido acatamiento á las leyes que derivándose de la naturaleza y esencia del Sér absoluto é infinito, rigen la existencia de todos ellos.

Pero ¿no es la Religion algo más que esto? ¿No es además de *forma* algo real y *sustantivo*, y por tanto, independiente de los otros fines de la vida? El hombre no se somete á aquella dependencia como á algo que se le impone fatal y necesariamente, ni tampoco estima como impuesta, igual é invariable la intimidad que le une con el sér infinito; antes, por el contrario, siente una necesidad interior que le mueve á no contentarse con realizar su vida, con sujecion á aquel doble sentimiento y un impulso que le lleva á entrar en comunicacion mística con el Sér que considera como razon y fundamento de su propia existencia, lo cual hace que constantemente pugne por penetrar más y más en el misterio que parece separarle del Sér absoluto, que busque apoyo, animacion y consuelo en este espíritu religioso, «sin el cual la vida es un desierto» (1), aspirando á entrar en una relacion directa con el sér que constantemente lleva en su espíritu. De aquí que la religion, además de acompañar á todos los actos de nuestra vida «como una santa música que nuestro oído oye en medio de las ruidosas disonancias del mundo,» como ha dicho Schleiermacher, es un vínculo personal y directo entre nuestra personalidad limitada y finita y la absoluta é infinita personalidad de Dios, donde tiene su fundamento la oracion, la cual, junto con la condicion de sociable que el hombre tiene y que muestra necesariamente en todas las esferas de la vida, dá lugar á la constitucion y organizacion de los cultos y de las Iglesias.

No es, pues, el misterio lo característico y como la nota comun de todas las religiones que han ido apareciendo sucesivamente en la historia de la humanidad. Es verdad que lo encontramos constantemente en nuestro camino, y que la fé y la creencia toman á su cargo el descifrarlo desde el punto en que la reflexion y la ciencia se declaran impotentes para el caso; pero es un prejuicio suponer que esto sea exclusivo de la religion, el cual procede de considerarlo como consecuencia del abismo que separa lo finito de lo infinito. No es sólo el conocimiento de Dios el que es inagotable, sino que otro tanto puede decirse de cada cosa y sér particular, puesto

(1) El Sr. Salmeron en el prólogo citado.

que cualquiera de estos, en cuanto forma parte de la realidad toda, se une con ella por infinitas relaciones, muchas de las cuales escapan á la inteligencia; no pudiendo, por tanto, el hombre ufanarse de tener un conocimiento completo y acabado ni siquiera del grano de arena. Lo que realmente se encuentra en el fondo de todas las religiones históricas y que es á todas comun, es el doble sentimiento de dependencia é inferioridad, de intimidad y union, que antes hemos hecho notar, y la creencia en el hombre de que el Dios que adora puede intervenir en la vida de algun otro modo que el que se deriva de las leyes generales que presiden al desarrollo y desenvolvimiento de los séres. La humanidad ha reeconocido siempre en el Dios á que ha rendido culto un Sér superior, un Sér que llamaba al hombre á contribuir al destino que él fijara á los séres, un Sér, en fin, que podia oír al hombre y ser oído por este.

Veamos ahora qué es la religion, así para el *positivismo crítico* como para el *ontológico*.

Aquél, declarando como declara incognoscible todo el órden trascendental, tiene que concluir necesariamente, ó en la más completa abstencion en este punto, encerrándose así en su punto de vista meramente crítico, ó en entregar á la religion toda aquella esfera, considerándola por completo desligada de la ciencia y como la propia del misterio, que reinaría en ella en absoluto. Si lo primero, es escusado decir las consecuencias á que conduce con relacion á la vida religiosa del hombre, el cual no puede contentarse con dar solucion al problema lógico y abstenerse de buscarla para el ontológico, puesto que no le basta saber que conoce y cómo conoce, sino que necesita darse cuenta de lo que es la realidad toda para dársela de este modo tambien del lugar que él ocupa dentro de aquella y la obra que en consecuencia le toca llevar por su parte á cabo en relacion con la de todos los séres; y por esto, como en la religion busca el hombre la clave de la solucion á este problema, es para él completamente imposible esta abstencion, contra la cual protestan energías poderosas que se levantan en su espíritu, empujándole á penetrar por ese camino que el *positivismo crítico* declara infranqueable. Si lo segundo, si se pretende con Herbert Spencer trazar la línea divisoria entre la ciencia y la religion, considerando que á aquella toca todo cuanto podemos conocer, esto es, los hechos y las leyes, que de la observacion de los mismos inducimos, y á ésta corresponde todo cuanto es incognoscible, es decir, lo absoluto y lo trascendental, lo que se hace es, en la apariencia, dejar á la religion una amplia esfera, dentro de la cual puede moverse

con tanta más libertad, cuanto que se considera como lo propio de ella el misterio y como medios adecuados de descifrarlo la fé, la creencia, el presentimiento, que escapan á las leyes que al conocimiento impone la lógica; pero en la realidad lo que se hace es dejar en el aire el fundamento esencial de la relacion que sirve de base á la vida religiosa, puesto que es imposible afirmarla y vivirla cuando se declara incognoscible uno de los términos por ella unidos, cuando se niega al hombre la posibilidad de conocer la unidad absoluta que sirve de base al doble sentimiento de dependencia é intimidad de que más arriba hemos hablado.

Y hé aquí el punto de contacto, que en otra parte hemos hecho notar, entre el *positivismo* y el *tradicionalismo católico* (1). Este, como aquel, considera que la razon humana es impotente para conocer ese órden trascendental, y por tanto á Dios; y en esto funda la necesidad de una revelacion extraordinaria y directa que comienza por mostrarnos la existencia del Sér infinito y que nos dicta además los principios y las reglas de conducta que nos han de guiar en la vida, ya que no nos es dado descubrirlas por nosotros mismos, en cuanto somos incapaces de abarcar con el pensamiento la realidad toda de que aquellas se derivan. Pero, no obstante este punto de conjuncion, el *positivismo* ha declarado cosa percedera, y áun muerta ya, la religion con la teoría formulada por Augusto Comte de los tres estados: teológico, metafísico y positivo (2); los dos primeros, transitorios y pasados ya; el tercero, único real y el llamado á suceder en perpetuidad á aquellos. Es escusado que nos detengamos á examinar este modo arbitrario de concebir el desarrollo de la vida humana, contradicho por los principios de la filosofía de la historia y por los hechos de la historia misma. Ni la religion, ni la metafísica, constituyen en el desarrollo de la civilizacion estados transitorios y pasajeros, ni se nos muestran en la historia sustituyéndose el uno al otro, ni dejándose sustituir ámbos por la llamada ciencia positiva. Podrá, segun las razas y segun los tiempos, predominar una ú otra; pero nunca borrarse por completo ninguna de ellas, ni dejarse sentir su influjo en la vida. Nótese, además, que lo más arbitrario de esta concepcion consiste en crear como independiente y en frente de la metafísica, este estado llamado *positivo*, el cual es tan sólo una tendencia y direccion dentro del movimiento general determinado por la filosofía.

(1) El cual concluye en Filosofía en lo que se ha llamado *sensualismo tradicionalista*.

(2) Esta teoría fué formulada por Turgot ántes que por Comte.

Sin más que recordar que una de las conclusiones á que va á parar el *positivismo ontológico* es, segun en otro lugar hemos visto, la negacion de Dios, bastaria para dejar ver el género de influjo que puede ejercer en el órden religioso. Sin embargo, es justo y obligado distinguir dentro de esta tendencia dos matices: es el uno el señalado por aquellos escritores que, declarándose francamente *materialistas*, proclaman de igual modo el *ateismo*, que tanto monta el no reconocer otra realidad ni otro sér superior que la naturaleza; el otro es el conocido con el nombre de *monismo*, el cual afirma que así como el hombre, mirado por la lente de la observacion externa, se llama cuerpo, y por la de la interna espíritu, de igual modo la realidad, considerada en su variedad, es el mundo; considerada en su unidad, es Dios.

Ahora bien; el *naturalismo ateo* que por sus principios, por su actitud en frente del espíritu religioso de la humanidad, tiene grandes puntos de contacto y de analogía con el ateismo que brotó á fines del siglo pasado de la filosofía sensualista, no sólo destruye la religion negando la existencia de lo que es su fundamento esencial, sino que toma en esta cuestion una actitud tal de violencia y de encono, que ha valido á sus adeptos la denominacion de *les enfants terribles* del *positivismo*.

Por el contrario, los mantenedores del *monismo*, aunque para algunos pasan tambien por materialistas y ateos, para otros es su doctrina un *panteismo naturalista*, y de aquí que conserve cierto sabor religioso que tiene siempre todo panteismo, porque dentro de esta doctrina, no sólo es posible reconocer la dependencia é intimidad que sirve de base á la vida piadosa, sino que antes bien las extrema y exagera, llegando á desconocer el carácter personal y libre de la relacion que une á Dios con el hombre.

Resulta, en suma, que ni el *positivismo crítico* ni el *ontológico* favorecen en verdad la causa de la religion, sino que, por el contrario, la niega casi en absoluto el uno y socava sus cimientos el otro, declarando este incognoscible el órden trascendental y por tanto á Dios, no reconociendo aquél la existencia del Sér infinito ó admitiendo tan solamente en su lugar un *commune quid*, una especie de *caput mortuum* del universo.

VI.

Al examinar el influjo que la doctrina positivista puede ejercer en el órden *moral*, debemos comenzar distinguiendo aquél de la religion. De un lado, hay quienes consideran com-

pletamente separadas estas dos esferas, concluyendo por proclamar la llamada moral independiente. Otros, por el contrario, las confunden, hasta tal punto, que no admiten otra moral que la que predicán y proclaman las religiones positivas. Los primeros olvidan que «el sentimiento moral sólo, sin el sentimiento y el conocimiento de Dios, declina, entre las sombras y luchas de la vida, en una moral empírica, ó en simpatía subjetiva, incapaz de los grandes motivos y sacrificios, de la constante voluntad y universal amor á todos los séres; ó fundada, cuando más, una moral secular de la razon, que apenas basta al hombre para regirse en circunstancias favorables; pero no es fuerte para resistir y vencer en circunstancias contrarias, ni sabe traer ningun motivo ni obra nueva al tesoro de la virtud; no es moral activa, ni comprensiva, ni progresiva, porque no es religiosa (1). Los segundos no tienen en cuenta que sólo cayendo en el excepticismo, puede desconocerse el derecho que la razon y la filosofía tienen á investigar los principios que deben regir la vida humana en este órden, que de otro modo, con ser tan importante y trascendental, quedaria relegado de la esfera de la ciencia.

Claro es, por lo mismo, que si de un lado todo lo dicho respecto del influjo del *positivismo* en la religion es base y complemento de lo que aquí habremos de decir con relacion al punto que nos ocupa, de otro hemos de tener en cuenta que, una cosa es la moral filosófica, y otra la moral religiosa (2). Un orador del Ateneo hubo de olvidar esta diferen-

(1) Sanz del Rio; discurso de apertura leído en la Universidad.

(2) Olvidan esta distincion, así aquellos que pretenden mostrar la moral religiosa como un todo lógico y sistemático, lo mismo que los que le hacen un cargo por no reunir estas condiciones. Todo el mundo recuerda la polémica sostenida por dos ilustres filósofos de la nacion vecina, Gratry y Vacherot, y en la cual, dicho sea de paso, tendrían mucho que aprender los que entre nosotros creen que todo está dicho, cuando discuten con un sistema, con apellidarle panteísta ó ateo, puesto que podrían ver cómo el primero de dichos escritores guarda á su adversario todas las consideraciones y respetos que exigen las conveniencias sociales y la caridad cristiana, haciendo siempre justicia á la sinceridad del filósofo, cuya doctrina considera, sin embargo, como panteísta, y hasta explicando el sentido en que en otra ocasion habia empleado el término *sofistas*. Pues bien; esta polémica no podia concluir en un acuerdo, porque pretender, fundándose en que la moral religiosa es perfecta y acabada, que la Filosofía nada tiene que hacer por lo mismo en este grave asunto, es desconocer que, si bien es cierto que por lo que hace al elemento subjetivo no es posible corregir ni completar el principio de la abnegacion y del desinterés afirmado por el cristianismo, se encuentra en distinto caso lo referente al elemento objetivo, esto es, al bien que se ha de hacer y realizar, puesto que él tiene que ampliarse y completarse segun vaya ampliándose y completándose el conocimiento que el hombre adquiere de la naturaleza y esencia de sí propio y de todos los séres, de la cual deduce el destino que estos tienen que cumplir y el bien que á él le toca realizar. Por ejemplo, ¿quién puede pretender

cia al hacer un paralelo entre la moral cristiana y la que proclama el positivismo, la cual declaraba superior á la primera; afirmacion extraña (1), que no fué bastante, sin embargo, á sacar de su silencio á los adeptos de la escuela ultramontana ó católica allí presentes. Veamos, pues, con la separacion con que lo hemos hecho en el punto anterior, el influjo que, así el *positivismo crítico* como el *ontológico*, pueden ejercer en los principios de la moral racional.

Hay en este órden dos elementos que considerar: el subjetivo y el objetivo. Refiérese aquel á los motivos que nos impulsan á obrar, los cuales pide la sana moral que sean puros

que la vida social y las relaciones internacionales se rijan hoy por los mismos principios y reglas de conducta que hace diez y nueve siglos?

Y pretender del lado opuesto que la moral cristiana desmerece, porque no forma un tratado científico como la que formulan los filósofos deduciéndola de principios metafísicos, es desconocer el valor sustantivo, propio é independiente de la religion y el de la filosofía, y el distinto fin que cada una de ellas cumple en la vida, por lo cual ninguna de ellas está llamada á desaparecer siendo sustituida por la otra, como se pretende desde opuestos campos: que no son tipos reductibles Jesús y Sócrates. La filosofía tiene como esfera propia la del conocimiento y de la reflexion; en la de la religion campean, por el contrario, la inspiracion y el sentimiento; aquella, obrando inmediatamente sobre una de nuestras facultades, influye sirviéndose de ella en la vida de un modo mediato; ésta, actuando á la par sobre todas nuestras energías, influye en la civilizacion de los pueblos de un modo directo; y por lo mismo; mientras que la una opera sobre algunos espíritus y mediante estos y á la larga en la sociedad, la otra obra sobre todos y desde luego. De aquí naturalmente la diferencia que hay entre la moral que se deriva de la una y la que procede de la otra. La moral religiosa la constituye una série de máximas y de reglas prácticas, que revela la inspiracion á su fundador y que éste afirma practicándolas y realizándolas en la vida. La moral filosófica la constituyen una série de consecuencias y corolarios, cuyo valor depende tan sólo de la verdad de los principios en que se fundan y de la lógica con que de ellos han sido deducidos. Esto quiere dar á entender, á nuestro juicio, un escritor inglés, al decir que mientras que la vida y muerte de Sócrates, no obstante ser ésta tan dramática, en nada influa en la doctrina socrática, si suprimiéramos la vida y muerte de Jesús, ni se comprenderia la existencia del cristianismo.

(1) Afirmacion extraña en verdad, porque es imposible encontrar una doctrina que esté más en pugna con la moral cristiana que la positivista, ni tampoco encontrar otra que desmerezca más puesta en parangon con aquella. Más adelante veremos cómo es incompatible con los principios del positivismo ese desinterés, que carece de base cuando se niega realidad á lo absoluto, lo cual lleva tambien consigo la imposibilidad de afirmar el pretendido principio superior de la especie, que no puede ser en boca del positivismo otra cosa que la mera suma de individuos ó una pura y vana palabra. Pero sí haremos notar que precisamente dos de los principios más puros y divinos del cristianismo son el de *abnegacion* y el de *humanidad*: el primero, confirmado, lejos de estar negado, en la conocida máxima "no hagas á otro lo que no quieras para tí; haz á los demás lo que quisieras que hicieran contigo;" propia como ninguna otra para desarraigar de la sociedad en medio de la cual se formulaba uno de los vicios que más la corroian, el egoismo; puesto que aconsejaba como medida del bien que el individuo debia hacer y producir con relacion

y desinteresados, excluyendo, por tanto, todos aquellos que, como el interés, por ejemplo, nos llevan á practicar el bien, no por ser bien, sino por razones particulares que sólo puede tomar en cuenta el hombre constituyéndose en centro de la vida, en vez de subordinar su destino al universal de todos los séres. Mas no basta esta pureza en el origen é impulso de nuestras acciones, puesto que queda aún por averiguar lo que ha de ser contenido propio de aquellas, en una palabra, qué es lo que desinteresadamente debemós hacer, ó lo que es lo mismo, el hombre necesita conocer el *bien* que debe realizar en la vida, y hé aquí el elemento objetivo.

El *positivismo crítico* destruye el fundamento de que deriva el hombre estos dos datos esenciales del órden moral. Al negar la existencia de lo absoluto ó declararlo incognoscible, hace imposible que el desinterés presida á nuestros actos, porque el hombre que no admite algo superior que se le impone y á lo cual ha de subordinarse, no encontrando apoyo y guía para la vida fuera de él, se constituye naturalmente á sí propio en fundamento y centro de la misma. De otro lado, al considerar como una abstraccion la esencia de los séres ó suponerla incognoscible, nos falta la base para determinar lo que es bien y lo que es mal. En efecto, el bien lo constituye todo aquello que determinan los séres en la vida de un modo conforme con su propia esencia y naturaleza, y por tanto, el hombre para obrar el bien se ajusta á los principios y leyes que de aquellas se derivan, mientras que, á ser cierta la doctrina positivista, no podria afirmar otras reglas de conducta que

á los demás lo que hasta entónces venia el hombre tomando como criterio del bien que debia procurar á lo que más queria y estimaba, á sí propio. Y en cuanto al principio de *humanidad*, no es ésta en el cristianismo la mera suma de individuos, como para la escuela empírica, sensualista ó positivista, ni tampoco una pura abstraccion como lo es para el *humanismo idealista*, sino que es, por el contrario, un principio real, cuya base y fundamento radica en la esencia y naturaleza que es comun á todos los hombres, y de la cual se deriva el valor y dignidad de cada uno de ellos, que ninguno pierde por muy bajo que caiga, porque siempre queda aquel fondo verdaderamente divino que nos obliga á respetar y amar en cada hombre *al hombre*; ó como han dicho los cristianos, ya que Jesús desenvolvió en la vida en todo su esplendor aquel fondo divino, debemos amar en todos los hombres á Cristo. "Porque, así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son, no obstante, un sólo cuerpo, así tambien Cristo. Porque en un mismo Espíritu hemos sido bautizados todos nosotros para ser un mismo cuerpo, ya judíos ó gentiles, ya siervos ó libres, y todos hemos bebido en un mismo Espíritu. . . De manera que si algun mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; ó si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él. Pues vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros de miembro." (San Pablo, Epíst. 1.^a á los Corintios, v. 12 y 13, 26 y 27.)

las inducidas de la observacion de los hechos que constituyen la historia del individuo y de la humanidad, no estando, por lo mismo, autorizado para declarar el sentido en que deba reformarse la vida, puesto que está privado de criterio para distinguir lo que es tan sólo un mal histórico, por larga y constante que sea su duracion, de lo que es ineludible y necesario por ser una consecuencia de la naturaleza misma del hombre y de los demás séres.

Por fortuna el *positivismo crítico* es inconsecuente con su doctrina cuando se llega á estas aplicaciones prácticas, como lo son otros sistemas cuando tocan á este órden moral en el cual más que en otro alguno hace valer sus derechos la sana razon; y así los positivistas, á falta de aquellos principios fundamentales que no son compatibles con las afirmaciones doctrinales que ellos formulan, asientan otros segundos y particulares que los conducen por un rodeo al desinterés á que ciertamente no pueden llegar, como sucede con el llamado *altruismo*; ó entendiendo que el conocimiento impera tan sólo en la esfera de la ciencia, ponen la vida moral bajo el impulso y direccion del puro sentimiento; ó finalmente, admiten lo que el ilustre Kant llamaba *imperativo categórico*, afirmando como un hecho la existencia de esta voz interior que por encima de todas las preocupaciones y prejuicios de escuela nos mueve á amar el bien y nos impulsa á realizarlo en la vida.

Más graves son todavía las consecuencias que con relacion á la moral se desprenden del *positivismo ontológico*. Afirmando la unidad de sér en el hombre, desaparece el fundamento de la subordinacion de la vida del cuerpo á la del espíritu, esto es, del instinto á la razon, y por tanto todas las energías y tendencias de nuestra naturaleza tienen igual origen y valor y merecen un mismo respeto. Dentro de esta doctrina, por lo mismo, se hacen imposibles el desinterés y la abnegacion, por lo que hace al elemento subjetivo de la moral; y en cuanto al elemento objetivo, ó se desconoce la existencia de todo principio necesario, esto es, del bien absoluto, ó no se deduce éste de otra esencia que de la natural y corpórea. En suma, el *positivismo dogmático* tiene que concluir, si procede lógicamente, en la moral del placer ó cuando más en la que inspira el cálculo, la cual no es esencialmente distinta de aquella. Por fortuna, tambien los adeptos de esta doctrina son inconsecuentes y se dá el caso de que alguno de los más célebres y decididos de entre ellos, Buchner, resume su moral en esta máxima del evangelio «no hagas á nadie lo que para tí no quieras; haz á los demás lo que quieras que contigo hagan.»

Excusado es que digamos nada de las consecuencias que con relacion al órden moral tiene la doctrina del *determinismo* á que llegan los partidarios más lógicos del *positivismo dogmático*. En otro lugar hemos visto la evidencia con que el hombre se sabe de su libertad y lo infundado de los argumentos aducidos en contra de este hecho, de esta propiedad por la doctrina positivista. Dando, pues, por reproducido cuanto allí queda dicho, aquí haremos notar tan sólo que ni el desinterés, ni la responsabilidad, ni el mérito, ni el demérito son posibles cuando se desconocen aquel principio, al cual debe la vida moral su valor y dignidad.

Como la doctrina positivista encierra, segun hemos dicho, una gran variedad de matices, hecho que facilita el carácter mismo de aquella, los más de sus adeptos protestan contra esta moral que se deduce lógicamente de los principios que proclaman. Pero la verdad es que la historia de los sistemas científicos de moral nos muestra, de un lado, la estrecha relacion de aquellas con las distintas tendencias filosóficas que han ido desenvolviéndose en la vida del pensamiento humano; y de otro, que no cabe poner la fuente de este órden sino en los *sentidos*, en el *sentimiento* ó en la *razon*, originándose de aquí tres escuelas consiguientes: la egoista, la sentimental y la racional. Ahora bien: la primera de ellas corresponde á la direccion empírica, sensualista ó positivista, la cual, á la par que afirma los sentidos como única fuente de conocimiento y la observacion y la induccion como único método, proclama como impulso de la vida moral la pasion ó el cálculo, desde Arístipo y Epicúro hasta Helvecio y ciertas escuelas modernas. La última corresponde á la opuesta direccion filosófica, esto es, á aquella que reconoce como fuente de conocimiento la razon y como método la deduccion, y por lo mismo sostiene que la vida moral ha de regirse por principios universales y necesarios, como el del órden universal de los estóicos, el del deber de Kant, el de perfeccion de Leibnitz, ó, por último, el primer principio de Platon, Dios. Corresponde la moral sentimental en la historia del pensamiento principalmente á una escuela que tiene grandes puntos de contacto con el *positivismo crítico*, á la escuela escocesa, la cual afirma como principio moral la simpatía con Adam Smith, la benevolencia con Shaftesbury, el sentimiento moral con Hutcheson.

¿Puede nadie dudar del puesto que al *positivismo* corresponde en estos tres sistemas de moral? Salta á la vista que el *positivismo ontológico* tiene que concluir en la moral que han venido á proclamar todos los sistemas filosóficos que siguen la tendencia de que él es genuino representante en los

tiempos modernos; y que el *crítico* puede, cuando más, coincidir con la escuela sentimental, y esto gracias á que desliga arbitrariamente la ciencia de la vida, encerrando en aquella el conocimiento, entregando esta á la direccion é imperio del puro sentimiento.

VII.

Si estudiamos en general el concepto que del *derecho* tiene el positivismo, encontraremos que en correspondencia con los varios elementos que han contribuido á la formacion de aquella doctrina, se observa una variedad análoga en los principios de esta escuela respecto del órden jurídico y del Estado. Kantianos los principales de sus adeptos, han combinado luego la doctrina del ilustre filósofo de Koenisberg con la evolucion hegeliana, con el principio de Hervat, segun el cual el disgusto de la lucha produce la sed de la paz y ésta la creacion del Estado, con el de Schopenhauer, para quien el derecho es realizacion de la voluntad que mueve al hombre á imprimir en la sociedad el sello de su personalidad, la conocida teoría de la poblacion, de Malthus, y la lucha por la existencia del darwinismo. De aquí la dificultad de juzgar las doctrinas jurídicas del positivismo si se atiende á su contenido independientemente de la doctrina filosófica de la escuela. Mas como lo que importa es examinar la parte de aquellas que es consecuencia lógica de los principios generales del positivismo, limitaremos nuestro exámen á notar y juzgar brevemente las aplicaciones que en este órden pueden tener los de las dos tendencias ó matices que venimos distinguiendo en todo este trabajo.

El *positivismo crítico*, al rechazar todo órden trascendental, se incapacita para reconocer el *derecho* como un principio absoluto, y tiene que caer por necesidad ó en el quietismo ciego de la *escuela histórica*, ó en el continuo é incesante movimiento de la *revolucionaria*. En efecto, cuando se ha negado que la razon sea capaz de conocer los principios absolutos del derecho, queda el hombre privado de guiarse en este órden y de regir su vida aspirando á un ideal de justicia, debiendo por tanto contentarse con *observar* los hechos jurídicos que la historia de la humanidad nos muestra, sin juzgarlos, ni pensar en reformarlos; puesto que para ello carece de criterio, concluyendo así, como la escuela histórica, en la confusion del derecho mismo con el derecho positivo. Pero como este fatalismo histórico es incompatible con la aspiracion ingénita en el hombre á la mejora y al pro-

greso, tiende aquel naturalmente á la reforma de lo existente, y careciendo de principios fijos y estables que le sirvan al efecto de guía y de norma, sustituye aquellos con el interés ó con la pasion y viene á concluir así en lo opuesto al quietismo antes notado, esto es, en la perpétua mudanza no sujeta á ley ni medida.

Además, la negacion de los principios conduce al *positivismo crítico* á incurrir en el error harto extendido de desligar el derecho del orden moral, considerando á aquel como un organismo formal y exterior que no tiene otro fin que mantener en la sociedad por medio de la fuerza el orden, hecho que observamos y que se nos impone con absoluto y necesario imperio. Es decir, que en lugar de hacer derivar de la misma naturaleza humana el principio del derecho y ver la relacion esencial en que éste se dá con los demás fines de la vida, la cual ha de trascender y darse de igual modo en el orden social, el positivismo, atendiendo y observando lo que de comun tiene toda la vida jurídica pasada y presente, encuentra que consiste aquello en mantener el orden para hacer posible la convivencia de todos los individuos en sociedad, ó lo que es lo mismo, el procurar la coexistencia de la libertad de los unos con la de los otros, tal como se ha entendido ésta en los distintos períodos de la historia, y de aquí la simpatía que para muchos positivistas tiene la doctrina jurídica de Kant (1).

El *positivismo dogmático*, aunque por lábios de uno de sus principales adeptos (2) ha formulado en este punto su programa, pidiendo libertad, instruccion y bienestar para todos, no puede ménos de concluir en un concepto del derecho y del Estado análogo al que del sensualismo del siglo pasado dedujo Hobbes. En efecto, si además de negarse el orden trascendental, y por tanto la justicia como principio absoluto, se identifican los dos órdenes de realidad que se dan en nuestra naturaleza, haciendo casi imposible la subordinacion del corporal al espiritual, la sumision del individuo al destino universal de los séres, no puede pedirse al hombre que la abnegacion guie su conducta, ni puede impedirse que sustituyan á aquella el interés ó la pasion, y por consiguiente, en vez de decir *homo res sacra homini*, hay que aceptar con el filósofo inglés como verdades que lógicamente se deducen de tal doctrina el *homo hominis lupus* y el *bellum omnium contra omnes*. Y tan cierto es que la lógica lleva al positivismo á estas conclusiones, que precisamente por esto se ha apresurado

(1) H. Spencer, Wundt, Helmholtz, Huxley, Draper, etc.

(2) Buchner.

á utilizar y á hacer suyos el principio de la teoría de la población, de Malthus, y el de la lucha por la existencia, de Darwin; y así como este ilustre naturalista dice que el estudio de las doctrinas de aquel economista le puso en camino de descubrir la ley que preside á la transformación de las especies animales, de igual modo el *positivismo ontológico* se ha apresurado á aplicar esta ley al hombre y á la sociedad, cosa para él tanto más fácil, cuanto que no encuentra diferencias esenciales entre aquel y los demás animales.

Otras dos consecuencias se derivan lógicamente del conjunto de las doctrinas de esta escuela. Es la una el considerar como lo esencial y característico del orden jurídico la fuerza; otra, el estimar el Estado como un organismo físico sometido en su desarrollo á leyes fatales y necesarias. Es verdad que la *coacción* es un elemento importante de la vida jurídica, porque, constituyendo el contenido de ésta el conjunto de condiciones que son *necesarias* para que sea posible el cumplimiento del destino humano, cuando libremente no se prestan, el Estado las exige por la fuerza. Pero léjos de ser ésta esencial al cumplimiento del derecho, los individuos pueden realizarlo, y de hecho lo realizan en gran parte, sin su intervención, y aunque aquella desapareciera por completo, ó como suele decirse, aún cuando los hombres se hicieran ángeles, no por eso perdería el derecho nada de lo que es en él esencial, puesto que el elemento de la coacción forma parte de él como cosa posible, mas no como necesaria. Prueba de que no constituye la fuerza lo propio y lo característico del derecho, es que cuando interviene, no siempre es capaz de imponer la prestación de las mismas condiciones cuyo incumplimiento ha hecho necesario el apelar á ellas (1). Además, este sentido conduce á la arbitraria separación del orden jurídico y el moral, del ciudadano y del hombre, según la cual la justicia queda satisfecha con que el individuo obedezca á las prescripciones legales de hecho, exterior y formalmente, cualesquiera que sean la intención y los motivos que á ello le impulsan, como si no fuera tan exigido en esta esfera como en las demás de la vida el obrar por motivos puros y racionales.

En cuanto á la consideración de organismo físico atribuida al Estado, después de recordar lo que en otro lugar queda dicho respecto del *determinismo*, de la *evolución* y del influjo del *medio natural* en la vida, nos limitaremos á hacer notar que, si bien es cierto que el positivismo ha prestado un ser-

(1) Como sucede siempre que se sustituye la prestación de las condiciones mismas por una indemnización de daños y perjuicios.

vicio indudable, desarrollando este principio proclamado antes por otras escuelas, contribuyendo así á sustituir con el concepto de organismo el arbitrario mecanismo antes preconizado, olvida que, como ha dicho Arhens, «en la vida social se muestra tambien la superior libertad intelectual y moral en que, mediante nuevos principios, comienzan nuevas séries de hechos que rehacen las condiciones actuales; en esto precisamente se indica el noble y libre carácter del desenvolvimiento del espíritu por oposicion al de la naturaleza, sujeto á leyes de necesidad que en vano, por una falsa analogía, se han querido trasladar á la vida social» (1).

Despues de examinada la doctrina positivista con relacion al concepto del derecho en general, veamos, para concluir, algunas de sus aplicaciones á las esferas particulares que aquel comprende.

Por lo que hace á las dos principales instituciones que regula el llamado derecho *civil*, la familia y la propiedad, haremos notar tan sólo, respecto de la primera, que el positivismo, bajo el influjo de los principios transformistas del darwinismo, ha llegado á formular en esta delicada materia soluciones que arguyen el predominio y aún el exclusivismo del orden físico sobre el moral, y que conducen lógicamente á someter la union que sirve de base á la familia próximamente á las mismas leyes que deben tenerse en cuenta en las uniones de los animales para conseguir el progreso y la mejora de las especies. A este mismo principio obedece la crítica que algunos positivistas hacen, así de las instituciones como de los esfuerzos individuales que tienen por fin amparar á los débiles, en vez de dejarlos que sucumban á manos de los fuertes en la *lucha por la existencia*, que se proclama como una ley de la vida humana. Y en cuanto á la segunda, no es tan conservador como se ha pretendido el punto de vista del positivismo respecto de la propiedad, puesto que, de un lado, si Littré declara que el socialismo es la religion de las clases desheredadas y Herbert Spencer propone una série de reformas en este orden, patrocinadas en parte por Mr. Laveleye, que no pecan ciertamente de meticulosas, aunque se expongan con la discrecion propia de los pensadores ingleses, de otro, como vamos á ver muy pronto, el sentido que preside á la revolucion social, que unos desean y otros temen, no arguye de parte del positivismo esa actitud pacífica y tranquilizadora que se le atribuye.

En derecho penal, toda la doctrina de esta escuela tiene que

(1) *Estado presente de la ciencia política*, pár. II, traduccion de D. Francisco Giner.

conducir necesariamente á afirmar en ella como único principio el del escarmiento y la *intimidacion*. En efecto, no hay que hablar del principio de la correccion, cuya posibilidad es un problema, cuando se desconoce la energía íntima sobre la que ha de obrar aquella, ni de la necesidad de mantener sin interrupcion el imperio del derecho negando con la pena el delito, puesto que todo esto procede de un concepto absoluto de aquél que es para nosotros inasequible, y queda tan solo el principio más arriba indicado, en virtud del cual se impone la pena al hombre como el castigo al animal, para que el recuerdo de la misma aparte al delincuente y á los demás del camino del crimen. Pero no son justos con el positivismo los que le echan en cara este error, y al mismo tiempo defienden, valiéndose del mismo, esto es, de la necesidad del escarmiento y de la intimidacion, penas como la de muerte, último vestigio de aquella penalidad del siglo pasado, en cuya entrada, decia Ortolan, debia ponerse la célebre inscripcion del Infierno del Dante; de esa pena que, al decir de otro escritor, no espera más que el soplo de una hora civilizadora para huir despavorida de nuestros códigos; de esa pena, en fin, que lleva consigo la existencia de un sér, á quien, por más que el legislador se empeñe en llamar ejecutor de la justicia, la conciencia pública no le ha dado ni le dará otro nombre que el nombre infame de verdugo.

Por lo que hace al derecho político, no es posible reducir á unidad las diversas tendencias que se muestran dentro del positivismo. Augusto Comte, defendiendo el tercer imperio francés, y Stuart Mill haciendo lo propio con el sistema constitucional y parlamentario; Proudhon inspirando el sentido que presida á la revolucion social que se anuncia, y Strauss tronando contra el sufragio universal y el cuarto estado, y Littré diciendo que el socialismo es la religion de éste, pero mostrándose resueltamente anti-revolucionario, nos presentan los matices más opuestos y distantes que es posible observar en la vida política contemporánea. Pero, ¿es verdad que el positivismo es por naturaleza conservador, como decia un orador en el Ateneo y que, como afirmaba otro, es genuino representante del orden sin que nunca haya sido causa de desastre alguno? Ya hemos dicho que el *positivismo crítico* tiene grandes puntos de contacto con la escuela histórica, y en tal concepto claro es que, no pudiendo caer en la tentacion de correr tras de ideales en cuya existencia no cree, ha de ser, no ya conservador, sino empírico y tradicionalista y defensor del *statu quo*, concluyendo por cerrar la puerta á toda clase de reformas, ya que carecemos de criterio para llevarlas á cabo, dándose por contento con las que impongan el

instinto que fatal y necesariamente mueve á las sociedades. Pero aparte de lo erróneo de tal doctrina, es el caso que, según hemos visto en otro lugar, la ausencia de principios puede producir el efecto contrario, esto es, el continuo é incesante movimiento á que quedan entregados los pueblos cuando se les priva de aquel elemento fijo y permanente que les sirve de norma y de guía y que da estabilidad y consistencia á las civilizaciones. Además, semejantes afirmaciones están contradichas por la historia. ¡Que el positivismo no ha tenido verdugos, mientras que la religion y la metafísica han derramado la sangre á torrentes! Quien tal dijo, olvidaba, no sólo sucesos recientes que es doloroso recordar, sino también la obra, en este orden de hechos, del sensualismo del siglo pasado, precedente histórico del moderno positivismo, correspondientes ámbos á la misma tendencia y dirección filosófica. Desgraciadamente, es verdad que la religion y la filosofía han tenido verdugos, pero también lo es que han tenido mártires, y estos sólo son posibles cuando hay fé en una creencia, en un principio, en algo superior y trascendental, pues sólo entónces el hombre se siente capaz y obligado á sacrificar su personalidad en aras de un bien absoluto y supremo, mientras que en el caso contrario no se encuentra la razón en qué apoyarse para exigir de él que sacrifique su cuerpo á su espíritu, su existencia toda á la verdad, á la justicia, á la humanidad, ó á aquel en quien tienen su razón y fundamento todos estos santos principios.

VIII.

El concepto que el *positivismo* tiene del derecho, del Estado, de la sociedad, así como de las leyes que presiden al desarrollo de esta, viene á mostrarse en el sentido con que en la esfera de la ciencia y en la de los hechos aspira á resolver el llamado *problema social*. Producido éste por el advenimiento del cuarto estado á la vida, en cada una de cuyas esferas aspira aquél á penetrar, es por esto mismo complejo y tiene tantos aspectos como órdenes se dan en la actividad humana; puesto que de lo que se trata es de arrancar á ciertas clases de brazos de la ignorancia, del vicio, del fanatismo y de la impiedad, de la injusticia y de la miseria. Pero de todos estos aspectos los predominantes hoy son el jurídico y el económico; y entre ellos lo es más el último, porque, si no implicaran contradicción los términos, podría decirse que en él es posible el mal absoluto, puesto que el hambre y la miseria terminan en la inanición y la muerte; mientras que,

por el contrario, nunca el hombre está desprovisto por completo de ciencia y de virtud; nunca deja de sentir en su conciencia la voz de Dios, por impío ó fanático que sea; ni nunca, por último, deja el Estado de reconocerle una parte mayor ó menor de sus derechos.

Veamos, por tanto, el género de influjo que está produciendo la tendencia *positivista* en la ciencia económica, examinándolo con relacion á algunas de las escuelas que se dividen el campo de aquella: la *realista*, la *socialista* y la *individualista*.

En otra ocasion (1) hemos hecho notar cómo apareció en Alemania la *escuela histórica* con relacion á los estudios económicos, al modo que nació, con relacion al derecho: esto es, como reaccion y protesta contra la tendencia idealista ó especulativa. Ahora bien; el *positivismo* ha venido á favorecer aquel sentido y direccion; en cuanto la desestima de los principios, lleva consigo naturalmente el volver la vista hácia los hechos, ó sea hácia la historia. Las consecuencias de esta direccion del pensamiento son las mismas en el órden económico que en el jurídico. Si los economistas que la patrocinan se limitaran á recabar para la historia la consideracion y el carácter de verdadera ciencia que se niegan á reconocerle los idealistas, y á hacer valer la importancia que tienen los hechos en que han de encarnar los nuevos principios que la raza descubre, para que, mediante la union de los unos con los otros, la vida se desenvuelva conforme á la ley de sucesion y continuidad, evitando así todos los graves inconvenientes que se producen cuando los pueblos prescinden de uno de estos dos elementos, es decir, de la tradicion ó del progreso, ciertamente que no merecerian sino elogios los que se afanan por escrudiñar el pasado para poner de manifiesto la naturaleza y valor real de la presente vida económica, y por mostrar la comprobacion histórica de las leyes que la rigen. Pero las pretensiones de la *escuela histórico-realista* van más allá. Para ella, los principios que otros economistas afirman con carácter absoluto, deduciéndolos de la naturaleza humana en su relacion con el órden económico, son puras abstracciones que ni debemos ni podemos tomar como guías é ideales para dirigir la vida ulterior en el sentido que ellos nos muestran; para ella el modo de ser particular de la vida de cada país es en cierto modo algo que está fuera del alcance de toda modificacion y

(1) *Estudios económicos y sociales*, Madrid, 1876. Pueden verse los referentes al *Carácter y naturaleza de la ciencia económica*, *El problema social*, *El positivismo y la ciencia económica*.

reforma, puesto que, negando el carácter absoluto de los principios, no estiman que ninguno de ellos pueda aplicarse por igual á todos los pueblos; en una palabra, esta escuela desconoce todo el orden social, y por tanto afirma, como ántes lo hicieran Savigni y sus adeptos con relacion al derecho, que el desarrollo de la vida económica ha de abandonarse al movimiento natural y espontáneo determinado por el instinto de los pueblos.

Viniendo ahora al influjo que el *positivismo* está ejerciendo en la escuela *socialista*, ya hemos dicho que suele presentarse aquél en su relacion á la vida política y social como un sistema naturalmente conservador, favorable al orden, y con tendencias al individualismo, en cuanto no puede correr el riesgo de caer en la utopia, puesto que niega la existencia de esos principios á cuya realizacion aspira el idealismo. Pero aparte de que, cuando no se afirman aquellos, ni los individuos ni los pueblos se mantienen en la abstencion puramente crítica, sino que lo que hacen es inspirarse en algo que está muy por bajo de las ideas, como el interés, la pasion, etc., lo que pasa ante nuestros ojos muestra la inexactitud de aquella aseveracion. En primer lugar, en la esfera del pensamiento, si bien es verdad que encontramos individualistas positivistas, no lo es ménos que los hay socialistas. A lo que en otro lugar queda dicho, acerca de la tendencia mostrada en este punto por Littré y Herbert Spencer, añadiremos que Stuart Mill, que escribió un libro sobre la *libertad*, que fué considerado por muchos, no por todos, como el evangelio del individualismo, más tarde modificó sus ideas, y en su auto-biografía se llama á sí propio *socialista* (1); y que otros economistas, sobre todo en Inglaterra, siguen esta tendencia separándose cada vez más de la famosa doctrina del *laissez faire*, y aspirando, á veces con un recto sentido, á completarla mediante un concierto con las aspiraciones socialistas.

Y si ahora echamos una mirada á la esfera de los hechos ¿puede nadie poner en duda que el positivismo es la doctrina que priva entre las masas, en el cuarto estado, y que el espíritu del célebre Proudhon preside á los esfuerzos que aquel hace para llevar á cabo la realizacion de sus propósitos? Muéstrase que así es en algunos de los caracteres generales que tiene todo este movimiento y que examinaremos más adelante.

(1) Es verdad que por ello le hace un cargo Mr. Cairns, teniendo en cuenta el sentido que se da usualmente en la vida comun á los términos *socialismo* y *socialista*.

Hay tambien, por último, *positivistas individualistas*, esto es, de los que resuelven el problema económico con el criterio de la libertad, con la fórmula del *laissez faire*; pero, ¿es idéntico su sentido al de la antigua escuela fisiócrata, economista ú ortodoxa, como la denomina Mr. Laveleye? Hay una diferencia esencial que procede del modo como concibe la vida el positivismo. La escuela economista defendia, en frente de la organizacion artificial dada por el Estado al órden económico, la existencia de lo que denominaba régimen natural de las sociedades, afirmando que el juego libre de la actividad de los individuos producía la armonía que en vano se buscaba por otros caminos. De aquí resultaba que en el fondo de su doctrina habia tal *optimismo*, que por ello se les hacia un cargo por las demás escuelas; y cuando los socialistas trataban de mostrarles cómo la concurrencia conducía necesaria y fatalmente á la ruina del débil, que era aplastado por el fuerte, los economistas procuraban demostrar cómo la libertad industrial producía el efecto contrario, puesto que, bajo esa aparente lucha de intereses, se realizaba un progreso favorable á todos, y quizás más aún á aquellos á quienes tomaba el socialismo bajo su proteccion. No es este el sentido de los que podemos llamar economistas positivistas. Mantienen la necesidad de la libertad industrial y no piden otra cosa al Estado que la consagracion de aquella; pero es porque consideran la sociedad como un organismo físico, el cual, como todos los de este género, se desenvuelve conforme á leyes fatales. Mas lejos de creer que la vida que el movimiento espontáneo de los pueblos ha de producir, será la mejor que podríamos apetecer, estima, por el contrario, que la guerra y la contraposicion de intereses son inevitables: en una palabra, que la vida humana, como la animal, está sometida á lo que los naturalistas han llamado *concurrencia vital y lucha por la existencia*; de donde resulta que si el fuerte aplasta al débil, no solo es esto irremediable, sino á la postre un bien. Esta es al ménos la consecuencia lógica á que conduce el principio biológico que los positivistas afirman con relacion á todo sér orgánico.

Ahora bien, importará poco esta diferencia cuando se trata de las soluciones prácticas á que deba llegarse en lo referente á las relaciones entre el Estado y el órden económico, puesto que unos y otros están conformes en reclamar de aquel tan sólo la libertad; pero no es de poca monta cuando pretendemos organizar libremente esta esfera de la actividad dentro de las condiciones que el Estado garantiza. Ciertamente que no es lo mismo pensar en hacerlo, inspirándose en un optimismo generoso, que en un sombrío pe-

simismo; pues que en el primer caso parece como que el hombre camina de concierto con las leyes de la vida á la par que con sus nobles aspiraciones á un mayor bien individual y social, mientras que en el segundo viene á estrellarse contra lo que es un conflicto permanente que tiene su origen en la naturaleza misma del hombre y de la sociedad.

Pero si queremos ver cuáles son las tendencias generales del sentido con que el positivismo aspira á resolver el *problema social*, bástanos atender al impulso que mueve á la famosa *Sociedad internacional de trabajadores*, y al espíritu que se revela en sus soluciones y en su conducta. No participamos, en verdad, de la preocupacion de aquellos que, ofuscados por el espíritu de secta ó de partido ó por el estrecho y egoista interés de clase, consideran aquella sociedad como una partida de bandoleros, cuya existencia no puede ser reconocida por el Estado y á cuyas pretensiones debe imponerse silencio, y, cuando este no fuere bastante, ahogarlas por la fuerza. Creemos, por el contrario, que es un deber en todos los partidos y en todas las clases el estudiar con espíritu sereno é imparcial lo que pueda haber de justo y racional en las aspiraciones del cuarto estado en lugar de dejarse dominar por la impresion que en el ánimo producen sus errores y sus faltas, aunque lleguen aquellos al absurdo y estas al crimen. Pero reconociendo en el proletariado su derecho á que la ley respete y garantice sus asociaciones y en la sociedad el deber de atender á las quejas que formula y á los remedios que propone, estimamos que todo hombre imparcial está obligado á discernir, así en aquellas como en estos, lo que tienen de justo y practicable y lo que de utópico é injusto.

Ahora bien; en todo este movimiento socialista se descubren tres caractéres que son otros tantos peligros que en su seno lleva la democracia moderna. En primer lugar, decia un orador del Ateneo, el *socialismo* moderno es *individualista*, términos que parecen inconciliables, pero con los que se queria dar á entender que no se trata hoy de sacrificar el individuo á la pátria, por ejemplo, como lo hiciera Esparta á la ciudad, como lo hiciera Roma; que el socialismo actual no se inspira en un principio ó idea, no afirma como lo primero el todo social, ante el cual debe desaparecer el individuo, sino que, por el contrario, es una agrupacion de estos la que aspira á constituirse en centro de la vida. Ahora bien; esto conforma con el sentido positivista, puesto que lo que hace es sustituir el *principio*, que es absoluto, con el *interés* de clase, que es relativo.

En segundo lugar, animado por un *espíritu revolucionario*,

el proletariado preconiza la *guerra* (1), y, mediante ella, espera llegar al logro de sus aspiraciones. ¿De dónde procede esta tendencia? De una parte, de que, desconociendo que la razón puede descubrir al hombre nuevos procedimientos para determinar la mejora y reforma de las instituciones sociales y económicas, los cuales, aunque no tengan su consagración en la historia, pueden ser los únicos justos y debidos, se busca enseñanza en el pasado para imitarlo, considerando que la repetición de un hecho á través del tiempo, autoriza á constituirlo en ley permanente de la vida; y como en todo el trascurso de la historia humana encontramos las luchas de clase y el empleo de la fuerza, de aquí se induce la justicia y la conveniencia de mantener aquellas y servirse de ésta. De otra, procede de que se aplica á la vida social el principio ó ley llamado por los naturalistas la *concurrència vital*, la *lucha por la existencia*; y se hace esta aplicación, porque, no sólo se considera la sociedad como un organismo, sino que se le identifica con los naturales, así como se llega á borrar en el hombre el dualismo de cuerpo y espíritu afirmando una sóla esencia sometida á las mismas leyes, y, por tanto, á la expresada más arriba.

De aquí también el tercero y último de los caracteres que muestra este movimiento. El socialismo moderno no pretende que la sociedad vuelva á organizarse constituyendo al Estado en supremo rector de la vida, al modo que lo estaba en el antiguo régimen, antes de caer á impulsos de la revolución; pero, afirmando esto y llegando á veces hasta á proclamar como ideal la *anarquía*, el hecho es que, en realidad de verdad, lo único que se hace es trasportar la cuestión cambiando tan sólo los términos en que se formula y se resuelve. Si el cuarto estado preconiza la fuerza como medio de destruir la organización social existente y de crear además otra nueva, ¿en manos de quién va á depositar este poder, esta autoridad, que ha de mantener la constitución que se pretende dar á la sociedad? Claro es que en el fondo de todo esto no hay más que una transformación del Estado, el cual habría de procurar la permanente subsistencia del nuevo orden de cosas que se creara. Y como este, por los principios que le inspiran, y por las soluciones en que se formula, es incompatible con el *sentido liberal* que ha venido presidiendo hasta aquí á la Revolución, resulta que es muy de temer que,

(1) De Maistre, Hegel y Proudhon son los que en primer término han santificado la guerra en nuestros tiempos. El conde de Bismark ha realizado en la práctica los principios de Hegel. ¡Ojalá no haga lo propio el proletariado con los de Proudhon!

en vez de concertarse con aquel el que ha de guiar en lo sucesivo la vida política y social de los pueblos civilizados, completándolo y no negándolo, venga á retroceder en cierto modo incurriendo en errores de tiempos pasados, y destruyendo ciegamente y sin discernimiento la obra llevada á cabo por nuestros padres en todo un siglo de lucha y de trabajo. Es decir, en suma, que por este camino no se llegará á la apetecida armonía á que se aspira por algunos, así en la esfera de la ciencia como de la vida, entre la *organización* que pide y á que aspira el socialismo, y la *libertad* que con tanto ardor defiende el individualismo como conquista ya realizada.

Examinado el influjo que la tendencia positivista en sus dos principales matices ejerce y puede ejercer en la vida religiosa, en la moral, en la jurídica y en la social, nos resta tan sólo, para concluir, examinar en conjunto qué bienes y qué males puede producir para la civilización moderna aquel poderoso movimiento, y cuál puede ser en lo porvenir su destino en relación con otros sistemas y escuelas filosóficas.

IX.

Segun hemos visto, el *positivismo* es ante todo un *método*, punto en que están conformes todos sus adeptos, solo que mientras los unos, fieles á esta afirmación, se encierran en el problema *lógico*, otros, sabiéndolo ó no (1), plantean y resuelven el problema *ontológico*. De aquí los dos matices que hemos tenido en cuenta en todo nuestro estudio: el *positivismo crítico* y el *dogmático*. ¿Qué es lo esencial de la doctrina del uno y del otro? De la del primero el declarar que sólo nos es dado conocer el *hecho* ó *fenómeno*, siendo lo que se supone existente más allá de éste, el *noumenos* ó una abstracción sin realidad, ó una cosa incognoscible; que, por tanto, no hay para el hombre otra fuente de conocimiento que la *observación*, ni otro método que la *inducción*, ni otros principios que las *leyes* que por este camino llega á afirmar, ni otra filosofía que aquella cuyo contenido lo constituye el resultado de una *generalización* sobre los hechos.

El *positivismo dogmático*, partiendo de este mismo punto de vista metodológico, se diferencia del crítico en que, en vez de declarar sin existencia ó incognoscible el *noumenos*, afirma como fundamento de los hechos todos una sola esencia y

(1) La doctrina de la *evolución* es en cierto sentido una solución al problema ontológico; y sin embargo, muchos de los que la patrocinan pretenden no abandonar el punto de vista *crítico*.

sustancia, la *materia*, concluyendo de este modo por negar, así en el hombre, como en la realidad toda, el dualismo de cuerpo y de espíritu, y como consecuencia, el sér, que es de ámbos razón y fundamento.

¿Qué peligros entraña este sentido positivista? ¿Qué bienes puede producir? Examinemos uno y otro extremo bajo el doble punto de vista de la solución que da al problema *crítico* y al *ontológico*.

Por lo que hace al método, este sistema puede producir un bien real; en cuanto, al empujar la investigación científica por el camino de la observación y de la experiencia, presta un gran servicio en varios respectos; primero, recabando para la historia el puesto que le corresponde entre las ciencias; segundo, aprovechando todas las enseñanzas que encierra el pasado de la vida humana para tenerlas presentes al estudiar y tratar de mejorar lo presente, y tercero, sirviendo de moderador á la impaciencia de aquellos que pretenden realizar inmediatamente y de golpe las reformas, sin atender lo bastante al estado actual determinado por los *hechos* presentes y pasados, que ha de servir de punto de partida para las modificaciones ulteriores conforme á la ley de sucesión y continuidad que rige á la vida en todos sus órdenes. Pero al mismo tiempo el predominio y el exclusivismo de esta tendencia puede acarrear los siguientes peligros: primero, que al desconocer el valor de los principios, se cierra naturalmente el camino á la afirmación de un ideal en todas las esferas de la actividad; segundo, privados de criterio para discernir en la historia lo necesario de lo accidental, podemos fácilmente incurrir en el error de procurar la permanencia ó repetición de instituciones ú organizaciones que tuvieron su razón de ser en el pasado y que no la tienen en el presente, y tercero, que el punto de vista crítico ó excéptico puede conducir á los espíritus científicos á la *abstención*, y por tanto, no sólo á la paz, sino al quietismo; pero no es fácil imponer semejante discreción á las clases sociales, las cuales, al moverse y agitarse, necesitan inspirarse en algo, y si éste algo no es un *principio*, en su lugar ponen un *interés*.

Más graves son en verdad los peligros que entraña el *positivismo dogmático*, puesto que además de los que lleva consigo su punto de vista en el problema lógico, igual ó análogo al del *positivismo crítico*; al afirmar como única sustancia la materia, como único sér real la naturaleza, y al negar, no ya la posibilidad de conocer lo absoluto, sino que éste tenga existencia y realidad, ni siquiera deja, á diferencia de aquel, la posibilidad de penetrar en aquel orden trascendental y misterioso bajo el ministerio del sentimiento y de la fantasía. De

aquí su enemiga á la par á la religion y á la metafísica, que aspiran á conocer ese órden absoluto, la una predominantemente por el camino de la reflexion, la otra bajo el impulso tambien predominante de la fé y la inspiracion. Ahora bien; sin desconocer los servicios que el *positivismo ontológico* está prestando, en cuanto es una protesta enérgica contra los abusos de la especulacion y los extravíos del idealismo, ha continuado la obra iniciada en el renacimiento de la rehabilitacion de la naturaleza, y, por último, merced al gran adelanto y perfeccionamiento del método experimental, ha dado un poderoso impulso á las ciencias naturales, así como merced á su exclusiva atencion á los *hechos*, ó sea á la *vida*, ha contribuido en gran manera á la formacion y desarrollo de la biología; sin desconocer estos servicios, repetimos, el gravísimo peligro que entraña esta doctrina para la civilizacion moderna nace de su actitud hostil en frente de la religion y de la metafísica.

En efecto, basta atender al camino que ha llevado el desarrollo de la vida humana, tal como nos lo muestra la historia, para comprender que las dos fuerzas vivas, las dos energías que determinan hoy la marcha de la civilizacion, son la religion y la filosofía, que por esto, como se ha dicho con razon, comparten hoy *la cura de almas* en los pueblos civilizados. Distínguense en la historia humana, en lo que podemos llamar su segunda edad dos períodos, el primero de los cuales se caracteriza porque durante él va el hombre desarrollándose sucesivamente en cada uno de los órdenes de la actividad, y de aquí el predominio de la religion en Oriente, la obra que en la esfera de la filosofía y del arte lleva á cabo Grecia, el derecho que por vocacion especial desenvuelve y formula Roma, la moral que predica el cristianismo y los nuevos elementos jurídicos que aportan los bárbaros, además de ser el cuerpo vírgen en que habian de encarnar los principios sanos de la antigua civilizacion y los que traia á la vida la nueva. En el segundo período vemos que todo lo producido en el anterior vá uniéndose y componiéndose; primero, entrando en lucha las tres civilizaciones que fueron las últimas á producirse en aquel, esto es, la *romana*, la *cristiana* y la *germana*; despues, en el renacimiento combínase con aquellas la *griega*; y, por último, en los tiempos actuales la ántes misteriosa historia de *Oriente* deja de ser un enigma indescifrable, y la humanidad estudia y estima el valor real de aquella civilizacion que fuera en otro tiempo tan despreciada. Resulta de aquí que en la época presente el hombre ha venido, por decirlo así, á poner á contribucion la obra producida por todos los pueblos en el largo trascurso de la historia,

utilizándola toda y sirviéndose de ella mediante esta gran ley de la division del trabajo, que permite que lo llevado á cabo por cada raza y cada siglo lo aprovechen otros siglos y otras razas, resultando de este modo la obra de la vida como un todo realizado por un sér, por la humanidad.

Pero al lado de este elemento *tradicional*, que es una de las bases fundamentales en que se asienta la civilizacion moderna, hay otro *nuevo* que aspira á encaminar la vida por sendas antes desconocidas, sin renegar por eso del valor real de las civilizaciones pasadas y sin renunciar á tomarlas como punto de partida y como cuerpo en que han de encarnar los nuevos principios, para que la historia vaya así desenvolviéndose de un modo sucesivo y continuo. Esta nueva fuerza, esta nueva energía, es la filosofía; la cual, sometida á la teología, durante la Edad Media, sacude el yugo con el renacimiento, y afirma su completa independencia con Bacon y con Descartes; la filosofía, que desde entónces, merced á la revolucion que estos dos génius llevan á cabo en la cuestion fundamental del método, produce en correspondencia con esta, otra no ménos trascendental en las ciencias de la naturaleza, del espíritu y de Dios; la filosofía, que, descendiendo luego de la teoría á la práctica, de la ciencia á la vida, ha dado al hombre nuevos principios respecto del modo como ha de regir aquella y de los ideales á cuya realizacion debe aspirar, engendrando así en el modo de concebir los destinos del individuo y de la sociedad nuevos criterios y puntos de vista que son en gran parte los que presiden en nuestros dias á la marcha de los pueblos civilizados. De aquí el carácter propio del período presente, el cual se nos presenta como una crisis total entre la tradicion toda y estas nuevas y universales aspiraciones, entre un mundo que nace y un mundo que muere; dando así lugar al hecho que ha llegado á dar nombre á la época actual, las revoluciones (1).

Pues bien; si de lo dicho resulta que la civilizacion moderna es resultante de estas dos fuerzas, del impulso determinado por la filosofía y del producido por la historia, representada principalmente por el cristianismo, ¿puede ocultarse á nadie la gravedad del peligro que para aquella entraña una

(1) Sólo los preocupados en uno ú otro sentido pueden dejar de ver la existencia real de estos dos elementos de la civilizacion moderna. Quien dude del valor real del *tradicional*, que eche una mirada á la vida social y diga si son algo en ella el Jehová de los hebreos, la Filosofía de Platon y de Aristóteles, el derecho de Roma y la Moral cristiana; y quien dude de la energía y poder del elemento nuevo y *progresivo*, inquiera por qué todos reconocen el influjo de la Filosofía, aunque vean en su obra, unos la inspiracion de Dios, y otros la de Satanás.

doctrina cuyo programa se resume en esta frase: guerra á la religion y á la metafísica? Este es, sin duda alguna, el mal mayor y el que los resume y comprende á todos, que puede producir el positivismo moderno, puesto que, en medio de la profundísima y trascendental crisis que atraviesa la humanidad, intenta privar á esta de los dos elementos cuya composicion y armonía á que con frecuencia ha precedido la lucha, constituyen el asiento y la base sobre que descansa la vida individual y social en nuestro tiempo.

Otros peligros encierra el positivismo que, procediendo de una circunstancia, hasta cierto punto casual, puede ser de graves consecuencias, aún contra la voluntad de los mantenedores de aquella doctrina. Desgraciadamente existe en la sociedad un vicio á que en la vida comun y en lenguaje usual denominamos tambien *positivismo*, vicio harto frecuente en los tiempos actuales y en que incurren todos cuantos desconociendo el fin sustantivo y propio de la ciencia, mancillan la dignidad de esta, convirtiéndola en puro medio para obtener un provecho ó para dar satisfaccion á una vanidad personal; todos cuantos, consagrados al arte, profanan su divino ministerio, inspirándose tan sólo en el *pane-lucrando*; todos cuantos, apellidándose cristianos, léjos de mostrar en su conducta la abnegacion y el desinterés, á que aquel nombre obliga, se dejan dominar por el más repugnante egoismo; todos cuantos, invocando la santidad del derecho y de la justicia, convierten la autoridad y el poder, que para bien de los pueblos ha puesto Dios en sus manos, en medio de dar satisfaccion á mezquinas pasiones personales ó de bandería; todos cuantos, por último, teniendo siempre en sus lábios el nombre de Dios y de la religion, viven como si en aquel no creyeran, resultando así al parecer piadosos, en realidad ateos. Entre este *positivismo egoista, práctico, mundanal, grosero*, y el positivismo científico, erróneo en verdad, y por eso le combatimos, pero generoso, bien intencionado, hay verdaderamente un abismo. Pero la escuela positivista debe tener muy presente esta lamentable coincidencia de nombre, porque aunque pese á sus adeptos, las consecuencias que se desprenden de las soluciones dadas por el positivismo á problemas trascendentales que tanto importan al hombre, viene á favorecer el vicio notado, puesto que este no consiste en resúmen en otra cosa que en prescindir de los *principios* en el régimen de la vida, y claro está que no es el medio oportuno y adecuado de salirle al encuentro para corregirlo, el proclamar el *hecho* como única cosa que al hombre es dado conocer. Esta circunstancia obliga á los científicos que siguen esta tendencia filosófica, á mantener siempre abierto el abismo

que separa al positivismo *doctrinal* del positivismo *práctico*, porque así como no es de temer que incurran en el segundo los sábios que generosa y desinteresadamente consagran toda su actividad á las investigaciones científicas, y en cuyo espíritu habla siempre y es escuchada la voz de la conciencia, que obliga al hombre recto y severo á ser inconsecuente con la doctrina que como científico afirma, en cambio es manifiesto el peligro de que en medio de la vertiginosa rapidez con que el positivismo se extiende y desarrolla, con la *turba multa* que se aliste bajo sus banderas se confundan aquellos que están siempre espiando las circunstancias que puedan favorecerles para encubrir su menguado egoísmo con la capa de una escuela ó sistema doctrinal (1).

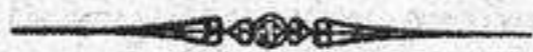
Resulta de todo lo dicho, que el *positivismo* está llamado á producir bienes reales en la esfera de la ciencia y en la de la vida, y que á la par encierra gravísimos peligros con relacion á la una y á la otra. ¿Será posible que estos desaparezcan viniendo así aquellos á acrecentarse y realizarse? Ciertamente que sí: el positivismo puede servir á la causa de la civilizacion y del progreso, si en vez del punto de vista exclusivo que adopta y de su sistemática desconfianza respecto del opuesto, cede de sus pretensiones y busca la conciliacion entre elementos, principios y métodos, que, lejos de ser antitéticos, pugnan por encontrar una armonía que la humanidad presiente en medio de esta grave y profunda crisis de los actuales tiempos, que, segun hemos dicho, es como la característica de la civilizacion moderna. Dentro de la misma escuela positivista nótanse ten-

(1) En este punto es preciso evitar igualmente dos descaminos. Consiste el uno en echar en cara á los mantenedores de un sistema todas las consecuencias que lógicamente se deduzcan de su doctrina, aunque ellos no las adopten ni las profesen; presentarlas mostrándose en la vida, aún cuando no hayan descendido á ella todavía de la esfera de la ciencia, y concluir, como resultado de todo, por rodear á la escuela que se combate y á sus adeptos de cierta atmósfera y de cierto colorido, que les procura un descrédito inmerecido, lo cual no es, en nuestro juicio, ni leal, ni lícito. Consiste el otro en pretender contestar á las consecuencias prácticas que se deducen de una doctrina con la conducta de sus mantenedores, que muestran en su vida pura y honrada otras muy distintas, olvidando que esto interesa á las personas, pero no á los sistemas. De Malthus se ha dicho que *il valait mieux que ses idées*, y de los positivistas que tenían perdida la cabeza y sano el corazón; y el que esto escribe ha tenido ocasion de oír á un deudo de Darwin hacer un cumplido elogio de las bellas cualidades y prendas de carácter del ilustre naturalista; de lo cual se deduce que para juzgar al individuo debemos atenernos á los *hechos* que practica y no á los *principios* que profesa, estimándole por la dignidad de su conducta y no por la secta, escuela ó partido á que está afiliado; pero al mismo tiempo no debe olvidarse que las inconsecuencias de las personas, ni las felices, ni las desgraciadas, pueden influir en el juicio de las doctrinas, ni servir de obstáculo á que se deduzcan de estas todo cuanto de ellas lógicamente se desprenda.

dencias á buscar esta armonía y composicion; pues que algunos de sus más ilustres mantenedores como Hæckel, por ejemplo, aspiran á encontrarla en el problema lógico, esto es, entre la induccion y la deduccion; otros, como Lewes, despues de haber declarado cruda guerra á la metafísica, han tomado más tarde su defensa, pareciendo así que se trata de resolver la supuesta antinomia entre la filosofía y la ciencia.

Y al paso que hay quienes no ocultan su simpatía hácia las soluciones del positivismo ontológico, otros, como Schiff condenan enérgicamente el dogmatismo materialista y ateo, ¿Qué indican estas aspiraciones, estas reservas, estas protestas? Que por encima de todas las preocupaciones de escuela y de todos los prejuicios doctrinales, y sobreponiéndose á ellos, se deja oír siempre en nosotros la voz que mantiene vivo en el espíritu del hombre, el perpétuo afan de lo infinito, el ánsia eterna de lo absoluto.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.



CORRESPONDENCIA DE ALEMANIA. ⁽¹⁾



(EL POETA AUSTRIACO ANASTASIO GRÜN.)

SR. DIRECTOR.

Mi distinguido amigo: Esta correspondencia la dedicaré á un hijo de las montañas, de elevada estatura y de ánimo noble, al Beranger austriaco, al otro Ulrico de Hutten, á la alondra de la libertad austriaca, que levantaba su vuelo en la atmósfera purificada por el temporal de la revolucion de Julio, á un ilustre bardo, estadista y patriota, á un heraldo de los derechos del pueblo, á un jefe parlamentario, á un veterano del partido progresista, aquel partido que en Alemania se precia de los nombres de Uhland y de Freiligrath, y que en España, segun dijo Castelar en la sesion del Congreso de los Diputados del 6 del presente, "erigió la tribuna de la elocuencia, y bajó como Moisés del Sinaí, trayendo las tablas de nuestro derecho en las manos;

(1) Por abundancia de artículos no hemos podido publicar antes esta bella carta de nuestro corresponsal en Alemania.

con la voz de Torrero y de Argüelles trajo el verbo de la civilización á nuestro seno; con la lira de Quintana y de Cienfuegos derramó la poesía moderna á nuestra mente..... y que por eso ha dejado su nombre inmortal en los horizontes de la historia, desde donde anima, como el sol á los planetas, con el calor de su bendita luz en nuestros apagados corazones el vívido sentimiento de la justicia y del derecho."

Esta carta la consagraré á un venerable anciano en que late el buen corazón de Austria, á un hombre bendito que, no pareciéndose á los ancianos regañones, cansados y débiles, pintados por Ciceron en su escrito *De senectute*, hace prueba hasta en su senectud de aquella fantasía poética que le distinguía ya hace medio siglo; á un varon afortunado que, sin haber perdido la mínima parte de su vigor, ha alcanzado la cumbre de la vida, siendo freseo, robusto y verde como sus cantos. Hablo del conde *Antonio Auersperg* que se dió á conocer como poeta bajo el pseudónimo de *Anastasio Grün*, y que cual vate de la libertad se parece á aquellos mensajeros solitarios que en el alba, cuando apenas canta el gallo, imprimen en el invierno las primeras huellas en los caminos que de noche cubria la nieve. Acerca de él dice el poeta austriaco Roberto Hamerling, el inspirado autor de *Asha-vero* y de *El rey de Sion*: "Del huerto de los cantos de *Grün* la libertad cogió atrevida un brillante *Immergrün* (una clemátide) para los estandartes de su lucha. Y la verdura tan serena de aquel *Immergrün*, adorno de la bandera más bella, sobrevivirá á los batalladores, á la batalla y al pendon, y así como adorna la frente del vencedor, ha de ceñir tambien cual siempre viva la cabeza de los finados. Los cantos preceden á las hazañas en la pompa triunfal, y aquellos resonarán aún despues de acabadas estas. Se rompieron la lanza de Priamo y el venablo del heróico Aquiles, pero aún levántase con esplendor de oro el arpa de Homero. Así vivirá tambien lo que cantaba *Grün*, porque lo cantaba un maestro, y porque su canto tiene un sonido de oro."

La musa del ilustre conde, aún cuando se mezcle entre el pueblo, viste siempre un vestido de gala. Y para acendrar en pocas letras y en una sencilla imágen lo que sus aplaudidas composiciones sean y valgan, diré que traen blason y corona.

El conde *Antonio Auersperg*—ó si Vd. prefiere llamarle con el nombre con que vive y se perpetúa en la fama cual poeta—*Anastasio Grün*, el bardo para quien la libertad fué el culto de toda su vida, nació en Krain (provincia del imperio austriaco) en el mes de las tormentas primaverales que con el aura de la libertad despierta los lozanos botones en el arbusto y la voluble mariposa en el reptil. Celebróse su septuagésimo cumpleaños el 11 de Abril, rindiéndole su homenaje con motivo de aquella fiesta, no sólo de la literatura y de los literatos, sino de todos los que participan de intereses verdaderamente ideales, así los representantes de las universidades y de las comunidades, como los ministros de la opinion y los hijos de Apolo. Uno de estos, el poeta austriaco Julius von der Fraun, dedicó al Nestor de los vates de su patria el libro de sus poesías *Cuchillos toledanos* (*Toledaner Kligen*). La juventud académica de Viena festejó ya anticipadamente los dias de su bardo favorito, pero el vaso adornado con flores primaverales se rompió en sus manos, y sus pos-

treras gotas se derramaron, cual libacion en una tumba abierta. Pues con los últimos ecos de júbilo, mezclóse la nueva de la muerte de *Freiligrath*, y sólo con haber rendido un tributo de respeto y admiracion á éste que en cada una de sus poesías se erigió un *monumentum acte perennius*, los austriacos reconquistaron el derecho de continuar las interrumpidas fiestas en honor del vivo, en obsequio del descendiente de una ilustre estirpe cuyos anales llenan ejemplos de bizarros caudillos, nobles obispos y magnánimos estadistas.

En las mocedades del conde, en los primeros estudios del jóven Antonio cayó el despecho secreto producido por el despotismo reinante en su patria durante el gobierno de Metternich. El Austria de entónces respiraba sólo por los cantos de sus poetas.

Los vates alemanes; si no fueron los heraldos de los acontecimientos, han corrido al paso de estos batiendo sobre el escudo sonante de su tiempo. Y aún resuenan los golpes poderosos que salieron del jóven conde.

No ha tomado éste por asalto como Herwegh ó como Redwitz con un sólo libro de cantos un puesto glorioso en la literatura; pero, gracias á la extraordinaria energía del vate, no hay grande distancia en las etapas de sus victorias. A las *Hojas de amor* que publicó en 1830, siguieron en un sólo año *El último caballero* y *Los paseos de un poeta vienense*, y con estos últimos el esforzado poeta logró acercar á sus lábios la copa de la gloria. Consiguió ver impresas sus poesías en Stuttgart bajo la égida del baron de Cotta, editor de Schiller y de Goethe, que no publicaba sino raras veces composiciones de autores modernos, y á quien, segun dice la fama, el ya olvidado poeta Ladislao Pyrker habia dado, á fin de que imprimiese una poesía suya, demás de los gastos de imprenta una yunta de cuatro caballos de raza noble.

Es difícil hacerse hoy una idea del efecto mágico que bajo la presion de aquel tiempo tan triste hayan producido los cantos de Anastasio Grün, primeros gritos de la libertad contra los tiranos. Casi casi el vate habia de dar adios á su patria haciéndose un caballero errante de la libertad y siguiendo á sus obras que habian salido á luz en tierra extranjera; pero le retenia el amor á su pueblo y á su suelo patrio. La fuerza entera del gran bardo austriaco se revela en su poesía *Escombros* (*Schutt*) en que expresaba el pensamiento de que los escombros de lo pasado no habian de servir sino para abonar las semillas del libre porvenir. Siete años despues de publicada aquella obra, salieron sus *Nibelungos vestidos de frac*, en que el humor viste la armadura heróica de la epopeya nibelungiana. Despues de otra pausa de siete años publicó un poema bucólico y rico de galas descriptivas titulado *El cura de Kahlenberg*.

Anastasio Grün es el segundo Walter von der Vogelweide, y como éste estuvo siempre de parte del emperador y del imperio aleman contra Roma. Por eso los ultramontanos han sellado su frente con un estigma de que ni sus sentimientos religiosos ni su ardiente patriotismo le hacen merecedor.

¿Qué debo decir del conde Antonio Auersperg como político, sino que ha convertido en hazañas sus cantos á la libertad? Sentóse en 1848 en Francfort en los bancos de la iglesia de San Pablo, que vió tambien á Uhland; habló en 1860 en una Asamblea de Notables contra los privilegios de los nobles, y perteneciendo desde los principios á la Cámara de los Señores, que en sus

miembros une la nobleza de la cuna á la del mérito, la consagracion de la Iglesia á la del arte, del saber y de la experiencia; habló en pro de la unidad del imperio contra los Shun y Palacky; combatió en pro de la libertad de la prensa; peleó contra el Concordato, y revistió hasta los asuntos triviales de la política con las galas de su noble individualidad poética. Por cierto que no hay nadie en Krain que haya representado la causa del germanismo y de la libertad mejor que el conde *Antonio Auersperg*.

Y aquí daré fin á esta pobre correspondencia, estando seguro de que el mismo *Grün*, este digno representante de la primavera, me perdonará por haber sido tan breve, pues ¿quién escribe largas páginas cuando de *verde* están las campiñas y de concierto las aves?

Despídese, pues, de Vd., amigo mio, y del poeta austriaco, su afectísimo

JUAN FASTENRATH.



EL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA



ESTUDIOS SOBRE EL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL Y SU APLICACION EN ESPAÑA
POR DON LEON JOSÉ SERRANO. MADRID 1876.

Muchos años há que vengo sosteniendo en numerosas publicaciones la necesidad imprescindible para España del *gobierno representativo*. En efecto, la monarquía tradicional que atribuyó exclusivamente á los reyes la plenitud del poder público, acabó en Aranjuez en 1808, porque desde aquel entónces no pudo ya contar con el asentimiento unánime de la nacion. Y erran grandemente cuantos creen que la monarquía tradicional ó absoluta puede volver á regir nuestros destinos, porque el gobierno representativo es el único capaz de fundar en España un órden de cosas que nos devuelva nuestro antiguo poderío y el bienestar á que rápidamente camina el linaje humano en la presente centuria, no obstante los cruentos sacrificios que al mundo cuesta adelantar en el camino de la libertad.

Sugiérenos estas reflexiones el libro cuyo título encabeza estas breves líneas, escrito por el Sr. D. Leon José Serrano, publicista de buenas intenciones y amante de la libertad sin mezcla alguna de despotismo.

Estudia el Sr. Serrano en el opúsculo que examinamos, siquiera sea brevemente, el carácter de la libertad y el significado de las varias escuelas políticas. Nada más propio de un filósofo que el estudio atento de los hechos sociales y la exposicion de las enseñanzas que su vocacion le impone el deber de

propagar entre sus semejantes. Y en la esfera de la sociología cabe investigar por qué el pueblo español, cuya historia llena todo el siglo XVI, cuyo idioma era el de la literatura y el de la diplomacia europeas, cuya influencia política no tenía rival, ha decaído lastimosamente perdiendo su importancia social y cosmopolita. El Sr. Serrano examina sin prevención ni espíritu de bandería las diferentes formas de gobierno, á fin de descubrir cuál es aquella que reúne más elementos orgánicos y vitales para regenerar á España. Desde la monarquía pura hasta el régimen democrático más absoluto, estudia el Sr. Serrano todas las combinaciones políticas que admite el gobierno de la sociedad. Dicho estudio no puede ménos de demostrar á cuantos examinan concienzudamente el problema que analiza el Sr. Serrano en su opúsculo, la imposibilidad de restaurar en nuestra España la monarquía pura, puesto que semejante restauración exigiría un orden de ideas y unas costumbres que han desaparecido para no volver: y como, por desdicha, no tiene hoy nuestra patria aquella pléyade de respetables consejeros y probos magistrados que rodearon á Carlos III y sirvieron de escudo contra los abusos y corruptelas del poder absoluto é irresponsable, resultaría que el omnímodo poder absoluto, lejos de ser beneficioso para los pueblos, empeoraría nuestro ya tristísimo estado social, y tal vez hiciera nuestros males de todo punto irremediables.

Ni daría mejores resultados una forma de gobierno que entregase al clero con el poder público las inmensas riquezas que antes poseyera; pues si el clero lo fué todo y no supo contener ni la decadencia nacional, ni su propia ruina como clase gobernante, sin duda por haber disminuido su influjo moral, es claro que de ningún modo podría confiársele hoy la dirección política de la sociedad española.

No parece tampoco posible que la noble aristocracia española pueda recoger la herencia del superior influjo que ejerce el patriciado inglés y defiende con habilidad y mesura. Nuestra aristocracia perdió desgraciadamente su influjo político durante la dominación de la casa de Austria, y hubieron de arruinarla del todo los oficios palaciegos que le impusiera la etiqueta de Luis XIV, entronizada en España al advenimiento de la casa de Borbon.

La clase media, no obstante ser el nervio del Estado, podría ménos que la aristocracia y el clero ejercer un predominio exclusivo. Fuera de que nuestro carácter se aviene mal con el monopolio del mando confiscado por una clase en detrimento de las demás, es lo cierto que la mesocracia española no anda á caza de monopolios, de todo punto imposibles sin provocar seria resistencia, ni pretende distinguirse de las demás clases del Estado sino por la igualdad de derechos.

No siendo, pues, vividero en España un gobierno de clase, apenas cabe imaginarse la omnipotencia del proletariado, ni el empeño que muestra en ciertas opiniones por apoderarse de la dirección de la sociedad. El golpe de Estado del 3 de Enero de 1874, que dió al través con el aborto de república federal, mostró, áun á los más recalcitrantes, la imposibilidad de un gobierno exclusivamente plebeyo.

Por dicha que el gobierno representativo, en el cual pueden moverse con

holgura los elementos sociales que aislados nada valen, es una forma de gobierno peculiar é indígena y la única apropiada para la restauracion moral y política de nuestra España. El trono, símbolo de la unidad nacional y poder moderador; la religion católica, tan pro'undamente arraigada en nuestro suelo, acatada sin reservas, y sus ministros decentemente dotados y con libertad suficiente para ejercer el ascendiente moral á que tienen derecho indisputable, la aristocracia, naturalmente afable y generosa, y que léjos de excitar ódios, como en la Francia de 1789, merece la consideracion de todos como representante autorizado de la propiedad territorial; la mesocracia, elemento influyente en el gobierno por su actividad y generales aptitudes; el pueblo, que sin haber sido nada en política, moralmente lo fué todo, porque en España, durante la monarquía antigua, el clero y las universidades abrian al pueblo el camino de los honores y de las riquezas que compartian con las clases acomodadas. Tales son, en resúmen, las conclusiones del libro de don Leon José Serrano, con cuyo espíritu estamos conformes absolutamente.

Debemos, sin embargo, observar que en algunos de sus pormenores el opúsculo que examinamos se separa, ó, por mejor decir, no cuadra del todo con nuestras ideas, y deja algo que desear bajo el punto de vista del rigor de los principios en la esfera de la abstraccion y de la teoría. Pero cuando se trata muy principalmente de fijar la verdadera nocion del gobierno representativo, único que puede armonizar los elementos de nuestra sociedad, y poner coto á las demasías de los que, en lugar de la opinion, verdadero oxígeno del régimen representativo, pretenden erigir en dogma la ambicion, el desprecio de las ideas y una desfachatez que pone miedo en los ánimos más viriles y hace temer por la existencia del sentido moral, bien puede no tomarse en cuenta á hombres bien intencionados como D. Leon José Serrano alguna que otra desviacion en los pormenores, dada la inflexibilidad de los principios, aunque no fuese más que atendiendo á lo dificultoso de las circunstancias y al peligro evidente de que los hombres de ideas quedemos anegados en el mar del escepticismo triunfante. Por eso no titubeamos en recomendar el opúsculo del señor Serrano, cuyo título encabeza estas breves líneas, trabajo que bien merece se ocupen de él los que desean *ex toto corde* ver establecido en España un gobierno liberal sin amaños y conservador sin resabios absolutistas. A este propósito no podemos ménos de lamentar que el gobierno no utilice la capacidad, los estudios y la buena voluntad de los hombres que, como el Sr. Serrano, se hallan en estado de cooperar con fruto al buen ordenamiento de la cosa pública.

ANDRÉS BORREGO.

REVISTA CRÍTICA.

Un nuevo libro del Sr. Giner acaba de publicarse. Titúlase *Estudios filosóficos y religiosos* y compónese de artículos publicados en diferentes épocas, originales unos y traducidos otros. Son los traducidos dos trabajos de Krause sobre matemáticas y otro del baron de Leonhardi sobre relaciones entre la religion y la ciencia, y los originales versan sobre *Las condiciones del espíritu científico, el alma de los animales, la clasificacion de las ciencias, la Iglesia española y los católicos viejos*. Comprende, además, el libro un programa de un curso de *Doctrina de la ciencia*.

Nada diremos de los trabajos de Krause, porque versan sobre materias á que somos ajenos. En cuanto al estudio de Leonhardi sobre la religion y la ciencia, parécenos un trabajo muy poco estimable, absolutamente extraño á todo verdadero carácter científico é impregnado de un misticismo empalagoso, muy propio de la escuela á que pertenece su autor y muy antipático á los verdaderos racionalistas como á los creyentes verdaderos. Todo trabajo de reconciliacion entre la ciencia y la fé religiosa es imposible é ineficaz, como en repetidas ocasiones hemos dicho, mientras la primera no renuncie á sus pretensiones teológicas y la segunda á sus intrusiones en el terreno de la ciencia pura. Cuando la filosofía crítica haya puesto fin á todas esas pretendidas *teodiceas* racionalistas y las religiones se hayan reducido al conocimiento y adoracion de Dios, entregando sin reservas ni restricciones á la ciencia el conocimiento del mundo, podrá hablarse de reconciliacion; pero pretender que ésta se verifique entre las religiones actuales y los sueños teosóficos de fichtianos ó schellinianos, hegelianos ó krausistas, dando un barniz cristiano á fórmulas panteistas ó una interpretacion panteista á los dogmas cristianos y convirtiendo la conciliacion en una série de mistificaciones inaceptables para los creyentes, es empresa vana é insensata que nunca alcanzará el éxito á que aspira. Y ménos ha de lograrse semejante intento, adoptando para ello las empachosas fórmulas místicas de Krause, malamente amalgamadas con un panteismo vergonzante y expuestas en ininteligible y bárbaro lenguaje.

Los trabajos originales que el Sr. Giner incluye en su libro son, por lo general, muy superiores al de Leonhardi. De los cinco que la obra comprende (haciendo caso omiso del programa de *Doctrina de la ciencia*, que huelga en ella), dos se refieren á cuestiones religiosas y tres á la filosofía. Aquellos nos gustan mucho ménos que éstos, pues sobre no pecar de profundos, dan escasa

luz sobre las opiniones religiosas del autor, y si alguna dan, ántes confunde que ilustra acerca de ellas, pues no es pequeño problema el de averiguar cómo se las compone el Sr. Giner para compaginar el catolicismo de que alardea (siquiera sea liberal) con las doctrinas krausistas que profesa. Misterios de la conciencia privada, que no es lícito escudriñar, son estas inexplicables contradicciones, que señalamos únicamente para mostrar el caos intelectual que reina en esta época en que son la contradicción y la inconsecuencia señoras del mundo.

En los dos estudios sobre las condiciones del espíritu científico y la clasificación de las ciencias expone el Sr. Giner las doctrinas generales sobre el concepto y carácter de la ciencia, á que tan aficionada se muestra la escuela krausista. Poco nuevo dice el Sr. Giner acerca de las condiciones del espíritu científico, trabajo encaminado á defender la metafísica de los ataques que hoy se la dirigen, y en el cual abundan discretas y atinadas observaciones, al lado de afirmaciones tan peregrinas como la de que *toda realidad es cognoscible por estar puesta en Dios y bajo Dios ante nuestros ojos* y otras de índole semejante que en el estado actual de la ciencia ni siquiera pueden ser ya objeto de discusión.

El ensayo sobre clasificación de las ciencias, intentado por el Sr. Giner, merece aplauso, siquiera sea por el estudio que revela y por el loable propósito de hacer algo en esta cuestión, muy desatendida por los filósofos. La clasificación del Sr. Giner tiene un carácter señaladamente subjetivo, pues en ella se forman los grupos sin atender á la realidad de los objetos á que corresponden. De esta manera no se traza una clasificación de ciencias (pues no hay ciencia sin objeto real), sino una clasificación de pensamientos é ideas subjetivas, resultando de aquí que en rigor, en el cuadro dibujado por el Sr. Giner podrian, sin inconveniente alguno, comprenderse la mágia, el espiritismo y otros análogos dilates, toda vez que son conjuntos de conocimientos sobre objetos cuya realidad no conocemos, pero que indudablemente se ofrecen ó han ofrecido al pensamiento humano.

Aparte de este error gravísimo hay otro que vicia por completo la clasificación del Sr. Giner, y la da un carácter artificioso y preconcebido, en que se muestran en toda su extensión los estragos que siempre produce el *á priori*. Desde el comienzo de su trabajo obstínase el Sr. Giner en buscar á todo trance la unidad de la ciencia, basándola en la unidad de su objeto, y no en una unidad cualquiera, sino en aquella célebre *unidad de sér y de esencia*, que es la piedra filosofal del krausismo. Ni el cosmos, ni la realidad total bastan al Sr. Giner para su objeto; necesita más y yendo más allá de la realidad, afirma que ésta es una propiedad de un sér, y que este sér ha de constituir el objeto de la ciencia una... Por tal camino sabido es adonde se llega. El término abstracto y generalísimo: *sér*, idéntico sin duda al de realidad (la cual no es propiedad de nadie ni de nada, sino término que expresa la totalidad de los objetos existentes), es prontamente personificado por el Sr. Giner é indentificado con Dios, y de esta manera (y á vueltas de sutiles y escolásticas fórmulas y distingos para distinguir el sér absoluto del Sér supremo); se plantea

ese panteísmo que, bajo el nombre de *panenteísmo*, constituye el gran descubrimiento y la fórmula suprema de la escuela. Llegados á este punto, la tarea es sencilla: en la unidad de ese sér se encierran y compendian todos los séres, apareciendo al punto la consabida trinidad del espíritu, la naturaleza y la humanidad, tres cosas distintas y una sola abstracción verdadera; en la unidad de la ciencia de ese sér, se comprenden á su vez todas las ciencias, y el trabajo de clasificación queda reducido á ir enumerando todos los séres y propiedades de séres que en el sér se hallan, y en correspondencia con ellos todas las ciencias particulares que se contienen en la ciencia del sér.

Colocadas la realidad y la ciencia en el lecho de Procusto del *á priori*, el Sr. Giner comienza á enumerar multitud de ciencias, algunas de las cuales no existen, otras no han existido nunca y otras no existirán jamás, siendo las que denomina *fundamentales* meras sumas ó agregados de ciencias particulares. Dicho está con esto que la clasificación del Sr. Giner es escasa en valor científico, no muy abundante en utilidad práctica y por todos conceptos inferior á los ensayos de clasificación debidos á los filósofos de la escuela crítica y positiva, señaladamente Herbert Spencer. Y entiéndase que esto no es culpa del Sr. Giner, cuya elevada inteligencia y singulares dotes somos los primeros en reconocer, sino de la escuela en que está afiliado y de las tendencias á que su espíritu obedece.

El trabajo más curioso é importante de los contenidos en el libro del señor Giner es, sin duda, el que versa sobre el alma de los animales. El Sr. Giner merece elogio por dar á conocer entre nosotros los trabajos más recientes sobre Psicología comparada, ciencia novísima, mirada hasta el presente con incalificable menosprecio y de la cual ha de recibir mucha luz la Psicología humana. Vária y copiosa erudición y asídúo trabajo revela el Sr. Giner en este estudio, mostrando además no poco conocimiento del asunto y dando señaladas pruebas de sano criterio. Con delicado análisis indaga el Sr. Giner las diferencias entre el espíritu del animal y el del hombre, concediendo al primero multitud de propiedades psíquicas que en épocas anteriores se le negaban con notoria injusticia y ligereza (entre otras, la conciencia de su individualidad, las ideas, en el sentido kantiano; cierto grado de libertad y responsabilidad etc.), y reservando para el segundo únicamente, como propiedades peculiares y características de la humanidad, la conciencia *absoluta*, esto es, el conocimiento, sentimiento y voluntad de lo esencial, eterno y permanente y el pensamiento puro ó *poder de reflexionar las ideas*.

Estas cuestiones llevan como por la mano al Sr. Giner á ocuparse de la génesis del espíritu animal y del humano, y á examinar si la diferencia entre ámbos es esencial y fundamental, ó meramente accidental é histórica. Exponiendo con este fin las soluciones dadas al problema por las más opuestas escuelas, abstiéndose el Sr. Giner de presentar la suya, fundándose (y no sin razón) en la carencia de datos para resolver la cuestión, pero mostrando bien á las claras sus tendencias y aficiones espiritualistas y buscando apoyo para sustentarlas en la opinión de naturalistas autorizados, y muy señaladamente en las hipótesis, hoy poco acreditadas en la ciencia, del célebre Carus.

Una cuestion delicadísima y poco tratada ventila el Sr. Giner al terminar su notable trabajo. Tal es la de si los animales disfrutarán de la inmortalidad. Tampoco revela claramente su pensamiento en este punto; pero antójasenos que no es muy contrario á tan original idea, que tan abiertamente choca con la opinion comun. Una observacion sutil aventura sobre esto el Sr. Giner, y es la de que, siendo igualmente valederas para el espíritu animal y para el humano las razones que ordinariamente se alegan en pró de la inmortalidad de nuestras almas, la unánime opinion que la niega en los animales, pone en grave peligro la de los hombres. El argumento no deja de tener alguna fuerza; pero tambien podrá retorcerse y objetar al Sr. Giner, que de esa solidaridad que establece entre la inmortalidad del animal y la del hombre, muy bien pu lieran deducir los escépticos que, siendo notoriamente absurda, injustificada y repulsiva al sentido comun la primera, otro tanto habria que decir de la segunda, si la afirmacion ó negacion de cualquiera de entrambas, supone necesariamente la de la otra; en cuyo caso, no eran los adversarios de la inmortalidad del animal, sino el Sr. Giner, quien causaba gravísimo daño á la creencia en la vida ultramundana del hombre.

* * *

Con el título: *El catolicismo ántes del Cristo* acaba de publicar el señor vizconde de Torres-Solanot un libro en que se propone dar á conocer los más recientes trabajos de los indianistas, con el objeto de señalar las semejanzas que existen entre los dogmas, leyendas, instituciones, ceremonias y organizacion del brahmanismo y los del catolicismo romano, mostrando que este es un plagio de aquel, y justificando de este modo el singular título de su obra.

Atrevida es la tésis que pretende demostrar el señor vizconde, y notable gravedad entrañaria su libro, si de un modo evidente y autorizado la probara. Si las pasmosas semejanzas que señala entre brahmanismo y catolicismo fueran ciertas, golpe mortal recibiria la religion católica, á la que parece profesar verdadera saña el señor vizconde; pero, por desgracia para su causa, distan mucho de merecer completo crédito las afirmaciones de su libro.

Que entre todas las religiones nacidas en Oriente (incluso el cristianismo) existen indudables relaciones y semejanzas; que hay en ellas un fondo cumun de doctrinas y creencias que parecen trasmitirse de unas á otras, cosa es puesta fuera de duda por cuantos se dedican á estudiar la ciencia comparada de las religiones y reconocida por los mismos orientalistas católicos desde fecha bastante remota. Pero que estas semejanzas lleguen al extremo que hallamos consignado en el libro del señor vizconde de Torres-Solanot, es ya cosa que dista mucho de estar probada, como quiera que en ninguno de los trabajos debidos á los grandes orientalistas, en ninguno de los monumentos literarios auténticos de la India se hallan consignadas las singulares leyendas que vemos reproducidas en *El catolicismo ántes del Cristo*.

Ignoramos hasta qué punto llegan los conocimientos que en el idioma y literatura de los indios posee el señor vizconde; pero, á juzgar por lo que de su obra se colige, nos parece que su ciencia es de segunda mano y que no ha

bebido en las fuentes originales. No le culpamos por ello, pues siendo desconocido el sanscrito entre nosotros, todos conocemos de igual manera (salvo alguna mínima excepcion) aquella antigua literatura; pero se nos figura que antes de aventurar las atrevidas tesis que en su libro sustenta, debió pesar cuidadosamente las pruebas en que se apoyan y quilatar con el mayor cuidado el valor científico de los escritores en que se inspira. Con tal criterio, podia el señor vizconde dar á la estampa sin desconfianza las conclusiones, hechos y doctrinas que viera consignadas en las obras clásicas de aquellos grandes orientalistas que gozan de autoridad indiscutible en el mundo científico y en los monumentos literarios de la India, cuya autenticidad está universalmente reconocida, y cuyas autorizadas versiones en lenguas modernas pudo utilizar. No lo ha hecho así; preocupado por la idea de dañar al catolicismo, ha buscado la ciencia orientalista en los trabajos de Luis Jacolliot, y de esta suerte se ha hecho cómplice, sin saberlo, de las inauditas mistificaciones de este escritor, y ha dado, como última palabra de la ciencia indianista, un conjunto de fábulas, que inducirán á gravísimos errores á los que en su libro quieran hallar el conocimiento de aquella portentosa civilizacion.

No debia desconocer en su buen talento el señor vizconde de Torres-Solano que de ser ciertas las afirmaciones contenidas en las obras de Jacolliot, sobre ser inexplicable que no hubieran sido dadas á conocer anteriormente tan trascendentales descubrimientos por los grandes orientalistas, la alarma y la sorpresa producidas por tamaños hallazgos debieran haber tenido inmensa resonancia en el mundo científico, disfrutando, merced á ello, el nombre de Jacolliot crédito y reputacion, no ya iguales, sino superiores á los que alcanzan los Burnouf, los Lassen, los William Jones, los Colebrooke, los Max Muller y los Barthelemy-Saint-Hilaire. Pues bien: léjos de ser así, Jacolliot está completamente desprestigiado entre los científicos sérios, y la momentánea conmocion que produjo su primer libro (*la Bible dans l'Inde*) ha sido reemplazada por el más absoluto descrédito y la indiferencia más profunda, á más de ser pulverizado su autor por los rudos ataques, no sólo de escritores católicos como Ravisi, Paire y Genoude, sino por los de hombres de espíritu tan despreocupado como Max Muller (á quien con notoria inexactitud llama ultramontano el señor vizconde), y por escritores tan radicales como el eminente filólogo positivista Abel Hovelacque, contestes todos en negar crédito á las opiniones y autenticidad á los textos de Jacolliot.

En prueba de ello, véase lo que dice Max Muller en su libro *La ciencia de la religion*: "Los libros canónicos, aunque en la mayoría de los casos suministran los informes más antiguos y auténticos en el terreno de las religiones no merecen, sin embargo, una confianza ciega y deben ser sometidos á una crítica más minuciosa, á un exámen más preciso que todos los demás libros históricos. Para este exámen presta considerable auxilio en frecuentes casos la ciencia del lenguaje. No es fácil imitar las formas arcáicas del lenguaje con el acierto suficiente para engañar á los ejercitados ojos del gramático, aunque se consiguiera imitar con feliz resultado el pensamiento antiguo y primitivo, ocultando al historiador su origen moderno. Un libro forjado como el *Ezour-*

Veda que engañó al mismo Voltaire..... no engañará hoy á ningun lingüista iniciado en el conocimiento del sanscrito..... Puedo añadir que un libro reciente; que ha causado alguna sensacion en el mundo científico y ocupado la atencion, *La Biblia en la India* por Mr. Jacolliot, pertenece al mismo género de escritos. Aunque los pasajes de los libros sagrados de los brahmanes no están reproducidos en el original, sino en una traduccion francesa muy poética, nadie que conozca un poco los elementos del sanscrito dudará un momento siquiera en reconocer que la buena fé de Mr. Jacolliot, presidente del tribunal de Chandernagor, ha sido sorprendida por el maestro indígena que le ha prestado su concurso. Muchas cosas pueriles y ridículas se hallan en los Vedas; pero cuando se ve citada como tomada de los Vedas la siguiente frase: *La mujer es el alma de la humanidad*, no es difícil comprender que esta es una invencion del siglo XIX y no de la infancia del género humano. Las conclusiones y teorías de Mr. Jacolliot son naturalmente lo que debian ser, apoyándose en semejantes materiales."

Perdónennos nuestros lectores por haberles molestado con tan extensa cita; pero los fueros de la verdad y de la ciencia así lo exigen. Seria culpable nuestro silencio sino pusiéramos en guardia al público contra el libro del señor vizconde de Torres-Solanot, evitando que corran como verdades las fábulas con que ha sido sorprendida (segun la expresion de Max Muller) la buena fé de Jacolliot, siéndolo tambien la de su expositor español. Deplorable fuera que, dada la ignorancia que hay entre nosotros acerca de este linaje de estudios, pasara por ciencia indianista lo que no es otra cosa que un tejido de patrañas y en ellas se apoyara una injusta acusacion de plágio lanzada contra el catolicismo. La ciencia debe ser ante todo seria y si quiere luchar con una religion lo ha de hacer con armas corteses, nunca con las forjadas por la impostura, y fuera cosa peregrina, por cierto, que para combatir al catolicismo se emplearan las consejas con que engañaron á Jacolliot los astutos brahmanes que se entretuvieron en forjar el fantástico *Iezeus cristna*, importado á Europa por el indianista francés y traído entre nosotros por el señor vizconde de Torres-Solanot.

El libro del señor vizconde tiene un doble propósito: desacreditar al catolicismo, presentándolo como un plágio y sustituirlo con otra creencia. De tal suerte preocupa este fin al señor vizconde, que su obra es una violentísima y apasionada diatriba contra la religion católica, á la que trata con una saña y virulencia que son impropias de un trabajo científico, revolviéndose además contra los que, formando en las filas de la moderna filosofía, no creen conveniente, sin embargo, cooperar á esta obra de violencia y de destruccion. Su celo anti-católico ha movido al señor vizconde á combatir á nuestra *Revista* por haber sustentado en ella la necesidad de conservar en nuestro pueblo la fé católica, aunque liberalizándola, por ser imposible sustituirla con otra alguna.

Censúranos por ello el señor vizconde y le falta poco para llamarnos ultramontanos como á Max Muller y á renglon seguido se sirve decirnos cuál es la fé que en su concepto puede sustituir con ventaja al catolicismo. Esta fé (pásmense nuestros lectores) no es otra que la doctrina spiritista.

Hé aquí la clave del libro del señor vizconde, cuya publicacion ha coincidido con la de una nueva edicion de cierta novelita titulada: *Marietta (páginas de dos existencias y páginas de ultratumba)* que tenemos á la vista. Sustituir al catolicismo con el espiritismo; he aquí el fin á que responde la obra que hemos examinado, es decir, reemplazar una religion grandiosa, profunda en sus dogmas, conmovedora en sus leyendas, bella y artística en su culto, sorprendente y poderosa en su organizacion, con un conjunto de pueriles supersticiones, debidas á la alucinacion y aeaso á la impostura, con una série de pretendidos principios filosóficos que no son más que un cúmulo de absurdos, en suma, con una secta de alucinados, cuya existencia en el siglo XIX es un anacronismo inexplicable.

No queremos añadir una palabra más. Baste con lo dicho para que el público sepa á qué atenerse con respecto al orientalismo de Jacolliot y de su expositor. En cuanto á la novela *Marietta*, dictada por los elevados espíritus de Marietta y Estrella (!) al *medium* D. Daniel Suarez Artazu, diremos únicamente que hace honor á los dotes de estilista de este señor, á quien felicitamos por su trabajo. Por lo que hace á las doctrinas que en dicha novela se exponen, nada queremos decir, pues tenemos el firme propósito de no tomar en serio la supersticion espiritista, que no merece siquiera los honores del debate ni debe ocupar ni por un momento á quien se precie de rendir culto á la verdadera ciencia.

* * *

Nos falta espacio para ocuparnos del cuarto tomo de la segunda série de los *Episodios nacionales* que con tan merecido éxito publica el Sr. Perez Galdós. Titúlase *El grande Oriente* y es una viva y exacta pintura de la azarosa época que se extiende de 1820 á 1823. La vida interior de las sociedades secretas de masones y comuneros, las intrigas, candideces y dislates de los liberales de aquel período, las negras maquinaciones de la córte, los sangrientos excesos de la plebe, están retratados de mano maestra en esta novela, una de las más interesantes y amenas de esta segunda série de los *Episodios*.

La accion novelesca que con los hechos políticos se anuda, y que parece el prólogo de un conmovedor drama, es tambien muy digna de encomio, no sólo por la perfeccion con que están pintados los personajes que en ella intervienen, sino por haber en ella un movimiento y un calor que no son frecuentes en los tomos anteriores. El conflicto moral en que el autor coloca á Salvador Monsalud, la narracion de los amores de éste con Andrea, la interesante figura de Lolita, son felicísimas ocurrencias que muestran cómo va creciendo de dia en dia el Sr. Perez Galdós, á quien una vez más felicitamos por sus repetidos triunfos.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 30 de Julio de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

15 DE JUNIO.

	Páginas.
I. El hijo del desierto, drama en cinco actos.— <i>Federico Halm</i> .	5
II. Alfredo de Musset.— <i>Rafael Montoro</i>	19
III. Responsabilidad é irresponsabilidad legales del Papa.— <i>J. K. Bluntschli</i>	52
IV. Orígen y desarrollo del hombre.—II — <i>Darwin y Huxley</i>	68
V. Dudas y creencias.—Poesía.— <i>Luis Vidart</i>	83
VI. España y la libertad (conclusion).— <i>Gabriel Rodriguez</i>	85
VII. La clavellina azul.—Poema.— <i>Ricardo Blanco Asenjo</i>	106
VIII. Un acontecimiento musical.— <i>José Esteban y Gomez</i>	113
IX. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	122

30 DE JUNIO.

I. El hijo del desierto, drama en cinco actos (continuacion).— <i>Federico Halm</i>	129
II. Afinidades del porvenir.— <i>Antonio Peña y Goñi</i>	145
III. Invocacion.—Poesía — <i>E. Lopez Iriarte</i>	165
IV. Las corrientes del pensamiento religioso.— <i>W. E. Gladstone</i> .	166
V. Pensamientos.—Poesía.— <i>Manuel del Palacio</i>	201
VI. Don José Antonio Maitin, poeta venezolano.— <i>Patricio de la Escosura</i>	202
VII. El positivismo y la civilizacion.— <i>Gumersindo de Azcárate</i> ..	230
VIII. Correspondencia de París.— <i>Charles Bigot</i>	251

15 DE JULIO.

I. El hijo del desierto, drama en cinco actos (continuacion).— <i>Federico Halm</i>	257
II. Doctrinas socialistas del pueblo cristiano.— <i>Pedro P. de la Sala</i> .	271
III. El espiritualismo y el materialismo.— <i>George Henry Lewes</i> ...	291
IV. Nubes y olas.—Poesía.— <i>R. Blanco Asenjo</i>	309
V. La cuestion de Oriente.— <i>Andrés Borrego</i>	310
VI. Virgilio y Tennyson.— <i>Un rector de Lincolnshire</i>	331
VII. A Lesbia.—Poesía.— <i>M. de la Revilla</i>	346
VIII. Lo que emprende el periódico moderno.— <i>E. Godinez</i>	347
IX. El caminante.—Poesía.— <i>José Alcalá Galiano</i>	373
X. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	374

30 DE JULIO.

I. El hijo del desierto, drama en cinco actos (continuacion).— <i>Federico Halm</i>	385
II. Una carta de D. Enrique de Villena á Juan Fernandez de Valera sobre el mal de ojo.— <i>Julio Somoza de Monsoriú</i> ...	398
III. El niño ciego.—Poesía.— <i>Jesús Cencillo</i>	422
IV. La mujer hebrea.— <i>Constance de Rothschild</i>	423
V. ¡Más luz!—Poesía.— <i>Jesús Murnais</i>	445
VI. La teoría de la evolucion aplicada á la historia.—Artículo I.— <i>P. Estasén</i>	447
VII. Reflejos mentidos.—Poesía.— <i>R. Blanco Asenjo</i>	464
VIII. El positivismo y la civilizacion (conclusion).— <i>Gumersindo de Azcárate</i>	465
XI. Correspondencia de Alemania.— <i>Juan Fastenrath</i>	499
X. El régimen constitucional en España.— <i>Andrés Borrego</i>	502
XI. Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	505

FIN DEL TOMO CUARTO.